

AR DE CULTURA DOMINICANA — VOLU

MANUEL DE J. GALVAN

ENRIQUILLO

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA
(Selección)

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

CIUDAD TRUJILLO, R. D.

Publicaciones de la Secretaria
de Estado de Educación y Bellas Artes

1 9 5 1

30874-10

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA DOMINICANA

1.—Manuel de J. Galván. *Enriquillo* (Selección) Editora del Caribe, C. por A., Ciudad Trujillo. 1951.

DE PROXIMA PUBLICACIÓN:

Antonio Del Monte y Tejada. *Historia de Santo Domingo*. (Selección).

BNP44
PD-RV
RD 863.3
9182 e
1951



Sección de Canje, Difusión Cultural y Publicaciones de la
SECRETARIA DE ESTADO DE EDUCACION Y BELLAS ARTES

Jefe de la Sección: Manuel E. Suncar Chevalier



BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA DOMINICANA

En cumplimiento de elevadas disposiciones del Honorable Señor Presidente de la República, Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes inicia, con la publicación del presente volumen, una nueva colección de obras de autores nacionales, bajo el título de BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA DOMINICANA, destinada a llevar a todos los sectores sociales y centros educativos del país, las irradiaciones del pensamiento dominicano.

En el año 1946, por disposición también del ilustre Jefe del Estado, fué creada la Biblioteca Dominicana, de la cual acaba de ser lanzada a la circulación el Volumen V de su Serie I, con el fin de recoger en ella la expresión del pensamiento nacional en todas sus manifestaciones; pero la satisfacción de esa finalidad está dirigida, específicamente, a la difusión en el exterior de los principales libros nacionales, con el objeto de dar a conocer el desenvolvimiento de la cultura vernácula, y, por consiguiente, de definir, cada vez con mayor relieve, nuestra posición en el campo de la cultura humana.

Es precisamente para completar y ampliar esas finalidades, en lo que respecta al conocimiento, en el país, de

Compre
Martín Booy-1-4-72

nuestros valores literarios, que acaba de ser creada esta nueva biblioteca.

La Biblioteca Popular de Cultura Dominicana, impresa en grandes tiradas como hasta la fecha no había sido posible hacerlo con ninguna obra dominicana, está dedicada a nuestra población escolar, muy especialmente a la que corresponde a las escuelas primarias rurales, y a la clase trabajadora del país, incorporada por la mente rectora del ilustre Jefe del Estado, al gran movimiento político-social y de mejoramiento intelectual que hoy vive la República.

La presente selección de capítulos de "Enriquillo", de Manuel de Js. Galván, leyenda histórica, considerada como una de las obras de ese tipo más importantes de la literatura hispanoamericana, ha sido la elegida para la iniciación de esta nueva biblioteca, con el propósito, no sólo de dar a conocer su "prosa castiza, pulcra, de ritmo lento y solemne", sino de presentar, siguiendo la mejor hilación posible entre los capítulos escogidos, la figura de su personaje central, el Cacique Guarocuya, primer héroe dominicano y precursor de las grandes luchas por la libertad de América.

Seguirán al presente volumen, Historia de Santo Domingo (Selección) de Antonio Del Monte y Tejada, y, sucesivamente, las restantes obras, tanta históricas como literarias, que forman nuestro acervo cultural.

ENRIQUILLO

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

PRIMERA PARTE (*)

INCERTIDUMBRE

EL nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblarla de quimeras deslumbradoras. Como ellas, el reino indio de Jaragua aparece, ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz. Regido por una soberana hermosa y amable (1); habitada por una raza benigna, de entendimiento despejado, de gentiles formas físicas; su civilización rudimentaria, por la inocencia de las costumbres, por el buen gusto de sus sencillos atavíos, por la graciosa disposición de sus fiestas y ceremonias, y, más que todo, por la expansión generosa de su hospitalidad, bien podría compararse ventajosamente con esa otra civilización que los conquistadores, cubiertos de hierro, llevaban en las puntas de sus lanzas, en los cascos de sus caballos, y en los colmillos de sus perros de presa.

Y en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado este nombre de otra especie de aureola siniestra, color

(*) Se conserva en la presente selección de capítulos de Enriquillo, la misma numeración de las notas que aparecen en la obra original.

(1) Anacaona, viuda del valeroso Caonabó, cacique de Maguana, era la hermana de Bohechio, cacique de Jaragua; pero por su talento superior era la que verdaderamente reinaba, hallándose todo sometido a su amable influencia, incluso el cacique soberano.

de sangre y fuego, —algo parecido a los reflejos del carbunco. Cuando se pregunta cómo concluyeron aquella dicha, aquella paz, aquel paraíso de mansedumbre y de candor; qué fué de aquel régimen patriarcal, de aquella reina adorada de sus súbditos, de aquella mujer extraordinaria, tesoro de hermosura y de gracias, la historia responde con un eco lúgubre, con una relación espantosa, a todas esas preguntas. Parecieron en aciago día, miserablemente, abrasados entre las llamas, o al filo de implacables aceros, más de ochenta caciques, los nobles jefes que en las grandes solemnidades asistían al pie del rústico solio de Anacaona; y más tarde ella misma, la encantadora y benéfica reina, después de un proceso inverosímil, absurdo, muere trágicamente en horca infame. A tales extremos puede conducir el fanatismo servido por eso que impropriamente se llama razón de Estado.

Los sucesos cuya narración va a llenar las hojas de este pobre libro tienen su origen y raíz en la espantosa tragedia de Jaragua. Fuerza nos es fijar la consideración en la poco simpática figura del adusto comendador Frey Nicolás de Ovando, autor de la referida catástrofe. En su calidad de gobernador de la Isla Española, investido con la absoluta confianza de los Reyes Católicos, y depositario de extensísimas facultades sobre los países que acababa de descubrir el genio fecundo de Colón, los actos de su iniciativa, si bien atemperados siempre a la despiadada rigidez de sus principios de gobierno, están íntimamente enlazados con el génesis de la civilización del Nuevo Mundo, en la que entró por mucho el punto de partida trazado por Ovando como administrador del primer establecimiento colonial europeo en América, y bajo cuyo dilatado gobierno adquirió Santo Domingo, aunque transitoriamente, el rango de metrópoli de las ulteriores fundaciones y conquistas de los españoles (2).

Contemplemos a este hombre de hierro después de su feroz hazaña, perpetrada en los indefensos y descuidados caciques de Jaragua. Veinte días han transcurrido desde aquella horrible ejecución. El sanguinario comendador, como si la enormidad del crimen hubiera fatigado su energía, y necesitara reponerse en la inercia, permanecía entregado a una aparente irresolución, impropia de su carácter activo. Tal vez los remordi-

(2) La ciudad de Santo Domingo, originariamente fundada por los Colonos en la margen oriental del río Ozama, fué trasladada por Ovando al sitio que hoy ocupa, después del ruinoso huracán de 1502.

mientos punzaban sordamente su conciencia; pero él explicaba de muy distinta manera su extraña inacción a los familiares de su séquito. Decía que el sombrío silencio en que se encerraba durante largos intervalos, y los insomnios que le hacían abandonar el lecho en las altas horas de la noche, conduciendo su planta febril a la vecina ribera del mar, no eran *sino* el efecto de la perplejidad en que estaba su ánimo al elegir en aquella costa, por todas partes bella y peregrina, sitio a propósito para fundar una ciudad, en cuyas piedras quedara recomendado a la posteridad su propio nombre, y el recuerdo de sus grandes servicios en la naciente colonia (3). Además, se manifestaba muy preocupado con el destino que definitivamente debiera darse a la joven y hechicera hija de Anacaona, la célebre Higuemota, ya entonces conocida bajo el nombre cristiano de Doña Ana, y viuda con una hija de tierna edad del apuesto y desgraciado Hernando de Guevara (4). El comendador, que desde su llegada a Jaragua trató con grandes miramientos a la interesante india, redobló sus atenciones hacia ella después que hubo despachado para la ciudad de Santo Domingo a la infortunada reina, su madre, con los breves capítulos de acusación que debían irremisiblemente llevarla a un atroz patíbulo.

Fuera por compasión efectiva que le inspiraran las tempranas desdichas de Higuemota; fuera por respeto a la presencia de algunos parientes de Guevara que le acompañaban, los cuales hacían alarde de gran consideración hacia la joven viuda y de su consanguinidad con la niña Mencía, que así era el nombre de la linda criatura, cifrando en este parentesco aspiraciones ambiciosas autorizadas en cierto modo por algunas soberanas disposiciones; lo cierto es que Ovando, al extremar su injusto rigor contra Anacaona, rodeaba a su hija de las más delicadas atenciones. De otro cualquiera se habría podido sospechar que el amor entrara por mucho en ese contraste; pero el comendador de Lares jamás desmintió, con el más mínimo

(3) Que el pensamiento de vincular su propia memoria en el nombre de alguna población no era ajeno del Comendador de Lares, lo prueba el hecho de haber fundado poco después un pueblo que llamó Lares de Guahava (Hincha). Recuérdese que ya Colón había denominado San Nicolás, a uno de los principales cabos o promontorios de la Isla, en honor del santo del día en que lo reconoció. Por esto sin duda no se impuso a otro lugar el nombre de pila del Comendador.

(4) Todos los autores antiguos y modernos que han escrito sobre la conquista hacen mención de los románticos amores de Guevara con la hija de Anacaona, y los graves disgustos a que dieron lugar en la colonia. V. a W. Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*.

desliz, la austeridad de sus costumbres, y la pureza con que observaba sus votos; y acaso no sería infundado atribuir la aridez de su carácter y la extremada crueldad de algunas de sus acciones a cierta deformidad moral, que la naturaleza tiene en reserva para vengarse cuando siente violentados y comprimidos, por ideas convencionales, los afectos más generosos y espontáneos del alma (5).

Higuemota, o sea Doña Ana de Guevara, como la llamaremos indistintamente en lo sucesivo, disfrutaba no solamente de libertad en medio de los conquistadores, sino de un respeto y una deferencia a su rango de princesa india y de señora cristiana que rayaban en el énfasis. Su morada estaba a corta distancia del lugar que había sido corte de sus mayores y era a la sazón campamento de los españoles, mientras Ovando se resolviera a señalar sitio para la nueva población. Tenía la joven dama en su compañía o a su servicio los indios de ambos sexos que bien le parecía, ejerciendo sobre ellos una especie de señorío exclusivo: cierto es que su inexperiencia lejos de sacar partido de esta prerrogativa, sólo se inclinaba a servir de amparo a los infelices a quienes veía más afligidos y necesitados; hasta que uno de los parientes de su hija se constituyó en mayordomo y administrador de su patrimonio, con el beneplácito del Gobernador; y gracias a esta intervención eficaz y activa, desde entonces hubo terrenos acotados y cultivados en nombre de Doña Ana de Guevara, y efectivamente explotados, como sus indios, por los parientes de su difunto marido; ejemplo no muy raro en el mundo, y en todos los tiempos.

La pobre criatura, abrumada por intensísimos pesares, hallaba muy escaso consuelo en los respetuosos homenajes de la cortesía española. Los admitía de buen grado, sí, por que la voz secreta del deber materno le decía que estaba obligada a vivir, y a consagrarse al bienestar de su Mencía, el fruto querido y el recuerdo vivo de su contrariado amor. Mencía, de tres años de edad, era un fiel reflejo de las bellas facciones de su padre, aquel gallardo mancebo español, muerto en la flor de sus años a consecuencia de las pérfidas intrigas de Roldán, su envidioso y aborrecible rival. Tan tristes memorias se recargaban de un modo sombrío con las angustias y recientes impresiones trágicas que atormentaban a la tímida Higuemota, habiendo visto inmolar a casi todos sus parientes

(5) El Comendador pertenecía a la Orden de Alcántara, cuyos estatutos imponían la observancia del celibato.

por los guerreros castellanos, y separar violentamente de su lado a su adorada madre, al ser que daba calor y abrigo a su enfermo corazón. La incertidumbre de la suerte que aguardara a la noble cautiva en Santo Domingo, aunque no sospechando nunca que atentaran a sus días, era el más agudo tormento que martirizaba a la joven viuda, que sobre este particular sólo obtenía respuestas evasivas a sus multiplicadas y ansiosas preguntas.

El pariente más cercano que tenía consigo Doña Ana era un niño de siete años, que aún respondía al nombre indio de Guarocuya. No estaba todavía bautizado, porque su padre, el esquivo Magicatex, cacique o señor del Bahoruco, y sobrino de Anacaona, evitaba cuanto podía el bajar de sus montañas desde que los extranjeros se habían enseñoreado de la isla; y solamente las reiteradas instancias de su tía, deseosa de que todos sus deudos hicieran acto solemne de sumisión a Ovando, lo habían determinado a concurrir con su tierno hijo a Jaragua, donde halló la muerte como los demás infelices magnates dóciles a la voluntad de Anacaona. El niño Guarocuya fué retirado por una mano protectora, la mano de un joven castellano, junto con su aterrada pariente Higuemota, de aquel teatro de sangriento horror; y después quedó al abrigo de la joven india, participando de las atenciones de que ella era objeto. La acompañaba de continuo, y con especialidad al caer la tarde, cuando los últimos rayos de luz crepuscular todo lo impregnaban de vaga melancolía. Doña Ana, guiando los pasos de su pequeñuela, y seguida de Guarocuya, solía ir a esa hora al bosque vecino, en cuyo lindero, como a trescientos pasos de su habitación, sentada al pie de un caobo de alto y tupido follaje, se distraía de sus penas mirando jugar sobre la alfombra de menuda grama a los dos niños. Aquel recinto estaba vedado a toda planta extraña, de español o de indio, por las órdenes del severo Gobernador.

Este había hecho solamente dos visitas a la joven; la primera, el día siguiente al de la matanza, con el fin de consolarla en su aficción, ofreciéndole amparo y proveyendo a lo necesario para que estuviera bien instalada y asistida; la segunda y última, cuando despachó a la reina de Jaragua prisionera para Santo Domingo. Doña Ana le estrechó tanto en esa entrevista, con sus lágrimas y anhelosas preguntas sobre la suerte reservada a su querida madre, que el comendador se sintió conmovido; no supo al fin qué responder, y avergonzado de te-

ner que mentir para acallar los lúgubres presentimientos de aquella hija infeliz, se retiró definitivamente de su presencia, encomendando a sus servidores de mayor confianza el velar sobre la joven india y colmarla de los más asiduos y obsequiosos cuidados.

Transcurrieron algunos días más sin alteración sensible en el estado de las cosas, ni para Ovando, que continuaba en su perplejidad aparente, ni para Doña Ana y los dos pequeños seres que hacían llevadera su existencia. Una tarde, sin embargo, —como un mes después de la cruel tragedia de Jara-gua—; a tiempo que los niños, según su costumbre, triscaban en el prado, a la entrada del consabido bosque, y la triste joven, con los ojos arrasados en lágrimas, contemplaba los caprichosos giros de sus juegos infantiles, —cuadro de candor e inocencia que contrastaba con el angustioso abatimiento de aquella hiedra sin arrimo—, oyó cerca de sí, con viva sorpresa, a tres o cuatro pasos dentro de la espesura del bosque una voz grave y apacible, que la llamó, diciéndole:

—Higuemota, óyeme; no temas.

La interpelada, poniéndose instantáneamente en pie, dirigió la vista asombrada al punto de donde partía la voz; y dijo con entereza:

—¿Quién me habla? ¿Qué queréis? ¿Dónde estáis?

—Soy yo, —repuso la voz—, tu primo Guaroa; y vengo a salvarte.

Al mismo tiempo, abandonando el rugoso tronco de una ceiba que lo ocultaba, se presentó a la vista de Doña Ana, aunque permaneciendo cautelosamente al abrigo de los árboles, un joven indio como de veinticinco años de edad. Era alto, fornido, de aspecto manso y mirada expresiva, con la frente marcada de una cicatriz de herida reciente; y su traje consistía en una manta de algodón burdo de colores vivos, que le llegaba hasta las rodillas, ceñida a la cintura con una faja de piel; y otra manta de color obscuro, con una abertura al medio para pasar la cabeza y que cubría perfectamente toda la parte superior del cuerpo; sus brazos, como las piernas, iban completamente desnudos; calzaban sus pies, hasta arriba del tobillo, unas abarcas de piel de iguana; y sus armas eran un cuchillo de monte que mal encubierto y en vaina de cuero pendía de su cinturón, y un recio y nudoso bastón de madera de ácano, tan dura como el hierro. En el momento de hablar a Doña Ana se quitó de la cabeza su

toquilla o casquete de espartillo pardo, dejando en libertad el cabello, que abundante, negro y lacio le caía sobre los hombros.

S E P A R A C I O N

Higuemota lanzó una exclamación de espanto al presentársele el indio.

No estaba exenta de esa superstición tan universal como el sentimiento religioso, que atribuye a las almas que ya no pertenecen a este mundo la facultad de tomar las formas corpóreas con que en él existieron, para visitar a los vivos. Creyó, pues, que su primo Guaroa, a quien suponía muerto con los demás caciques el día de la prisión de Anacaona, venía de la mansión de los espíritus; y su primer impulso fué huir. Dió algunos pasos, trémula de pavor, en dirección de su casa; pero el instinto maternal se sobrepuso a su miedo, y volviendo el rostro en demanda de su hija, la vió absorta en los brillantes colores de una mariposa que para ella había cazado el niño Guarocuya; mientras que éste, en actitud de medrosa curiosidad, se acercaba al aparecido, que se había adelantado hasta la salida del bosque, y dirigía al niño la palabra con benévola sonrisa. Este espectáculo tranquilizó a la tímida joven: observó atentamente al indio, y después de breves instantes, vencido enteramente su terror, prevaleció el antiguo afecto que profesaba a Guaroa; y admitiendo la posibilidad de que estuviera vivo, se acercó a él sin recelo, le tendió la mano con afable ademán, y le dijo:

—Guaroa, yo te creía muerto, y había llorado por ti.

—No. Higuemota; —repuso el indio—, me hirieron aquí en la frente; caí sin saber de mí al principiar la pelea, y cuando recobré el sentido me hallé rodeado de muertos; entre ellos reconocí a mi padre, a pocos pasos de distancia, y a mi hermano Magicatex, que descansaba su cabeza en mis rodillas. Era ya de noche; nadie vigilaba, y salí de allí arrastrándome como una culebra. Me fuí a la montaña, y oculto en casa de un pariente, curé mi herida. Después, mi primer cuidado fué mandar gente de mi confianza a saber de ti, de mi tía Anacaona; de todos los míos. Tamayo que huyó pocos días después, me encontró y me dió razón de todo. He venido porque si tú sufres, si te maltratan, si temes algo, quiero llevarte conmigo a las montañas, a un lugar seguro, que tengo ya escogido como refugio contra la cruel.

dad de los blancos, para todos los de mi raza. Espero, pues, tu determinación. Dos compañeros me aguardan cerca de aquí.

—Buen primo Guaroa —dijo Higuemota—, yo te agradezco mucho tu cariñoso cuidado; y doy gracias al cielo de verte sano y salvo. Es un consuelo para mis pesadumbres; éstas son grandes, inmensas, primo mío; pero no se puede remediar con mi fuga a los montes. Yo sólo padezco males del corazón; en todo lo demás, estoy bien tratada, y me respetan como a la viuda de Guevara; título que me impone el deber de resignarme a vivir, por el bien de mi hija Mencía, que llevará el apellido de su padre, y que tiene parientes españoles que la quieren mucho. Yo creo que no te perseguirán, pero debes ocultarte siempre, hasta que yo te avise que ha pasado todo peligro para ti.

Guaroa frunció el entrecejo al escuchar las últimas palabras de su prima.

—¿Piensas —le dijo—, que yo he venido a buscar la piedad o el perdón de esos malvados? ¡No, ni ahora, ni nunca! Tú podrás vivir con ellos; dejaste de ser india desde que te bautizaste y te diste a Don Hernando, que era tan bueno como sólo he conocido a otros dos blancos, Don Diego y Don Bartolomé (6), que siempre trataban bien al pobre indio. ¡Los demás son malos, malos! Querían que nos bautizáramos por fuerza, y sólo estos dijeron que no debía ser así; y quisieron que nos enseñaran letras y doctrina cristiana. Y ahora que todos estábamos dispuestos a ser cristianos, y creíamos que las fiestas iban a terminar con esa ceremonia, nos asesinan como a hutías; nos matan con sus lanzas y sus espadas a los unos, mientras que a los demás los asan vivos... No creo en nuestros *cemies* (7), que no han tenido poder para defenderse; pero tampoco puedo creer..

—No hablemos más de eso, Guaroa —interrumpió la joven—: me hace mucho daño. Tienes razón; huye a los montes; pero déjame a mí cumplir mi deber y mi destino. Así me lo ha dicho otro español muy bueno, que también se llama Don Bartolomé (8). Soy cristiana, y sé que no debo aborrecer ni aun a los que más mal nos hacen.

—Yo no lo soy, Higuemota —dijo con pesar Guaroa—; y no por culpa mía; pero tampoco sé aborrecer a nadie; ni com-

(6) Los dos hermanos de Colón.

(7) Dioses indios.

(8) Las Casas, a quien más adelante verá el lector figurar en esta narración.

prendo cómo los que se llaman cristianos son tan malos con los de mi raza, cuando Dios es tan manso y tan bueno. Huyo de la muerte, y huyo de la esclavitud, peor que la muerte (9). Quédate aquí en paz, pero dame a mi sobrino. Guarocuya, para que se críe libre y feliz en las montañas. Para él no hay excusa posible: no es todavía cristiano; es un pobre niño sin parientes ni protectores blancos, y mañana su suerte podrá ser tan desgraciada entre esta gente, que más le valiera morir desde ahora ¿Qué me respondes?

Higuemota, que había bajado la cabeza al oír la última proposición de Guaroa, miró a éste fijamente. Su rostro estaba inundado en llanto, y con acento angustiado y vehemente le dijo:

—¡Llévate a Guarocuya! ¡Imposible! Es el compañero de juegos de mi Mencía, y el ser que más amo después de mi madre y la hija de mis entrañas. ¿Qué sería de ésta y de mí si él no estuviera con nosotras?

—Sea él quien decida su suerte —dijo Guaroa con solemne entonación—. Ni tú ni yo debemos resolver este punto. El Gran padre de allá arriba hablará por boca de este niño.

Y tomando a Guarocuya por la mano, lo colocó entre sí y la llorosa Doña Ana, y le interrogó en los términos siguientes:

—Dínos, Guarocuya, ¿te quieres quedar aquí, o irte conmigo a las montañas?

El niño miró a Guaroa y a Doña Ana alternativamente; después dirigió la vista a Mencía, que continuaba entretenida con las flores silvestres a corta distancia del grupo, y dijo con decisión:

—¡No me quiero ir de aquí!

Guaroa hizo un movimiento de despecho, mientras que su prima se sonreía al través de sus lágrimas, como suele brillar el iris en medio de la lluvia. Reinó el silencio durante un breve espacio, y el contrariado indio, que a falta de argumentos volvía la vista a todas partes como buscando una idea en auxilio de su mal parada causa, se volvió bruscamente al niño, y señalando con la diestra extendida a un hombre andrajoso, casi desnudo, —que cruzaba la pradera contigua con un enorme haz de leña en los hombros, y encorvado bajo su peso—, dijo con ímpetu, casi con rabia:

(9) Se puede notar en estos discursos de Guaroa cierta inconexión y hasta ciertas contradicciones que denotan la nebulosidad de ideas y la lucha de efectos indefinidos, propios de un hombre de buen juicio a medio civilizar.



—Dime, Guarocuya, ¿quieres ser libre y señor en la montaña, tener vasallos que te obedezcan y te sirvan; o quieres cuando seas hombre cargar leña y agua en las espaldas como aquel vil naboria (10) que va allí?

Pasó como una nube lívida por la faz del niño; volvió a mirar profundamente a Mencía y a Higuemota, y dirigiéndose con entereza a Guaroa:

—¡Quiero ser libre! —exclamó.

—Eres mi sangre —dijo el jefe indio con orgullo. ¿Tienes algo que decir, Higuemota?

Esta no contestó. Parecía sumida en una reflexión intensa, y sus miradas seguían tenazmente al pobre indio de la leña, que tan a punto vino a servir de argumento victorioso a Guaroa. Luego, como quien despierta de un sueño, puso vivamente ambas manos en la cabeza de Guarocuya, imprimió en su frente un prolongado y tiernísimo beso, y con rostro sereno y convulsivo ademán lo entregó a Guaroa diciéndole estas palabras:

—Llévatelo: más vale así.

El niño se escapó como una flecha de manos de Guaroa, y corriendo hacia Mencía la estrechó entre sus bracitos, y cubrió su rostro de besos. Después, enjugando sus ojos llorosos, volvió con paso firme adonde su tío, y dijo como Higuemota:

—Más vale así.

Guaroa se despidió tomando la mano de su prima y llevándosela al pecho con respetuoso acatamiento. No sabemos si por distracción o por otra causa, ninguna demostración cariñosa le ocurrió dirigir a la niña Mencía; y guiando de la diestra a su sobrino, se internó en la intrincada selva. A pocos pasos se perdió de vista entre los añosos y corpulentos árboles, en cuya espesura le aguardaban sus dos compañeros, indios, como él, jóvenes y robustos.

EL VIAJE

Seguido Guaroa de sus dos fieles compañeros, que alternativamente llevaban, ora de la mano, ora en brazos, al pequeño Guarocuya, según los accidentes del terreno, se internó desde el principio de su marcha en dirección a la empinada cordillera de

(10) Así se denominaba a los indios destinados a la servidumbre doméstica.

montañas, por la parte donde más próximamente presentaba la sierra sus erguidas y onduladas vertientes.

Caminaban aquellos indios en medio de las tinieblas y entre un intrincado laberinto de árboles, con la misma agilidad y desembarazo que si fueran por mitad de una llanura alumbrada por los rayos del sol. Silenciosos como sombras, quien así los hubiese visto alejarse del camino cautelosamente, no hubiera participado de los recelos que tuvo Higuemota de que pudieran haberles dado alcance los imaginarios jinetes que salieran en su persecución.

Hacia las doce de la noche la luna vino en auxilio de aquella marcha furtiva; y el niño Guarocuya, cediendo al influjo del embalsamado ambiente de los bosques, se durmió en los robustos brazos de sus conductores. Estos redoblaban sus cuidados y paciente esmero, para no despertarlo.

Así caminaron el resto de la noche, en dirección al Sudeste; y al despuntar la claridad del nuevo día llegaron a un caserío de indios, encerrado en un estrecho vallecito al pie de dos escarpados montes. Todas las chozas estaban aun cerradas, lo que podía atribuirse al sueño de sus moradores, atendido a que un resto de las sombras nocturnas, acosadas de las cumbres por la rosada aurora, parecía buscar refugio en aquella hondonada. Sin embargo, se vió que la gente estaba despierta y vigilante, saliendo en tropel de sus madrigueras tan pronto como Guaroa llevó la mano a los labios produciendo un chasquido desapacible y agudo.

Su regreso era esperado por aquellos indios; él les refirió brevemente las peripecias de su excursión, y les mostró al niño Guarocuya, que había despertado al rumor que se suscitó en derredor de los recién llegados. Los indios manifestaron una extremada alegría a la vista del tierno infante, que todos a porfía querían tomar en sus brazos, tributándole saluciones y homenajes afectuosos, como al heredero de su malogrado cacique y señor natural. Guaroa observaba estas demostraciones con visible satisfacción.

Allí descansaron los viajeros toda la mañana, restaurando sus fuerzas con los abundantes aunque toscos alimentos de aquellos montañeses. Consistían éstos principalmente en el pan de yuca o casabe, maíz, batatas y otras raíces; bundá, plátanos, huevos de aves silvestres, que comían sin sal, crudos o cocidos indistintamente y carne de hutía.

Después de dar algunas horas al sueño, Guaroa convocó a su presencia los principales indios, que todos le reconocían por su jefe. Les dijo que la situación de los de su raza, desde el día de la sangre —que así llamaba a la jornada funesta de Jaragua— había ido empeorando cada día más; que no había que esperar piedad de los extranjeros, ni alivio en su miserable condición; y que para salvarse de la muerte, o de la esclavitud que era aun peor, no había otro medio que ponerse fuera del alcance de los conquistadores, y defenderse con desesperación si llegaban a ser descubiertos o atacados. Les recomendó la obediencia, diciéndoles que él, Guaroa, los gobernaría mientras Guarocuya, su sobrino, llegara a la edad de hombre; pero que debían mientras tanto reverenciar a éste como a su único y verdadero cacique; y por conclusión, para reforzar con el ejemplo su discurso, hizo sentar al niño al pie de un gigantesco y corpudo roble; le puso en la cabeza su propio birrete, que a prevención había decorado con cinco o seis vistosas plumas de flamenco, y le besó respetuosamente ambos pies; ceremonia que todos los circunstantes repitieron uno a uno con la mayor gravedad y circunspección.

Terminada esta especie de investidura señorial, Guaroa acordó a sus amigos el plan de vida que debían observar los indios libres en lo sucesivo; y se ocupó con esmerada previsión de los mil y mil detalles a que era preciso atender para resguardarse de las irrupciones de los conquistadores. Todo un sistema de espionaje y vigilancia quedó perfectamente ordenado; de tal suerte, que era imposible que los españoles emprendieran una excursión en cualquier rumbo, sin que al momento se transmitiera la noticia a las más recónditas guaridas de la sierra. Guaroa, hechos estos preparativos, indicó en sus instrucciones finales a los cabos de su confianza el Lago Dulce, al Nordeste de aquellas montañas, como punto de reunión general, en caso de que el enemigo invadiera la sierra; y determinó fijamente el lugar en que iba a residir con su sobrino, a la margen de dicho lago. En seguida emprendió su marcha, acompañado de un corto séquito de indios escogidos que llevaban a Guarocuya cómodamente instalado en una rústica silla de manos, formada de recias varas y flexibles mimbres, y mullida con los fibrosos y rizados copos de la guajaca.

El niño todo lo miraba y a todo se prestaba sin manifestar extrañeza. Tenía siete años, y a esta tierna edad ya entreveía y comenzaba a experimentar todo lo que hay de duro y terrible en las luchas de la existencia humana. Sin duda ráfagas

de terror cruzarían su infantil ánimo, ya cuando viera la feroz soldadesca de Ovando dar muerte a los seres que rodeaban su cuna, incluso a su propio padre; ya más adelante, cuando el grito agudo del vigía indio, o el remoto ladrido de los perros de presa, alternando con los ecos del clarín de guerra, anunciaban la aproximación del peligro, y los imprevistos guerreros se aprestaban a la defensa, o respondían con fúnebre clamor a la voz de alarma, creyendo llegada su última hora.

¡Qué tristes impresiones, las primeras que recibió aquel inocente en el albor de su vida! Profundamente grabadas quedaron en su alma benévola y generosa, templada tan temprano para la lucha y los grandes dolores, así como para el amor y todos los sentimientos elevados y puros.

LA PERSECUCION

El espionaje de los indios no era un accidente anormal, que se efectuara por virtud de consignas especiales, y sujeto a plan u organización determinada. Era un hecho natural, instintivo, espontáneo, y no ha faltado quien suponga que estaba en la índole y el carácter de aquella raza. Pero esto no era sino una de tantas calumnias como se han escrito y se escriben para coonestar las injusticia; porque es muy antigua entre los tiranos la práctica de considerar los efectos de su iniquidad como razonables motivos para seguir ejerciéndola. El indio de Haití, confiado y sencillo al recibir la primera visita de los europeos, se hizo naturalmente arisco, receloso y disimulado en fuerza de la terrible opresión que pesaba sobre él; y esta opresión fué haciéndose cada día más feroz, a medida que los opresores iban observando los desórdenes morales que eran la necesaria consecuencia de sus procedimientos tiránicos.

El indio, a quien extenuaba el ímprobo trabajo de lavar oro en los ríos, guardaba cuidadosamente el secreto de los demás yacimientos auríferos que le eran conocidos, y aplicaba todo su ingenio a hacer que permanecieran ignorados de sus codiciosos verdugos: si tenía hambre, estaba obligado a refinar sus ardides para hurtar un bocado, a fin de que el látigo no desgarrara sus espaldas, en castigo de su atrevimiento y golosina; y así aquella raza infeliz, de cuyo excelente natural había escrito Colón que "no había gente mejor en el mundo", degeneraba

rápidamente, y se hacía en ella ley común la hipocresía, la mentira, el robo y la perfidia. Cuando los cuerpos se rendían a la fatiga y los malos tratamientos, ya las almas habían caído en la más repugnante abyección. Tanto puede la inexorable ferocidad de la codicia.

Los recientes sucesos de Jaragua, al refugiarse Guaroa en las montañas, habían aguzado, como era consiguiente, la predisposición recelosa de los indios. Ningún movimiento de los españoles, ninguna circunstancia, por leve e insignificante que fuera, pasaba inadvertida para su atenta y minuciosa observación. Desde las riberas del litoral marítimo donde tenían su asiento los establecimientos y nuevas poblaciones fundadas por los conquistadores, hasta el riñón más oculto de las montañas donde se albergaba el cacique fugitivo, los avisos funcionaban sin interrupción, como las mallas de una densa red, partiendo del *naboria* que con aire estúpido barría la casa del jefe español, y corriendo de boca en boca por un cordón perfectamente continuado de escuchas y mensajeros; del aguador al leñador, del leñador al indio viejo y estropeado, que cultivaba al pie de la montaña un reducido conuco; y del indio viejo a todos los ámbitos del territorio.

Esto hacía que la faena impuesta por Ovando a Diego Velázquez ofreciera en realidad más dificultades de las que a primera vista podían esperarse. El capitán español llevaba por instrucciones capturar o matar a Guaroa a todo trance, debiendo recorrer las montañas con el ostensible propósito de reorganizar el servicio de los tributos, interrumpido y trastornado por la muerte trágica de los caciques. Mientras que la hueste española hacía el primer alto a la entrada de los desfiladeros de *la Silla*, la noticia de su expedición cundía con rapidez eléctrica por todas partes, y llegaba a los oídos del prudente y precavido Guaroa, en la mañana del día siguiente. El jefe indio, que había fijado su residencia en la ribera del lago más distante del camino real, se aprestó inmediatamente a recibir y aposentar los fugitivos que desde el mismo día, según las órdenes e instrucciones que de antemano había comunicado a su gente, no podían menos de comenzar a afluir en derredor suyo. Como se ve, el plan de campaña de los indios tenía por base principal la fuga; y no podía ser de otro modo, tratándose de una población inerme y aterrada por recientes ejemplares.

Después de diez años de experiencia, los indios de la Española, a pesar de su ingénito valor, no podían proceder absolutamente como salvajes sin noción alguna suficiente para comparar sus débiles fuerzas con las de sus formidables enemigos. El período de combatir dando alaridos y ofreciéndose en muchedumbre compacta al hierro, al fuego de la arcabucería y a las cargas de caballería de los españoles, había pasado con los primeros años de la conquista, y su recuerdo luctuoso servía esta vez para hacer comprender a Guaroa que debía evitar en todo lo posible los encuentros, y fiar más bien su seguridad al paciente y penoso trabajo de huir con rapidez de un punto a otro, convirtiendo sus súbditos en tribu nómada y trashumante, y esperándolo todo del tiempo y del cansancio de sus perseguidores.

No quiere esto decir que estuviera enteramente excluido el combate de los planes de Guaroa; no. El estaba resuelto a combatir hasta el último aliento, y de su resolución participaban todos o los más de sus indios; pero solamente se debía llegar a las manos cuando no hubiera otro recurso; o cuando el descuido o la fatiga de los españoles ofreciera todas las ventajas apetecibles para las sorpresas y los asaltos. Fuera de estos casos, la estrategia india, como la de todos los grandes capitanes que han tenido que habérselas con fuerzas superiores, debía consistir en mantenerse fuera del alcance de los enemigos, mientras llegara el momento más favorable para medirse con ellos. Los extremos siempre se confunden, y la última palabra de la ciencia militar llegará a ser probablemente idéntica al impulso más rudimentario del instinto natural de la propia conservación.

Según lo había supuesto el caudillo indio, al caer la tarde del mismo día de la entrada de Velázquez en los desfiladeros comenzaron a llegar al Lago Dulce los principales moradores de las montañas, con sus deudos y amigos más aptos para las agitaciones y los azares de la vida errante que iban a emprender, y muchos de ellos acompañados de sus mujeres e hijos. Guaroa les dió albergue en un extenso *guanal*, a corta distancia del lago, donde con poco trabajo quedaron improvisadas espaciosas y abrigadas viviendas, cubiertas de guano (13), cuyos

(13) Guanal es la espesura formada por la especie de palmera que se llama en todas las islas de Santo Domingo guano, y de cuyas anchas pencas u hojas se construye la graciosa techumbre de los bohíos en la mayor parte de los pueblos del Sud, donde no abunda la palmera real o de yagua.



troncos redondos y derechos tienen cierta semejanza con las esbeltas columnas de que tan feliz uso ha sabido hacer la arquitectura árabe. Allí pudo admirarse la previsión del que eligió aquel sitio como punto de reunión general. Los mantenimientos y variedad de víveres enriquecían toda la ribera del azulado y vistoso lago. Sus tranquilas aguas, si no eran las más puras y gustosas al paladar, ofrecían en cambio fácil y abundante pesca; mientras que contra las exigencias de la sed, multitud de fuentecillas y manantiales brindaban sus límpidas y refrigerantes corrientes, deslizándose por en medio de deliciosos vergeles naturales, en los que confundían y estrechaban sus caprichosos lazos, en agraciado consorcio, lozanas enredaderas silvestres cuya pomposa florescencia engalanaba los arbustos con variados y brillantes matices, y donde al pasar el áura apacible embalsamaba su aliento con los perfumes robados a las hierbas aromáticas.

Diego Velázquez penetró en la sierra, y pronto echó de ver la soledad y el abandono que reinaba a su rededor: pocos indios, los más ancianos, los inválidos y algunas horribles mujeres eran los ejemplares que de la raza se ofrecían a su vista. No era a primera vez que él visitaba la montaña, adonde le habían conducido anteriormente comisiones importantes, como la de percibir los tributos, y persuadir a los indios a formar caseríos o poblados, renunciando a su vida aislada y huraña. En esta diligencia había obtenido lisonjeros resultados, que hacían honor a su talento y su destreza para tratar con aquellos indígenas. Tenía entre ellos algunos conocidos con quienes había ejercido actos de bondad, y que le demostraban siempre gratitud y cariño. Pero en vano buscó, indagó y preguntó por algunos de sus *colombroños* (14), que así solía llamar familiarmente a los que para significarle amor y adhesión tomaban su nombre; costumbre muy común entre aquellos naturales. Todos huían de su vista cuidadosamente; y es muy probable que mientras Velázquez abrumaba con pregunta inútiles al indio viejo que apáticamente fumaba su túbano sentado a la puerta del bohío, el individuo cuyo paradero investigaba con tanto ahinco el capitán español, estuviera mirándolo y oyéndolo desde su escondite en la vecina arboleda.

(14) Lo mismo que homónimo, o tocayo.

Esta exploración infructuosa duró un mes: los escasos habitantes con quienes tropezaba Velázquez parecía que se habían dado el santo y seña para responder de un modo invariable: todos hacían el papel de estúpidos; hablaban maquinalmente y con absoluta incoherencia, de lo que les era preguntado. Si alguna vez se conseguía por excepción topar con un ser medianamente razonable, sus respuestas producían mayor confusión: decía que la gente estaba en el trabajo; que la habían dejado atrás, muy lejos; que iba a venir, que le esperaran hasta la noche; y cuando ésta llegaba y la gente no, se mostraba el informante muy maravillado; se ofrecía a conducir los españoles al lugar del trabajo, y en la primera hondonada, o en la espesura que le parecía a propósito, se ocultaba y evadía como si fuera espíritu puro, dejando a los españoles extraviados en la oscuridad, o entretenidos en coger maíz y raíces alimenticias que abundaban en los cultivos abandonados de toda aquella parte de la sierra.

Alguna vez tomaban la precaución de atar al guía, y amenazarle con palos o con la muerte si cometía algún engaño o trataba de escaparse; pero todo era inútil: llegaban después de mil fatigas a un lugar tan solitario como los demás, y allí se detenía el indio diciendo: —aquí los dejé, yo creía que aquí estaban—: o cosa parecida. No se podía obtener mayor luz, ni por buenas ni por malas; comenzaban a menudear los palos sobre el testarudo guía, sin conseguir arrancarle un suspiro; y algunos había tan constantes y sufridos, que morían a golpes, y no volvían a proferir una sola palabra. El capitán se desesperaba con el escaso fruto que iba produciendo su expedición, y sólo una cosa veía en la sorprendente conducta de los montañeses: que la inspiraba el miedo, efecto de la ejecución de Jara-gua. Era evidente que los indios huían y se ocultaban por terror, abandonando cuanto tenían y atentos a resguardar solamente las vidas.

Sea por piedad o por política, esta conclusión de Diego Velázquez le indujo a poner en práctica procedimientos más reflexivos y humanitarios. Trató indistintamente bien a todos los naturales que pudo haber a mano; los agasajó y procuró inspirarles confianza en medio de los españoles: si alguno se ofreció a servirle de guía lo dejó en absoluta libertad, dando orden de que le permitieran escapar sin perseguirle ni alboro-

tarle, si tal era su voluntad. Por último, prodigaba sus amplias botas de vino andaluz, de que andaba bien provisto, dando a gustar el generoso licor a los pobres ancianos, que no tardaban en aficionársele de veras, merced a este mágico estimulante; y así, al cabo de una semana de estar practicando tan benévolo sistema, Velázquez forzaba en sus últimos atrincheramientos la estudiada reserva de sus cotidianos convidados.

Uno de aquellos montañeses —el que más idiota parecía al principio, llegó un día a embriagarse con las repetidas libaciones, y dió rienda suelta a la entumecida lengua. Velázquez aprovechó diestramente el momento, y arrancó al avinado hablador cuantas noticias e indicaciones le hacían falta. Cuando el indio llegó a rendirse al sueño báquico, ya el capitán español sabía el paradero de Guaroa y de su tribu. Inmediatamente dispuso la marcha para esa misma noche.

Al anoecer volvió el viejo en su acuerdo; recapitó sobre su funesta indiscreción, y llamando sin demora a un muchacho hijo suyo, acostumbrado sin duda a tales comisiones, lo despachó por en medio de los bosques y al favor de las tinieblas, llevando a Guaroa el aviso de que los españoles iban a caer sobre él.

Fué forzoso abandonar apresuradamente las hospitalarias riberas del Lago Dulce, que por lo poco accidentada era de fácil acceso para los caballos, el elemento de guerra más temido por los indios. Una escarpada montaña, casi cortada perpendicularmente por la naturaleza, y cuya cima estaba siempre envuelta en un velo de nubes, fué el sitio escogido por Guaroa para mudar su campo. Esta fortaleza natural sólo tenía un descenso practicable, aunque sumamente disimulado por la maleza, del lado Sudoeste, y daba paso por un angosto y profundo barranco hasta el pie de otra montaña contigua, no menos fragosa y abrupta que la que podemos llamar segundo campamento de Guaroa.

Cuando Velázquez llegó a la orilla del Lago Dulce halló los vestigios de la reciente presencia de los indios, y no pudo menos que admirar la previsoría inteligencia con que aquellos infelices habían elegido aquel pintoresco y ventajoso refugio. Hasta se arrepintió, por un buen movimiento involuntario de su alma, de haberles perturbado en su pacífico retiro. Como que por lo visto sólo se trataba de perseguir a pobres fugitivos ajenos a todo pensamiento de agresión, dormía en los españoles esa fiebre

de exterminio que solía despertarse con trágico fracaso desde que recelaban cualquier intento sanguinario contra su existencia. Y por tanto, seguían la pista de los indios, estimulados más bien por el deber y por el amor propio, y dando rienda a su espíritu aventurero, y ganoso de derramar la sangre de los que casi era un sarcasmo llamar rebeldes. Así, desde que llegaron al guanal del Lago y se hallaron agradablemente instalados, Velázquez quiso descansar unos días en tan bellos sitios, y se limitó a enviar diariamente pequeñas rondas de exploradores a las montañas vecinas.

La que ocupaba Guaroa con su gente sólo era adecuada para servir como reducto de guerra; pero a esta única ventaja se había limitado con aquella mole escarpada el favor de la Naturaleza. Los depósitos de agua potable en los canjilones de la granítica meseta eran reducidos y escasos. No había allí sembrados ni cultivos de ninguna especie, y en dos o tres días quedaron consumidos los víveres que se habían llevado del Lago, y las pocas frutas silvestres que se pudieron encontrar. Desde entonces el hambre comenzó a hacerse sentir entre los refugiados de la inhospitalaria montaña; despacharon las mujeres y los niños (excepto Guarocuya) a sus respectivas casas, y fué preciso organizar cuadrillas de merodeadores que, buscando el rumbo opuesto a la zona que ocupaban los enemigos, fueron extendiendo gradualmente sus excursiones famélicas hasta los valles del río Pedernales, al Sur. Ignoraban que en la embocadura de este río se hallaba apostado hacía poco tiempo, con el fin de vigilar y custodiar aquella costa, un destacamento español, cuyos ociosos soldados también vivían del merodeo por los alrededores. Un día a tiempo que los exploradores de Guaroa, en número de ocho, despojaban un lozano maizal de sus rubias mazorcas, se vieron rodeados de repente por varios soldados españoles, los cuales lograron aprisionar a tres de los indios: los demás emprendieron la fuga para sus montañas, y los presos fueron conducidos a la presencia de un anciano capitán español que los trató benignamente, les inspiró confianza, e interrogándoles con destreza llegó a adquirir todos los datos necesarios para saber el paradero de Guaroa y el género de vida que llevaba con su gente. Al saber que los fugitivos eran en tan crecido número, el oficial español se alarmó vivamente, y presuroso acudió, con la mayor parte de sus soldados y conducidos por los indios prisioneros

al través de los montes, a participar su descubrimiento a Diego Velázquez.

No tardó el jefe español en emprender operaciones activas para sojuzgar o destruir aquellos indios alzados. Su tropa, dividida en tres destacamentos, penetró por distintas partes en la sierra, llevando por objetivo la escarpada montaña que servía de sitio a Guaroa.

Pero la vigilancia de este caudillo proveyó a la defensa con una oportunidad y buen concierto admirable. No bien comenzaron a subir los soldados españoles por la áspera eminencia, cuando una lluvia de gruesas piedras derribó a varios de ellos sin vida; tres veces acometieron denodados, y otras tantas rodaron revueltos con enormes rocas por aquella empinada ladera.

Esta defensa se hacía en absoluto silencio por parte de los indios: su jefe así lo había ordenado; pero el aviso de que por otro lado de la montaña se presentaban nuevos enemigos puso la consternación en los ánimos, y prorrumpieron en lastimeras exclamaciones.

Solícito Guaroa acudió a todos; los exhortó a la esperanza; los tranquilizó, y les señaló el punto de retirada que su previsión había reservado para el trance final, y que los enemigos ignoraban. Esto devolvió el ánimo a sus hombres, que volvieron a la lucha a tiempo para rechazar el asalto simultáneo de los españoles, y lo consiguieron una vez más.

Las sombras de la noche vinieron a terminar aquella jornada, y a su favor los indios operaron su retirada por el barranco, internándose en las vecinas montañas. Al amanecer del día siguiente, Diego Velázquez ordenó nuevamente el asalto a las posiciones disputadas la víspera, y esta vez, sin más resistencia que la opuesta por los obstáculos naturales de la áspera subida, llegó a la cumbre de la montaña, quedándose estupefactos los agresores al encontrar su altiplanicie en la más completa soledad.

P E R S U A S I O N

Veamos entretanto cuál era la situación en el campo de Guaroa. Su gente, regularmente provista de subsistencia para algunos días, gracias a la desertión de los indios de Pedernales del campo español, comenzaba a avezarse a la vida nómada y

azarosa que había emprendido. Ya sabían aquellos hijos de las selvas, gracias a las lecciones y el ejemplo de su caudillo, improvisar barracas con ramas de árboles, para resguardarse de la intemperie: ya cada uno de los fugitivos, además del recio arco de mangle con cuerda de cabulla y saetas de guaconejo (17), sabía manejar con destreza y agilidad una pesada macana, o estaca de ácano, madera tan dura y pesada como el hierro; y los más atrevidos hablaban de no permanecer más tiempo a la defensiva, sino acechar a sus perseguidores, y causarles todo el daño posible.

Pero el prudente Guaroa no aspiraba a tanto: su plan, como ya dijimos, se reducía a irse sustrayendo con su tribu de la persecución, cambiando continuamente de sitio, y no pelear hasta no verse en el último aprieto; contando con la posibilidad de hallar un escondite en aquellas breñas, bastante oculto e inaccesible para que los españoles perdieran hasta la memoria de que había indios alzados (18).

Esto ofrecía varias dificultades, y principalmente la de no abundar los *jagüeyes*, o charcas de agua, en aquellas alturas. El indio previsor, cada vez que mudaba de sitio, se aplicaba a hacer cavar hondas fosas en los vallejuelos o barrancos que separaban una eminencia de otra, en aquella intrincada aglomeración de montañas; logrando así reforzar sus defensas, y en las frecuentes lluvias que atrae la sierra, estancar crecidas cantidades de agua.

Guarocuya seguía siendo el objeto de todos los cuidados, y el ídolo de aquella errante multitud de indios. Su gracia infantil, su humor igual y benévolo, sus juegos, todo interesaba altamente a los pobres fugitivos, que cifraban en aquel niño esperanzas supersticiosas. Corría, saltaba con imponderable agilidad; seguía a pie, sin fatiga ni embarazo, a su vigoroso tío, por los caminos más ásperos; hasta que, admirado de tanta fortaleza en tan tiernos años, Guaroa lo hacía llevar en hombros de algún

(17) MANGLE, árbol de madera muy dura y flexible: CABULLA, fibra de gran resistencia que se extrae del cactus llamado MAGUEY O PIPA, y de la que se hacen cuerdas muy sólidas. GUACONEJO, es otra especie de madera durísima.

(18) No era absurdo el propósito de Guaroa. En 1860 se capturaron en las montañas del Bahoruco tres BIEMBIENES, pertenecientes a una tribu de salvajes de raza africana, que aún existe allí alzada, y de que sólo dan noticias incoherentes y tardías algunos monteros extraviados.

recio indio, sin que el niño mostrara en ello satisfacción o alegría.

El joven jaragüeno, de veinticuatro años de edad, que había estado al servicio del célebre alcalde mayor Roldán, cuando éste se rebeló contra Colón en Jaragua, era el que con más frecuencia llevaba sobre sus espaldas al infantil cacique. Su amo le había impuesto el nombre español de Tamayo, por haber encontrado semejanza entre algunos rasgos de la fisonomía del indio con los de otro criado de raza morisca que tenía ese nombre y se le había muerto a poco de llegar de España a la colonia. El antiguo escudero de Roldán parecía haber heredado el aliento indómito de aquel caudillo, primer rebelde que figura en la historia de Santo Domingo. Manejaba bien las armas españolas; llevaba espada y daga que logró hurtar al escaparse a las montañas, y hallaba singular placer en hacer esgrimir esas armas a su pupilo Guarocuya, que por esta causa, y por conformarse Tamayo a todos sus gustos y caprichos de niño, lo amaba con predilección.

Siendo el único que podía decirse armado entre los indios, Tamayo era tal vez por lo mismo el más osado y más fogoso de todos. Un día, seguido del niño Guarocuya, descendió de la montaña un buen trecho alejándose del campamento: vagaba a la ventura buscando iguanas, nidos de aves y frutas silvestres, cuando advirtió que se acercaban haciéndole señas dos indios, precediendo a un hombre blanco, uno de los temidos españoles. Este, sin embargo, nada tenía de temible en su aspecto ni en su equipo. Iba vestido de negro, y su única arma era un bastón, que le daba el aire pacífico de un pastor o un peregrino.

Tamayo miró con sorpresa a los viajeros; pero sin inmutarse, desenvainó su espada, se puso en guardia y preguntó a los indios qué buscaban.

La respuesta le tranquilizó completamente, y más el rostro afable, para él muy conocido, de Las Casas, que no era otro el compañero de los guías indios. Estos contestaron a Tamayo indicándole al emisario español, y diciéndole en su lengua que venía a hablar con el jefe de los alzados.

Antes que acabaran de explicarse, Guarocuya, reconociendo a Las Casas, había corrido a él con los brazos abiertos, dando muestra del más vivo júbilo: el español lo recibió con bondadosa

sonrisa, se inclinó a él, le besó cariñosamente en la mejilla, y le dijo:

—Mucho bien te hace el aire de las montañas, muchacho.

Volvió a la vaina Tamayo su aguzada tizona, y quitándose el sombrero que a usanza española llevaba, se acercó a Las Casas y le besó la mano.

Este lo miró como quien evoca un recuerdo: —¿Quién eres? me parece conocerte —le dijo.

Sí, señor —contestó el joven indio—; vuestra merced me ha visto primero en Santo Domingo, hace un año, sirviendo a mi señor Roldán, cuando lo embarcaron para España. Poco después mi nuevo amo me trataba muy mal, y me vine a mi tierra a servir a mi señora Anacaona, hasta el día de la desgracia.

—Cierto —repuso Las Casas—. Guíanos a donde está tu jefe.

—En el camino Tamayo explicó a Las Casas la razón del respeto afectuoso que manifestaba hacia su persona. Siempre le vió sonreír y consolar a los pobres indios: en Jaragua presencié su dolor y desesperación al ver la matanza de los caciques.

En cuanto al niño, la alegría que experimentó al ver aquel hombre de los ojos expresivos, de semblante benévolo, se explica por los agasajos y pequeños regalos que recibiera de Las Casas en los cortos días que mediaron entre la llegada de éste con Ovando a Jaragua, y la sangrienta ejecución de los caciques. El niño se hallaba a su lado, en la plaza, en el acto de la salvaje tragedia, y fué el bondadoso Las Casas quien lo tomó en brazos, y arrastrando a Higuemota, helada de terror, puso a ambos en momentánea seguridad, velando después sobre ellos, hasta que Ovando dió cabida a un sentimiento compasivo; oyó quizás la voz del remordimiento— y les acordó protección y asistencia. La criatura pagaba al filantrópico español los beneficios que su inocencia no alcanzaba a comprender, demostrándole la más afectuosa y espontánea simpatía.

Las Casas fué recibido con respeto y cordialidad por el jefe indio. Habló a éste largamente: le pintó con vivos colores la miseria de su estado actual, lo inminente de su ruina, el daño que estaba causando a los mismos de su raza, y la bondad con que Velázquez se ofrecía a recibirlo otra vez bajo la obediencia de las leyes, cuyo amparo le aseguraba, prometiéndole obtener para él y los suyos un completo perdón del Gobernador Ovando.

Al oír este nombre aborrecido, Guaroa contestó estas palabras: "Pero yo no perdono al Gobernador, y si he de vivir sometido a él, mejor quiero morir". ¡Notable concepto, que denotaba la irrevocable resolución de aquel generoso cacique! Bien es verdad que los sentimientos heroicos eran cosa muy común en los indios de la sojuzgada Quisqueya, raza que se distinguió entre todas las del Nuevo Mundo por sus nobles cualidades, como lo atestiguan Colón, y los primitivos historiadores de la conquista; y como lo probaron Caonabó, Guarionex, Mayobanex, Hatuey y otros más, cuyos nombres recogió cuidadosamente la adusta Clío (19).

De los argumentos de Las Casas hubo sin embargo uno que hizo gran fuerza en el ánimo del cacique; tal fué el reproche de estar causando la ruina de su raza. La recta conciencia de aquel indio se sublevó al ver delante de sí erguida la responsabilidad moral de tantas desdichas. Al punto reunió en torno suyo a todos sus compañeros; y les dijo lo que ocurría; les transmitió las observaciones de Las Casas, y los exhortó a acogerse a la benignidad de la clemencia de los conquistadores. Todos o los más estaban convencidos; bajaron la cabeza, y aguardaron la señal de partir. Una voz preguntó a Guaroa. —Y tú, ¿qué harás? —Permaneceré solo en los bosques —dijo sencillamente el caudillo; y mil gritos y sollozos protestaron contra esa inesperada resolución.

Tamayo fué el primero que se obstinó en acompañarle; otros cien siguieron su ejemplo, y pronto el efecto de los discursos de Las Casas y del mismo Guaroa fué a perderse ante el exceso de abnegación de los indios, y su adhesión al honrado jefe que les enseñó el amor a la libertad.

El español dijo entonces con entereza:

—Pues bien; tenéis el derecho a vivir como las fieras; de comprometer vuestra existencia, de haceros cazar de día y de noche por estos montes; pero no tenéis el derecho de sacrificar a vuestros caprichos a este pobre niño, que no sabe lo que hace, ni tiene voluntad propia. Yo me lo llevaré para que sea feliz, y algún día ampare y proteja a los que de vosotros queden con vida, en su temeraria rebelión contra los que sólo quieren haceros conocer al verdadero Dios.

(19) Musa de la Historia. — Suplicamos al lector que no nos crea atacados de la manía INDIOFILA. No pasaremos nunca los límites de la justa compasión de una raza tan completamente extirpada por la cruel política de los colonos europeos, que apenas hay rastro de ella entre los moradores actuales de la isla.

Este lenguaje arrojó la confusión en las filas. Tamayo y otros muchos juraron no dejar que se llevaran al niño cacique, y Las Casas deploraba el mal éxito de su misión, cuando Guaroa intervino, diciendo: Tiene razon el español; no debemos sacrificar a Guarocuya: que se vaya con él, y que le acompañen todos. Así conviene, porque entonces no será difícil que me permitan permanecer en paz en mis montañas; pero si somos muchos, no me lo permitirán.

Presentando así bajo una nueva fase el asunto, el generoso Guaroa sólo se propuso determinar sus compañeros a abandonar-le y salvarse sin él. Y realmente lo consiguió: Las Casas emprendió el regreso al campamento español seguido de Tamayo, que dejó sus armas a Guaroa, y llevaba en brazos al niño; en pos de éste iba la mayor parte de los indios alzados: unos pocos se quedaron con su jefe, ofreciendo presentarse al día siguiente, lo que no cumplieron, sin duda por más desconfiados, o por causas de ellos solos sabidas.

Al percibir la multitud de los rendidos, Velázquez, en la embriaguez del entusiasmo, estrechó en sus brazos a Las Casas, felicitándole por el buen resultado de su empresa, y besó afectuosamente a Guarocuya, diciendo que desde aquel momento se constituía su padrino y protector; los indios sometidos fueron tratados con agasajo y dulzura, y durante tres días la paz y el contento reinaron en la vega afortunada que el Pedernales riega y fertiliza con sus rumorosas corrientes; el triunfo de los sentimientos humanos sobre las pasiones sanguinarias y destructoras parecía que era celebrado por la madre naturaleza con todas las galas y magnificencias de la creación, en aquellos parajes privilegiados del mundo intertropical.

D E S E N C A N T O

En medio de la pura alegría que experimentaba el capitán español, saboreando el insólito placer de practicar el bien, y de convertir en misión de paz y perdón su misión de sangre y exterminio, una inquietud secreta persistía en atormentarle. Las instrucciones que Ovando le remitiera a Lago Dulce eran tan terminantes como severas. El riguroso Gobernador sólo había previsto un caso: el de forzar a los indios en sus posiciones;

perseguirlos sin tregua ni descanso, y castigar ejemplarmente a todos los rebeldes. Nunca admitió la hipótesis de una rendición a partido, ni menos de una gestión pacífica por parte de su teniente. Esto último, en las ideas dominantes de Ovando, no podía ser considerado sino como una monstruosidad. Los naturales o indígenas eran numerosos; los españoles, aunque armados y fuertes, eran muy pocos, y su imperio sólo podía sustentarse por un prestigio que cualquier acto de clemencia intempestiva había de comprometer. Este era el raciocinio natural de los conquistadores, y Diego Velázquez estaba demasiado imbuido en la doctrina del *saludable terror*, para poder sustraerse al recelo de haber cometido, al transigir con los indios, una falta imperdonable en el concepto del Gobernador.

Las Casas, a quien comunicó sus escrúpulos, le tranquilizó con reflexiones elocuentes, sugeridas por su magnánimo corazón; y tal era su confianza en que Ovando no podría menos de darse por satisfecho del éxito obtenido con los rebeldes, que se ofreció a llevarle personalmente la noticia, aun no comunicada por el indeciso Velázquez. El expediente pareció a éste muy acertado; escribió sus despachos al Comendador en términos breves, refiriéndose absolutamente al relato verbal que de los sucesos debía hacer Las Casas. Partió, pues, el buen Licenciado contento, y seguro de dejar en pos de sí la paz y la concordia en vez de la desolación y los furores de la guerra.

De acuerdo con Velázquez se llevó a Tamayo y al niño, a fin de que no se demorara el bautizo de éste: Velázquez reiteró su propósito de proteger al agraciado caciquillo, sintiendo que el deber le privara de servirle de padrino en el acto de recibir la iniciación en la fe del Cristo.

Hízose la travesía por mar con próspero tiempo y muy en breve. Tan pronto como puso el pie en la ribera de Yaguana, acudió el celoso Licenciado a la presencia de Ovando, a cumplir su comisión. Fué recibido con perfecta cortesía por el Comendador, quien de veras le estimaba; pero en la reserva de su actitud, en el ceño de su semblante, echó de ver Las Casas que no era día de gracias. Efectivamente, Ovando estaba de pésimo humor, porque hacía dos días que el heroico y honrado Diego Méndez el leal amigo del Almirante Don Cristóbal Colón, había llegado a Jaragua, enviado por el ilustre descubridor desde Jamaica, en demanda de auxilios por hallarse naufrago y privado

de todo recurso en aquella isla. El viaje de Méndez y sus cuatro compañeros, en una frágil canoa desde una a otra Antilla, tiene su página brillante y de eterna duración en el libro de oro del descubrimiento, como un prodigio de abnegación y energía.

Ovando, resuelto a no suministrar los socorros pedidos, sentía sin embargo dentro del pecho el torcedor que acompaña siempre a las malas acciones, a los sentimientos malignos. Mor-díale como una serpiente el convencimiento de que su proceder inicuo, abandonando a una muerte cierta al grande hombre y a sus compañeros en la costa de un país salvaje, le había de atraer la execración de la posteridad. La presencia de Méndez, el acto heroico llevado a cabo por aquel dechado de nobleza y fidelidad, era a sus propios ojos un reproche mudo de su baja envidia, de su menguada y gratuita enemistad hacia el que le había dado la tierra que pisaba y la autoridad que indignamente ejercía. En medio de esta mortificación moral y de tan cruel fluctuación de ánimo le halló Las Casas cuando fué a darle cuenta de la pacificación del Bahoruco, y así predispuesto contra todo lo bueno, vió en la benéfica intervención del Licenciado y en la clemencia de Diego Velázquez el más punzante sarcasmo, la condenación más acerba de sus malos impulsos, y por lo mismo una violenta cólera se apoderó de él, estallando como desordenada tempestad.

—¿A esto fuisteis, señor retórico, al Bahoruco? —dijo encarándose con Las Casas— ¿Qué ideas tenéis sobre la autoridad y el servicio de sus Altezas los Reyes? ¿Habéis aprendido en vuestros libros a ir como suplicante a pedir la paz a salvajes rebeldes, a gente que sólo entiende de rigor, y que de hoy más quedará engreída con la infame debilidad que ha visto en los españoles? ¡Esto es fiar en letrados! ¡Oh! Yo os aseguro que no me volverá a acontecer; y en cuanto a Velázquez, ya le enseñaré a cumplir mejor con las instrucciones de sus superiores.

—Señor Gobernador —dijo en tono firme Las Casas—, Diego Velázquez no tiene culpa alguna: prestó el crédito que debía a mis palabras, a la recomendación con que Vuestra Señoría se sirvió honrarme; y sea cual fuere el concepto que os merezcan a vos, hombre de guerra, mis letras y mis estudios, ellos me dicen que lo hecho, bien hecho está; y sólo el demonio puede sugeriros ese pesar y despecho que demostráis por que se haya estancado la efusión de sangre humana.

—Retiraos en mal hora, Licenciado— repuso el irritado Gobernador—, y estad listo para embarcaos para Santo Domingo mañana mismo. ¡No hacéis falta aquí!

Las Casas se inclinó ligeramente, y salió con paso tranquilo y continente sereno.

En cuanto Ovando quedó solo escribió una vehemente carta a Diego Velázquez, reprendiéndole por haberse excedido de sus instrucciones, y ordenándole que sin demora se pusiera en campaña para exterminar los indios que hubieran permanecido alzados. Un correo llevó aceleradamente esta carta a Pedernales, atravesando las montañas.

El mismo día, Las Casas condujo al niño Guarocuya al naciente convento de Padres Franciscanos, un vasto barracón de madera y paja que provisionalmente fué habilitado por orden de Ovando en la Vera Paz, mientras se construía el monasterio de cal y canto. Los buenos franciscanos recibieron con grandes muestras de amistad a Las Casas, y gustosos se encargaron del niño con arreglo a las recomendaciones del Licenciado, hechas por sí y a nombre de Diego Velázquez, quien proveería a todas las necesidades del caciquillo. En el mismo acto procedieron a administrarle el bautismo, y, por elección de Las Casas, se le impuso el nombre de ENRIQUE, destinado a hacerse ilustre y glorioso en los anales de la Española.

Tamayo quedó también en el convento al servicio del caciquillo a quien amaba con ternura.

Cumplidas estas piadosas atenciones, el Licenciado Las Casas hizo sus cortos preparativos de viaje, y al amanecer del siguiente día, impelida su nave por las auras de la tierra, se alejó de aquella costa siempre hermosa y risueña, aunque manchada con los crímenes y la feroz tiranía del Comendador Frey Nicolás de Ovando.

U N H E R O E

Diego Velázquez recibió la terrible orden del Gobernador cuando menos la esperaba. Inmensa pesadumbre embargó su ánimo al ver que había incurrido en el enojo de su jefe; y atento sólo a desagraviarle, puso en pie su gente, y al favor de la luna entró otra vez en las montañas, muy de madrugada, en busca

de Guaroa y los demás indios que aún no se le habían sometido personalmente.

El capitán español llevaba guías indios expertos, a quienes se había ofrecido una gran recompensa si se lograba capturar a los alzados, prometiéndose a dichos guías que no se quería otra cosa que apoderarse de aquellos obstinados rebeldes, para tratarlos tan bien como a los que se habían presentado voluntariamente.

Creyeron los pobres indios esta engañosa promesa, juzgando por su propia experiencia de la bondad y mansedumbre de Velázquez y sus soldados; y a las tres horas de marcha advirtieron al jefe español que habían llegado al pie de la montaña que servía de albergue a Guaroa.

Amanecía plenamente: de los ranchos o cabañas cubiertas de ramas de árboles, que servían de viviendas a los confiados y perezosos indios, se escapaba ese humo azulado y leve que denuncia los primeros cuidados con que el hombre acude a las más imperiosas necesidades de su existencia: algunos vagaban con aire distraído alrededor de la ranchería, o *yucuyagua* (20), llevando en la boca el grosero túbano (21). Distingúfase a primera vista la figura escultural de su caudillo, que abismado en honda meditación se reclinaba, con el abandono propio de las grandes tristezas, en el tronco de un alto y robusto córvano, de cuya trémula copa, que el sol hacía brillar con sus primeros rayos, enviaba el rui señor sus trinos a los ecos apacibles de la montaña: los árboles, meciendo en blando susurro el flexible follaje, respondían armónicamente al sordo rumor del mar, cuyas olas azules y argentadas se divisaban a lo lejos desde aquellas alturas, formando una orla espléndida al extenso y grandioso panorama.

Aveníanse con tan magnífica escena aquella quietud, aquel absoluto descuido de los indios: es de presumir que, cerciorados por sus espías de que no se había hecho daño alguno a los presentados por Las Casas, los rezagados estuvieran meditando llevar también a efecto su completa sumisión, y de aquí provinieran su confianza y negligencia.

(20) Así llamaban los indios a sus agrestes caseríos, de los que, según docto testimonio de una carta escrita en latín por los frailes dominicos y franciscanos de la isla en aquel tiempo, al Gobernador de España, no querían salir.

(21) Hojas de tabaco retorcidas.

De improviso, el estridente sonido de un clarín rasgó los aires, partiendo de un ángulo de la meseta; y apenas se hubo extinguido la última nota de su bélica tocata, otro clarín y otro contestaron desde los dos ámbitos opuestos, apareciendo por los tres puntos a la vez la hueste española, precedida del fragor de sus arcabuces, del áspero ladrido de sus perros de presa, y al grito, en Granada poco antes glorioso, de ¡cierra España!; intempestivo y profano en aquel monte, cargando con ciega furia a salvajes inofensivos e indefensos.

Atónitos, sorprendidos y aterrados los infelices indios con la brusca acometida de los guerreros españoles, prorrumpieron en clamores lastimeros y trataron de huír; pero la muerte les salió al paso por todas partes, en el filo de los aceros castellanos: la sangre de las víctimas enrojeció el suelo: el incendio no tardó en asociarse a la obra de exterminio, y las pajizas cabañas, convertidas en ardiente hoguera, abrasaron los cuerpos de los que, paralizados por el terror, permanecieron a su pérfido abrigo: los que, medio chamuscados ya, huyeron del fuego, fueron rematados por el furor de los hombres, y sólo consiguieron una muerte más pronta en las puntas de las lanzas. Por todo aquel campo reinaba la desolación y el estrago.

Un guerrero indio, sin embargo, uno solo, hizo frente con ánimo varonil a la ruda embestida de los desatados agresores, y esgrimiendo una fulgurante espada castellana sorprendió a su vez, por el extraordinario arrojo y la fuerza de sus golpes, a los soldados, que no esperaban hallar un ánimo tan brioso en medio de tantos consternados fugitivos, un león formidable entre aquellos tímidos corderos.

Tres muertos y cinco heridos yacían en tierra, al rigor de los golpes del bizarro indio, y los soldados cargaban nuevamente sobre él, resueltos a exterminarlo, cuando una voz imperiosa los contuvo, diciendo: —¡Tenéos! ¡No le matéis!

Era Diego Velázquez, que acudía con la espada desnuda. Desde lejos había visto al denodado combatiente defender su vida del modo heroico que se ha dicho; y su índole generosa volvió a preponderar, inspirándole el deseo de salvar aquel valiente.

—Ríndete —le dijo—; y yo seré tu amigo, y nadie te hará mal.

—¿Quién cree en tus palabras? —contestó con desprecio Guaroa (que no era otro el esforzado indio)—. Cuando nos habías ofrecido la paz, y contábamos con ella, vienes con los tuyos a asesinarlos a traición: ¡sois falsos y malvados!

—¡Ríndete! —repuso Velázquez, haciendo un rápido movimiento de avance, y dirigiendo la punta de su espada al pecho de Guaroa.

Este retrocedió vivamente, descargando al mismo tiempo un tajo furioso que el capitán español paró con magistral habilidad. El combate se trabó entonces entre los dos, no permitiendo el caballero Velázquez que ninguno de los suyos le ayudara. Llovían las cuchilladas de Guaroa como atropellado granizo; pero todas se estrellaban en el arte y la imperturbable sangre fría de su adversario, el cual cien veces pudo atravesar el corazón del impetuoso indio pero que no aspiraba sino a desarmarlo; como lo consiguió al cabo, mediante un diestro movimiento de desquite.

Precipitóse Guaroa a recobrar su espada, y habiéndose adelantado a impedirselo un español, el contrariado guerrero sacó la daga que llevaba pendiente de la cintura, y después de haber hecho ademán de herir con ella al que estorbaba su acción, viéndose cercado por todas partes, se la hundió repentinamente en su propio seno. *¡Muero libre!* dijo; y cayó en tierra exhalando un momento después el último suspiro.

Así acabó gloriosamente, sin doblar la altiva cerviz al yugo extranjero, el noble y valeroso Guaroa; legando a su linaje un ejemplo de indómita bravura y de amor a la libertad, que había de ser dignamente imitado en no lejano día. El caudillo español, movido a respetuosa compasión ante aquel inmerecido infortunio, derramó una lágrima sincera sobre el cadáver del jefe indio, al que hizo dar honrosa sepultura en el mismo sitio de su muerte. La semilla del bien, depositada por el ilustre Las Casas en el ánimo de Diego Velázquez, no podía ser ahogada, y comenzaba a germinar en aquel joven militar, de índole bondadosa, aunque extraviada por las viciosas ideas de su tiempo, y por los hábitos de su ruda carrera.

CAUSA DE ODIO

Un día —era en el verano de 1509—, la religiosa quietud del convento franciscano de Vera Paz fué interrumpida hacia las dos de la tarde por un estruendoso tropel de caballos, que se detuvo en el patio exterior del monasterio. Un momento después anunciaban al padre superior la visita del teniente gobernador Diego Velázquez, que en equipo de viaje iba a despedirse de los frailes, y a incorporar en su séquito a *Enriquillo*, como todos llamaban familiarmente al cacique del Bahoruco.

Había recibido Velázquez aquel mismo día la noticia de la llegada a Santo Domingo del nuevo Gobernador, el Almirante Don Diego Colón, que reemplazaba al Comendador Frey Nicolás de Ovando; y este cambio exigía imperiosamente la presencia del comandante español de Jaragua en la capital de la isla; tanto por el deber de ofrecer sus respetos al nuevo jefe de la Española, cuanto por la obligación de despedir a Ovando, que le había favorecido con su confianza; y por la conveniencia de definir personalmente con el gobernador Almirante su propia situación en lo sucesivo. Quería, por último, llevar a Enrique, no solamente por dar lucimiento a su comitiva con aquel simpático y distinguido mancebo indio; sino también por razones políticas que no carecían de fundamento. La administración de Ovando había sido despótica y cruel para con la población indígena, que decrecía rápidamente al peso de los malos tratamientos; y todos sabían en la isla cual había sido la última voluntad de La Reina Doña Isabel sobre que se castigara al Comendador de Lares por sus actos sanguinarios, y las anhelosas recomendaciones de la ilustre moribunda al Rey su marido, a la princesa Doña Juana su hija, y al esposo de ésta, por que se enseñara religión y sanas costumbres a los indios se les protegiera y educara solícitamente, y “no se consintiera ni diese lugar a que los indios vecinos e moradores de las Indias e Tierra firme ganada e por ganar, recibían agravios alguno en sus personas e bienes. E más mando que sean bien e justamente tratados; e si algún agravio han recibido, lo remedien e provean” (29).

Los adversarios de Colón, los primitivos rebeldes de la colonia, apoyados y amparados por Ovando, formaban un partido

(29) Testamento de Isabel la Católica.



privilegiado, que venía disfrutando desde hacía más de siete años todas las gracias y concesiones de la colonización, en detrimento de los que habían permanecido fieles a la autoridad del Almirante, y adictos a su persona en los días de su adversidad. La brutal explotación de los indios era el tema favorito de las quejas que estos partidos de la justicia hacían llegar continuamente a la Corte, clamando contra la tiranía de sus afortunados antagonistas, y contra su propio desfavor. Su regocijo, pues, no tuvo límites al saber que un hijo del gran Colón llegaba a ejercer el primer mando del Nuevo Mundo, como Gobernador de la Española.

Estas circunstancias despertaron en el ánimo de Velázquez el recelo de verse envuelto en las serias responsabilidades que era consiguiente pesaran sobre Ovando y sus tenientes al efectuarse el cambio de Gobernador. Mientras más tardío había sido el cumplimiento de las piadosas voluntades de la Reina Católica, más severo se dibujaba el aspecto de esa responsabilidad; porque, desde que los colonos se convencieron de que el frío egoísmo del Rey Don Fernando en nada pensaba menos que en desagraviar la memoria de su noble esposa, creyeron asegurada para siempre la impunidad de su infame tiranía contra la desamparada nación india, y extremaron su destructora opresión, por el afán de lucrarse más pronto, siguiendo el no olvidado consejo del impío Bobadilla (30).

Al ver ahora llegar al hijo del Descubridor, cuyos generosos sentimientos guardaban perfecta armonía con los de la difunta reina, los malvados opresores tenían forzosamente que estar amedrentados; alzándose contra ellos para hacerles esperar el castigo de sus crímenes el grito aterrador de su propia conciencia. Natural era, por lo mismo, que todos los que en medio de aquel general olvido de los sentimientos humanos habían guardado algún respeto filantrópico y honesto, acudieran a proveerse de los testimonios que habían de acreditar su conducta a los ojos del nuevo Gobernador. Por eso Diego Velázquez llevaba a Santo Domingo en su compañía al joven cacique, para cuya orfandad había sido en efecto una providencia tutelar, y que debía servirle ahora como prueba elocuente de sus sentimientos humanitarios. Complacíase, pues, doblemente en las perfecciones que adorna-

(30) "Aprovechad cuanto podais este tiempo, porque nadie sabrá cuánto durará".

ban a su protegido, y una vez más experimentaba la profunda verdad del adagio vulgar que dice: *hacer bien nunca se pierde*.

Media hora más tarde los preparativos concernientes al viaje de Enrique estaban terminados, y éste, en traje de montar de aquel tiempo, se despedía de la comunidad entera en presencia de Diego Velázquez y los oficiales de su séquito. A todos los buenos religiosos iba el joven estrechando afectuosamente la mano. El prior y el padre Remigio bajaron hasta el portal acompañando a su pupilo, y por hacer honra al comandante Velázquez. Ambos abrazaron con efusión al conmovido mancebo, dándole el ósculo de paz y deseándole toda clase de prosperidad. Enrique correspondió con lágrimas de sincera gratitud a estas expresivas demostraciones de paternal cariño.

En seguida montó en un brioso caballo andaluz que le aguardaba enlazado vistosamente; su fiel Tamayo, conduciendo una mula que llevaba las maletas del joven, se reunió con los fámulos y equipaje de Diego Velázquez, y la abigarrada comitiva partió a buen paso por el camino de Santo Domingo.

Un jinete de mala catadura se acercó a poco andar a Enriquillo, que continuaba triste y cabizbajo; y tocándole familiarmente en el hombro le dijo:

—Anímate, mocoso; vas a ver a tu tía Higuera-rotta.

Enrique detuvo su caballo, y mirando con ceño al que así le apostrofaba, respondió:

—Como os vuelva a tentar el diablo, desfigurando el nombre de mi tía, señor don Pedro, tened cuenta con vuestra joroba, porque os la romperé a palos.

Don Pedro de Mojica —que no era otro el bromista—, al oír esta amenaza, en vez de mostrarse ofendido, soltó una ruidosa carcajada: todos los circunstantes, incluso Velázquez, rompieron a reír de buena gana, y lo más extraño es que el mismo Enrique acabó por asociarse al buen humor de los demás, mirando sin enojo a Mojica.

La razón de este cambio súbito en sus disposiciones iracundas es muy llana: además de que en su bondadosa índole los movimientos coléricos eran muy fugaces, lo que el hidalgo burlón le había dicho en sustancias era que iba a ver a su tía Higuemota; y si le había ofendido la forma irrespetuosa empleada para hacer llegar a su oído este grato recuerdo, no por eso dejaba de inundarle en júbilo inmenso el corazón.

Por lo que respecta a Mojica, la expresa alusión hecha a una de sus más visibles imperfecciones físicas le había herido en lo más vivo de su amor propio, y desde entonces juró un odio eterno al joven indio; aunque disimulando sus sentimientos rencorosos cuanto lo exigían las circunstancias y su conveniencia personal, que era en todos los casos su principal cuidado y el punto concreto de su más esmerada solicitud. Por eso pudo ahogar en una carcajada hipócrita, si bien convulsiva e histérica, el grito de rabia que se escapó de su pecho al escuchar la injuriosa réplica que en un raptó de pasajera indignación le lanzó al rostro Enriquillo.

EFECTO INESPERADO

Mientras que Don Francisco de Valenzuela daba cuenta circunstanciada en la Fortaleza de la vida y hechos de Diego Velázquez y sus compañeros de viaje, éstos recibían en su alojamiento la visita de Don Bartolomé de Las Casas.

Apresuróse Velázquez a recoger noticias sobre los cambios recientes ocurridos en el personal del gobierno de la colonia, y supo con satisfacción y regocijo que el nuevo Gobernador estaba muy altamente predispuesto en su favor. Decía Las Casas modestamente que el Almirante había salido de España animado de esas favorables disposiciones; pero el capitán se obstinó en dar gracias al Licenciado con la más cordial efusión, atribuyendo a sus informes y a su influencia los buenos auspicios bajo los cuales iba a presentarse al nuevo árbitro de la fortuna y la riqueza en el mundo occidental.

Es indecible la emoción con que Enriquillo correspondió a su vez a las cariñosas frases que le dirigió Las Casas, al ser presentado a éste por Diego Velázquez. “Ved aquí vuestra obra y la mía”, había dicho éste a su antiguo consejero del Batoruco; y fijando el Licenciado un momento su mirada de águila en las facciones del joven indio —¡Enriquillo!—, exclamó—; ¡bendito sea Dios! ¡Cómo ha crecido este muchacho, y qué apostura y fortaleza está mostrando! Abrazame, hijo mío. ¿Eres feliz? ¿Estás contento?

—Mi padrino es muy bueno para mí, señor Licenciado —dijo Enriquillo—, y estoy contento porque os veo a vos, mi protector,

y porque creo que vos me haréis ver muy pronto a la familia que aquí tengo...

—Ahora mismo, muchacho, si tu padrino lo permite. ¡De cuánto consuelo va a servir tu presencia a tu pobrecita tía! Mira, ella está enferma, muy delicada; pero no vayas a hacer pucheros y a amargarle el gusto de verte.

—No temáis flaqueza de mi parte —repuso el joven con tono firme y severo—. Me habéis escrito más de una vez que yo debo ser el apoyo de mi tía Higuemota y mi prima Mencía, y esa idea está clavada aquí—, concluyó, llevándose la mano al pecho.

Diego Velázquez prestó gustoso su venia a la excursión de Enrique con el Licenciado, y ambos se dirigieron con planta rápida a la morada de Higuemota.

Esta yacía reclinada en un ancho sitial de mullido asiento, y las sombras del sepulcro se dibujaban ya con lúgubre expresión en su semblante pálido y demacrado. Su hija, bella y luminosa como el alba de un día sereno, estaba a sus pies, en un escabel que daba a su estatura la medida necesaria para apoyar los codos blandamente en las rodillas de la enferma, reposando en ambas manecitas su rostro de querubín, con la vista fija en los lánguidos ojos de su madre.

Llegó Enrique, conducido por Las Casas, a tiempo de contemplar por breves instantes aquel cuadro de melancólica poesía; y luego adelantáronse ambos hasta la mitad del salón. Al percibirlos Doña Ana de Guevara hizo un movimiento, incorporándose lentamente.

—¿Sois vos, mi buen señor Licenciado? —dijo con su voz siempre armoniosa, aunque velada por la debilidad de la tisis que la consumía. Muy a tiempo venís, y me parece que haces un siglo desde vuestra última visita.

—Es, señora, que en cuanto de mí depende, me propongo hacerme acompañar, siempre que llego a veros, de algún lenitivo a vuestra tristeza. El otro día creí traeros un consuelo con la visita del señor Virrey y su buena esposa; hoy vengo con algo que creo ha de seros más grato.

—Difícil es, señor Las Casas, que nada pueda complacerme más que aquella bondadosa visita de los señores Virreyes, de quienes tan ardientes protestas de amistad y protección recibí para mí y para mi amada hija.

—Pues bien: aquí está una persona que va a proporcionarnos muchos momentos parecidos; pues tiene para con vos grandes obligaciones, y hasta... bastante próximo parentesco.

A estas palabras, el Licenciado tomó del brazo a Enriquillo y lo presentó a Doña Ana. El joven dobló una rodilla y dijo con voz balbuciente:

—Mi buena tía Higuemota, dadme vuestra bendición.

—¡Guarocuya! —exclamó con trasporte súbito Doña Ana— ¡oh, Dios mío! Señor Las Casas, ¡cuánta gratitud debo a vuestros beneficios! Me parece que recobro mis fuerzas... Sobrino de mi corazón, acércate; deja que yo bese tu frente.

E inclinándose Enriquillo hacia su tía, recibió efectivamente un ósculo de aquellos labios incoloros y fríos, con el mismo recogimiento religioso que se apoderaba de su ser cuando solía recibir la comunión eucarística en el monasterio de Vera Paz.

—Mira, Guarocuya —prosiguió la enferma, en una especie de acceso febril—; besa a tu prima; a la que, si Dios oye mis ruegos, ha de ser tu esposa.

Y diciendo estas palabras, Doña Ana reclinó la cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos y guardó silencio. Las Casas y Enrique creyeron por breve espacio que dormía: la niña removió dos o tres veces la diestra de su madre, llamándola a media voz, con este dulce dictado: *¡Madrecita mía!* Inútilmente: prolongándose demasiado el silencio y el sueño, Las Casas se decidió a tomar el pulso a la enferma, y reconoció con espanto que aquel era el silencio de la muerte y el sueño del sepulcro. Doña Ana de Guevara, o sea Higuemota, había dejado de existir. Su corazón, desgarrado por todas las penas, connaturalizado con la adversidad, no pudo resistir la violencia de un arranque momentáneo y expansivo de alegría, una brusca sensación de júbilo; y su alma pura, acostumbrada a la aflicción y al abatimiento, sólo se reanimó un breve instante para volar a los cielos.

IMPRESIONES DIVERSAS

El recibimiento que se hizo a Diego Velázquez en la mansión de los Virreyes, el siguiente día, a las nueve de la mañana, fué tan cordial como distinguido. El Almirante, acompañado de sus tíos, acogió al comandante de Jaragua como a un antiguo

amigo; lo presentó a la Virreina y sus damas, y le retuvo a almorzar en la Fortaleza.

Velázquez hizo a su vez la presentación de los individuos de su séquito, para cada uno de los cuales tuvo el Gobernador un cumplido afable o una frase cortés.

Echó de menos en aquel acto a Enriquillo: —Me habían dicho, señor Don Diego, que con vos había venido un joven indio, vástago de los caciques de Jaragua.

—Efectivamente, señor —contestó Velázquez—. Traje conmigo a Enriquillo, que así es llamado por todos, y a quien amo como a un hijo; pero un triste acaecimiento lo ha afectado de tal modo que está en el lecho con una fuerte calentura.

Y Velázquez refirió la muerte de Higuemota, según se la había participado Las Casas.

—Mucho siento ese suceso —dijo el Almirante Don Diego—; y aquí comienza el cumplimiento de un deber que me impuso mi buen padre Don Cristóbal. . . Esposa mía, vos cuidaréis de la orfandad de la niña que tanta impresión os hizo con su rara belleza el otro día. Yo tomaré a mi cargo la salud del joven Enrique, pues considero, señor Don Diego Velázquez, que vuestra instalación de viajero recién llegado no os ha de permitir holgura para esa atención.

—A ella ha provisto desde el principio mi excelente amigo el Licenciado Las Casas, que por el motivo que discretamente ha anticipado Vueseñoría, hizo conducir anoche mismo a Enriquillo al convento de padres franciscanos, con quienes reside ahora el Licenciado, y en donde mi ahijado estará perfectamente asistido.

—No importa —repuso Diego Colón—; le enviaré mi médico, y cuidaré de que nada le falte.

Y dió las órdenes correspondientes en seguida.

Por su parte la Virreina, con esa solicitud caritativa que convierte en ángeles las mujeres, fué en persona a separar a la huérfana del cadáver de su madre, sugiriéndole su compasión ingeniosa y tierna el más delicado artificio para conseguir su objeto sin desgarrar el corazón de la interesante criatura. Dictó además Doña María, de concierto con Las Casas, disposiciones perentorias para que los funerales de Higuemota se hicieran con el decoro y lucimiento que correspondían a su rango; y así se efectuó en la tarde de aquel mismo día.

El almuerzo fué servido, y se resintió al principio de la tristeza que como una nube envolvía los ánimos por efecto de aquella muerte, que había venido a remover los sentimientos compasivos de la concurrencia. El único que estaba preocupado y triste por causa distinta era nuestro antiguo conocido Don Pedro Mojica, reflexionando que las cosas podían venir de modo que se viera constreñido a entregar la administración de los bienes de la difunta con estrecha cuenta de sus operaciones. El vivo interés que manifestaban los Virreyes por la suerte de la niña heredera, parecía al codicioso hidalgo de pésimo augurio para sus intereses.

Poco a poco, sin embargo, y a pesar de estos preliminares, la buena sociedad y los vinos generosos hicieron su efecto, desatando las lenguas e introduciendo el buen humor en la bien servida y suntuosa mesa de los Virreyes. Diego Velázquez, sometido a la influencia de aquella atmósfera donde se confundían y combinaban los misteriosos efluvios de la juventud, la belleza y la opulencia delicada y sensual, sentía la impresión de un bienestar y una dicha no gustados por él hacía mucho tiempo. Pasaban por su imaginación, como ráfagas de luz y de armonía, las reminiscencias de los encantados cármenes de Granada, en donde se habían deslizado entre risas y placeres, como las corrientes juguetonas de límpido arroyuelo entre las flores de ameno prado; los días de su feliz adolescencia.

Estas dulces y gratas memorias, a una con la magia de unos ojos negros como el azabache, que vertían el fuego de sus fascinadoras pupilas sobre la arrogante y simpática figura de Velázquez, causaron en el pecho del impresionable comandante súbito incendio de amor. María de Cuéllar, amiga y confidente íntima de la Virreina, hija única del Contador Cristóbal de Cuéllar, poseía, con una belleza peregrina, ese encanto irresistible, ese inefable hechizo que todo lo avasalla, esparciendo en torno suyo inspiraciones celestes y el tranquilo embeleso de la felicidad. Contemplábala extasiado, indiferente a cuanto lo rodeaba, un joven dotado de rara hermosura, de tez morena y sonrosada, y cuyos labios rojos como la amapola apenas estaban sombreados por el naciente bozo. La linda doncella, después de satisfacer su femenino curiosidad analizando las facciones y el traje severo, al par que rico y elegante, de Diego Velázquez, volvió su rostro

al susodicho joven, y le dirigió una sonrisa que encerraba todo un poema de ternura.

Velázquez se contristó visiblemente: había visto la expresiva demostración de la doncella, y no era dudoso que aquellos dos seres, que parecían hechos el uno para el otro, se adoraban recíprocamente.

Concluído el almuerzo, se formaron grupos que discurrían por la sala en conversación familiar. El comandante de Jaragua aprovechó la oportunidad para tomar del brazo a Hernán Cortés, diciéndole:

—Vos, que conocéis a todo el mundo, decidme: ¿quién es ese mozo de aire afeminado que os ha apretado la mano hace un instante?

—¿Aquél? —preguntó Cortés, señalando al consabido mancebo.

—El mismo —contestó Velázquez.

—Ese es Juan de Grijalva, natural de Cuéllar, —dijo Cortés sonriendo—: le conozco hace mucho tiempo...; cuatro horas a lo sumo.

—¿Dónde y cómo? —replicó Velázquez admirado.

—Esta mañana, vos dormíais aún, cuando yo salí a brujulear por la ciudad. Me dirigía a la marina; pero topé en el camino con Don Francisco Valenzuela, que me invitó a visitar las caballerizas del Virrey, a lo que accedí de buen grado; y con tan buena fortuna, que llegamos a tiempo de ver a este mozo, que vos tenéis por afeminado, cabalgando en un endiablado potro cordobés, negro como la noche y fogoso como una centella... Me dió tentación de montar el impetuoso bruto, y Grijalva, muy complaciente, se avino a ello, haciéndome después grandes cumplidos por lo que llamaba mi destreza. En suma, quedamos íntimos amigos, como habéis podido observar; que yo no necesito mucho tiempo para conocer si un hombre merece mi amistad; y este joven hidalgo a menos que yo me equivoque mucho, tiene gran corazón.

Velázquez oyó el animado relato de Cortés, y guardó silencio quedándose pensativo.

Llegó a este tiempo el médico del Virrey. Interrogado sobre el estado de Enriquillo, el grave doctor dió cuenta de su encargo con toda la solemnidad que requería el prestigio de la ciencia en aquel tiempo.

—Llegué al convento —dijo—, y con la venia del padre prior, a quien requerí en nombre de Vueseñoría, fuí conducido a la celda que ocupa el joven enfermo. Es un doncel admirablemente constituido, de rico y generoso temperamento. La calentura, *febris acuta*, ha encontrado material abundante en qué hacer presa,— *abundantia sanguinis*; y el delirio me indicó un peligroso agolpamiento a la cabeza, *congestio imminens*. Siguiendo las indicaciones de Avicena en estos casos, apliqué dos buenas sangrías en ambos brazos, y un *pediluvium*, baño de pies, herviente, *férvidus*. Permanecí en observación por espacio de más de una hora, y vi al reposo apoderarse del paciente, *restauratio causa requietionis*. Ahora le he dejado profundamente dormido, con los pies envueltos en paños de aceite tibio, *oleum calefactum*; y certifico que, si los frailes que lo asisten le hacen guardar el régimen que he prescrito, a saber: dieta y tisana de ruibarbo, antes de un mes habría recobrado la salud, *pesanabit*. Pero debo decir a Vueseñoría que lo dudo; porque entre aquellos padres vive un laico que sin miramiento alguno se ha atrevido a contradecirme y a llamarme cara a cara ignorante... *stultus*.

Y el doctor dijo esto último con un ademán cómicamente trágico.

—¿Quién ha tenido esa osadía, doctor? —exclamó el Almirante, sin poder contener la risa.

—Un *quidam* —respondió el médico—, que he visto venir más de una vez a visitaros, y a quien oí que los frailes apellidaban Licenciado Las Casas. En todo caso, si realmente es Licenciado, debería respetar un poco más la ciencia.

—Ciertamente —repuso Don Diego Colón—, es sujeto que goza de merecido aprecio, y me admira que os haya ofendido sin motivo.

—Pretendió que la tisana de ruibarbo —prosiguió el resentido pedante—, no valía para el caso lo que el jugo de la piña, y fué hasta a porfiarme que, para la calentura, Avicena hacía mayor recomendación del tamarindo que del ruibarbo... Califiqué de herejía la audacia de aquel intruso, y entonces citándome textos en latín de no sé que autores, inventados en su caletre, acabó por decirme con gran desvergüenza que yo era un doctor indocto, un mentecato.

—No tengáis cuidado, mi excelente doctor— concluyó el Almirante—; yo pondré buen orden para que el desacato no se repita.

Diego Velázquez había asistido a todo este diálogo, manifestando el más vivo interés por lo que se refería a su protegido. Cuando el grave Galeno se retiró, el convidado, seguido de Cortés y su comitiva, se despidió del anfitrión y de las damas diciendo que iba a cumplir el deber de velar por la salud de Enrique.

—Tened presente nuestro deseo de verle por acá tan pronto como convalezca —le dijo el Virrey, estrechándole cordialmente la mano.

S E G U N D A P A R T E

PRESENTACION

La convalecencia de Enrique fué rápida; mucho más rápida de lo que podía preverse a juzgar por el informe del doctor Gil Pérez, que así llamaban al médico que por orden del Almirante fué al convento de los Franciscanos, y tuvo aquella acalorada disputa con Don Bartolomé de Las Casas. Este, que vigiló asiduamente la asistencia del enfermo, según todas las probabilidades llevó adelante su rebelión contra la autoridad del docto facultativo, y el resultado fué que antes de tres semanas Enrique, completamente libre de fiebre, aunque pálido y débil, salía de su aposento y discurría por los patios del convento a su entera satisfacción. El pronóstico del doctor había señalado un mes, según se recordará, como *máximum* de tiempo para que el enfermo, siguiendo fielmente sus prescripciones científicas, recobrarla salud. Sea, pues, como fuere, salió cierto y victorioso el fallo de la ciencia.

Lleno de pesadumbre el mancebo, que no podía conformarse con haber visto desaparecer en un breve minuto a su tía Higuemota, a quien consideraba como al ser a quien debía mayor tributo de cariño y gratitud, solamente se consoló cuando Las Casas, siempre compasivo y eficaz, le hizo recordar el legado que encerraban las últimas palabras de la joven e infeliz viuda

al morir. Según el filántropo, aquel voto debía tener más fuerza que un testamento escrito, para los tres únicos testigos de la triste escena; a saber: Enrique, la niña Mencía, y el mismo Las Casas. Enrique, concluía el pródigo Licenciado, tenía doble obligación de resignarse y ser fuerte, para velar sobre el porvenir de su tierna prima, y cumplir las sagradas recomendaciones de la moribunda madre.

Es indecible el efecto de las oportunas representaciones de Las Casas en el ánimo de Enrique. Desde aquel punto, juzgando vergonzoso e indigno el abatimiento que lo dominaba, compuso el semblante, se mostró dispuesto a arrostrar todas las pruebas y los combates de la vida, y solamente un vago tinte de tristeza que caracterizaba la expresión habitual de su rostro permitía traslucir la profunda melancolía arraigada en su espíritu, a despecho de su esfuerzo por disimularla.

El Licenciado Las Casas, en vista de tales progresos, concertó con Velázquez para de allí a pocos días la presentación de su protegido a los Virreyes. Hicieron proveerse al efecto de vestidos de luto a Enrique, cuya fisonomía, naturalmente grave, realizada por la palidez que su pasada enfermedad y la emoción del momento le imprimían, ostentaba un sello de distinción sobre manera favorable al joven cacique. Diego Velázquez, con aire de triunfo, lo hizo notar a Las Casas. Su vanidad estaba empeñada en que el muchacho pareciera bien a todos.

Cuando llegó Enrique a la presencia de los Virreyes, éstos lo acogieron con singular afabilidad y agasajo. Alentado por la bondad de los ilustres personajes y por la destreza con que Las Casas estimulaba su confianza, Enrique no tardó en manifestar el deseo de ver a su prima. Inmediatamente fué conducido por la misma Virreina a sus aposentos, y de allí a un bello jardín situado en el patio interior de la Fortaleza, donde la niña, triste y silenciosa, escuchaba con indiferencia la conversación de las camareras de Doña María.

Al reconocer a Enrique, se levantó con vivacidad, y corriendo hacia él, lo abrazó candorosamente y lo besó en el rostro. El joven, contenido por la delicadeza de su instinto, no correspondió al saludo tan expansivamente, y se limitó a tomar una mano a la encantadora niña, mirándola con blanda sonrisa y no sin

lágrimas que a pesar suyo rodaban por sus mejillas. La Virreina, conmovida, quiso distraerle diciendo:

—Vamos, Enrique, besa a tu prima.

El joven dirigió una mirada indefinible a la bondadosa gran señora, y repitió, meditabundo y como hablando consigo mismo:

—*¡Besa a tu prima!* Así me dijo ella a punto de espirar; y ni siquiera me dió tiempo para cumplir su recomendación...

—¿De quién hablas, Enrique? —preguntó con interés Doña María.

—De la que no existe ya: de mi querida tía Higuemota, que al morir me dijo como vos: "besa a tu prima", en presencia del señor Bartolomé de Las Casas; y añadió, como última despedida: *a la que un día, si Dios oye mis ruegos, ha de ser tu esposa.*

Y Enrique tomó con ambas manos la linda cabeza de Mencía, besó con ternura su frente, y prorrumpió en sollozos.

La compasiva señora no pudo ver con ojos enjutos aquel acerbo pesar, y haciendo un esfuerzo para vencer su emoción, trató de distraer al joven diciéndole:

—¿Luego, Mencía será tu esposa, cuando ambos esteis en edad de casaros?

—Sí yo no tuviera el propósito —respondió con acento profundo Enrique—, de cumplir esa última voluntad de mi tía, ¿qué interés tendría en vivir? Debo servir de apoyo en el mundo a mi pobre prima, y solo por eso quiero conservar la vida.

—¡Sólo por eso, niño! —dijo la Virreina en tono de afectuoso reproche—. ¿No amas a nadie más que a tu prima en el mundo?

—¡Oh, sí, señora! —replicó Enrique vivamente—. Amo a mis bienhechores; a Don Bartolomé de Las Casas, a mi padrino Don Diego, a mi buen preceptor el padre Remigio...

—Y espero —interrumpió Doña María—, que nos has de amar también a mi esposo y a mí, como nos ama ya Mencía. ¿Es cierto, hija mía?

—Sí, señora —contestó la niña—. Os amo con todo mi corazón.

Doña María la acercó a sí, besóla cariñosamente, y la retuvo estrechando aquella rubia cabecita contra su mórbido seno, como pudiera hacerlo una madre con el fruto de sus propias entrañas.

Mientras que estas tiernas escenas pasaban en el patio interior de la Fortaleza, en medio de los floridos arbustos del jardín, Don Diego Velázquez, preocupado con la idea de su matrimonio, que en aquella mañana misma había concertado con Don Cristóbal de Cuéllar, y procediendo siempre bajo la inspiración de los consejos de Mojica, aprovechaba el tiempo para notificar al Almirante y a Las Casas que había pedido formalmente y obtenido del Contador real la mano de la hermosa María de Cuéllar.

—¡Qué me place, Don Diego! —exclamó el Almirante con franca alegría—; justo es que el mejor caballero se lleve la mejor dama. . . No hay en esto, Don Bartolomé, vejamen para vos, que me habéis dicho que no pensáis casaros. . .

—¡Oh señor! Yo estoy fuera de combate —dijo el Licenciado con afable sonrisa—. Y pues que estamos de confidencias, os diré que ya se acerca el día en que yo tome estado. Antes de tres meses, con la ayuda del Señor, seré, aunque indigno, ministro de sus altares; y vos, ilustre Almirante, en memoria de mi venerado amigo, vuestro insigne padre, seréis el padrino que me asista en mi primera misa, si no lo habéis a enojo.

—¡Por la Virgen santísima! Licenciado —respondió Diego Colón—, que nada pudiera serme más grato y honroso. . . Cierto es —repuso riéndose—, que según mi parecer, mejor os hubiera estado imitar al teniente Velázquez eligiendo esposa entre tantas pobrecitas, cuanto hermosas damas, que a eso han venido al Nuevo Mundo; pero ninguna de ellas, supongo, se atreverá a tener celos de nuestra Santa Madre iglesia.

—¡Ah! señor Almirante —dijo entre grave y risueño Las Casas—; solo esta esposa me conviene; creedlo: solo con ella, ayudado del divino espíritu que la alienta, podré dedicarme a consolar a *los que lloran*, como es mi vocación y mi deseo.

—Pues digo *Amén* de todo corazón, querido Licenciado —repuso alegremente el Almirante.

Prosiguió por el estilo y con tan buen humor la plática de los tres personajes amigos, hasta que regresó al salón doña María, enteramente sola.

—¿Qué has hecho de Enriquillo? —le preguntó su esposo riendo—. ¿Sin que te lo haya yo dado en encomienda, tratas de quedarte con él?

—Por hoy, seguramente, con permiso de estos señores —contestó en igual tono la Virreina—. El y Mencía han manifestado tanto placer al encontrarse, que sería inhumano privarlos de estar juntos siquiera medio día.

—¿Y por qué no más tiempo? —insistió Don Diego Colón—. Si eso consuela a las dos pobres criaturas ¿por qué separarlos? Bien puede Enriquillo quedarse como paje en nuestra casa.

—Algo así le propuse; pero tanto cuanto fué su regocijo al decirle que iba a permanecer hoy con Mencía, así fué el disgusto que expresó ante la idea de vivir en la Fortaleza. Prefiere el convento, porque dice que no quiere dejar al señor Las Casas, a quien tiene mucho amor; como al señor Diego Velázquez y ya no recuerdo a quien más. Revela esa criatura un corazón bellísimo.

—De mí puedo asegurar, señora —dijo con aire sentimental Velázquez—, que lo amo como si fuera hijo mío.

—Nada hay que extrañar en que Enrique —agregó a su vez Las Casas, deseoso de recomendar más y más su protegido a los Virreyes—, prefiera la monotonía del convento a esta suntuosa morada. De muy niño le he visto melancólico por natural carácter; y luego, el hábito de sus estudios ha desarrollado en él tal aplicación, que sólo se halla bien, escuchando las disputas filosóficas y teológicas que a la sombra de los árboles son nuestro único entretenimiento en las horas francas del monasterio.

—Convengamos, pues —dijo Doña María—, en un arreglo que a todos dejará satisfechos. Siga Enrique al cuidado inmediato del señor Licenciado en San Francisco, y véngase a pasar los días de fiesta en esta casa al lado de su novia.

—¿De su novia! ¿Quién es su novia? —preguntó el Almirante.

—¿Quién ha de ser? Su prima Mencía, nuestra hija de adopción. Este es asunto consagrado y sellado por la muerte. —Y la Virreina refirió lo que Enrique le había comunicado en el jardín.

Las Casas, como testigo principal de lo ocurrido al morir Doña Ana de Guevara, confirmó en todas sus partes el relato del joven cacique, y formuló su indeclinable propósito de tomar a su cargo el estricto cumplimiento de las últimas voluntades de la difunta.

Todos hicieron coro al buen Licenciado en su generosa resolución, y desde aquel día pareció que la dicha y el porvenir de los dos nobles huérfanos estaba asegurado. No se justificaron después, en el curso fatal de los acontecimientos, esas halagüeñas cuanto caritativas ilusiones; que los empeños de la voluntad humana encuentran siempre llano y fácil el camino de la maldad; mas, cuando se dirijen al bien y los inspira la virtud, es seguro que han de obstruirles el paso obstáculos numerosos, sin que para vencerlos valga muchas veces ni la fe en la santidad del objeto, ni la más enérgica perseverancia en la lucha.

E L O R D E N A D O

Muchos años hacía que el Licenciado Don Bartolomé de Las Casas estaba en perfecta aptitud para recibir las órdenes sacerdotales. Sus anteriores estudios en Salamanca, la vivacidad de su talento, su espíritu observador y sagaz, todo contribuía a hacerlo uno de los hombres más instruidos de su tiempo, y más versados no solamente en las ciencias sagradas, sino también en las bellas letras, y práctico además en todos los ejercicios filosóficos del humano entendimiento. Por modestia tal vez, tal vez por un vago presentimiento de lo incompatible que había de ser su carácter enérgico e independiente con la disciplina eclesiástica, dando ocasión probablemente esa incompatibilidad a incessantes luchas y terribles disgustos, es lo cierto que había ido difiriendo su ordenación bajo razones más especiosas que sólidas.

Pero al cabo llegó un día —mediaba la primavera del año mil quinientos diez—, en que Las Casas, sintiendo su generoso espíritu estremecido y exaltado al calor de la fe y de la caridad que lo alentaban, y sus afectos blandamente acordados con el himno universal que la Naturaleza eleva a los cielos en esa época feliz del año, en que la atmósfera es más diáfana, y el azul etéreo más puro, y las flores tienen más vivos colores y exhalan más fragantes aromas, puso término a sus vacilaciones, y resolvió fijar para aquel acto decisivo de su existencia —su consagración a los altares—, un plazo de pocas semanas; el tiempo necesario para hacer sus preparativos y trasladarse a la ciudad de Concepción de la Vega, previo el aviso correspondiente a Diego Colón, que había de servirle de padrino en su primera misa.

Quedó concertado entre ambos, Las Casas y el Almirante, que el primero se pusiera en marcha dentro de cuatro o seis días, para la dicha Concepción de la Vega, donde tenía su sede episcopal el doctor Don Pedro Juárez Deza, uno de los tres primeros prelados que fueron proveídos para las tres diócesis de la isla Española, y el único que llegó a tomar posesión de su obispado, y pasó en él algunos años. Allí debería recibir su consagración el Licenciado Las Casas, y mientras tanto el Almirante y su esposa harían todos los arreglos necesarios para emprender también viaje hacia la Vega a fin de asistir a la celebración de la primera misa, que sobre ser de tan digno y estimado sujeto como era el ordenando, tendría de notable el ser también la primera misa nueva que se iba a cantar en la Española, o por mejor decir, en el Nuevo Mundo(55). Ninguna ocasión, por consiguiente, podía haber más adecuada para que los Virreyes arrostraran las molestias del viaje, en cumplimiento de un deber piadoso, y realizando al mismo tiempo su deseo de conocer y visitar las fundiciones de oro y demás objetos interesantes del interior de la Isla, y con especialidad aquella célebre población, que el gran Descubridor primer Almirante de las Indias Occidentales fundó por sí mismo, al pie del Santo Cerro, en honor de la Inmaculada Virgen María (56).

El día señalado, muy de mañana, partió de Santo Domingo el Licenciado con un buen acompañamiento de amigos y servidores de a pie y a caballo. El tiempo era hermosísimo, y los campos desplegaban sus naturales galas con maravilloso esplendor. Las Casas, dotado de sensibilidad exquisita, ferviente admirador de lo bello, sentía trasportada su mente en alas del más puro y religioso entusiasmo, contemplando la rica variedad de esmaltes y matices con que la próspera Naturaleza ha decorado el fértil y accidentado suelo de la Española.

Deteníase como un niño haciendo demostraciones de pasmo y alegría, ora al aspecto majestuoso de la lejana cordillera, ora a vista de la dilatada llanura, o al pie del erguido monte que llevaba hasta las nubes su tupido penacho de pinos y baitóas (57). El torrente, quebrando impetuosamente sus aguas de piedra en

(55) Fué la primera misa nueva que se cantó en las Indias.—HERRERA. Déc. I. Lib. VII.

(56) Un terremoto a redujo a ruinas esa primitiva ciudad.

(57) Arbol indígena.

piedra, y salpicando de menudo aljófar las verdes orillas; el caudaloso río deslizándose murmurador en ancho cauce de blancas arenas y negruzcas guijas; el añoso mamey, cuyo tronco robusto bifurcado en regular proporción ofrecía la apariencia de gótico sagrario; el inmenso panorama que la vista señorea en todos sentidos desde la enhiesta cumbre de la montaña, todo era motivo de éxtasis para el impresionable viajero, que expresaba elocuentemente su admiración, deseoso de compartirla con sus compañeros; los cuales, no tan ricos de sentimiento artístico, o más pobres de imaginación y de lirismo, permanecían con estóica frialdad ante los soberbios espectáculos que electrizaban al Licenciado, o se miraban unos a otros con burlona sonrisa; y a veces se reían sin embozo en las mismas barbas del entusiasta orador, que acababa sus discursos compadeciéndose altamente de tanta estupidez, y aplicándoles el famoso epígrama de la Sagrada Escritura: "tienen ojos y no ven; oídos y no oyen".

Una vez se vengó cruelmente de aquella desdeñosa indiferencia con que veía tratado su piadoso culto a los esplendores de la creación.

La pequeña caravana se detuvo a sestear a orillas de un deleitoso riachuelo, y cada cual se puso a disponer el matalotaje (58), como entonces se decía. Las Casas se acercó a beber en el hueco de su mano, y a poco, tomando un guijarro del fondo de las aguas, exclamó en alta voz:

—¡Oro! ¡Amigos míos, un hallazgo!

A estas voces, fué cosa digna de verse la emoción, el ansia y la premura con que todos acudieron a examinar el precioso guijarro, que fué reconocido al punto como pedernal común; y Las Casas, arrojándolo al arroyo con desprecio, les dijo sarcásticamente:

—Tenéis razón, amigos; de las cosas que el Señor ha creado, para satisfacer las necesidades del hombre o para su deleite, ninguna es tan bella, tan útil y tan digna de admiración como el oro.

Los compañeros se miraron unos a otros sin saber qué decir, ni qué pensar de aquella inesperada lección.

Al cabo de tres días llegaron a la ciudad de Concepción de la Vega. Era la época del año en que de todos los puntos de la isla donde laboraban minas, concurrían los colonos a aquel cen-

(58) Lo mismo que vitualla o bastimento

tro de población a fundir sus minerales y someterlos a la marca de ley; por cuya causa la Vega ofrecía tanta o mayor animación que la capital: celebrábase al mismo tiempo feria, a la que acudían presurosos desde los últimos rincones del territorio todos los que tenían algún objeto, animales y fruslerías de que hacer almoneda. Por las calles principales bullía la gente con festiva algazara; a una parte resonaban castañuelas y atabales; más adelante se oía el golpear de martillos y azuelas rugían las fraguas y voceaban los buhoneros, todo alternado con alegres cantares, con ladridos de perros y otros cien rumores indefinibles. El viajero que acabando de atravesar las vastas y silenciosas sabanas o llanuras, y de cruzar las altas y despobladas sierras, llegaba por primera vez a la Concepción, quedaba por de pronto sorprendido a la vista de tanto bullicio y movimiento, y como confundido en aquel maremagnum de gente y de animales. Esto fué lo que sucedió a Las Casas y su comitiva, que permanecieron un buen rato distraídos con la diversidad de objetos, y dándose muy poca prisa por llegar a su posada: los demás transeúntes discurrían en todos sentidos, los unos con afán en demanda de sus negocios, y los otros con aire de fiesta y buen humor en busca de sus diversiones. Nadie hacía alto en el grupo de viajeros, porque en aquellos días era tan continuo el llegar de colonos y mineros, que se miraba con la indiferencia del más vulgar incidente.

El Licenciado, volviendo luego en su acuerdo, se encaminó con sus guías y séquito por la calle principal, a la plaza de la iglesia mayor, y se desmontó a la puerta de una casa grande y de buena apariencia, en cuya fachada blanca y limpia campeaba vistosamente un escudo de piedra con las armas solariegas del obispo Don Pedro de Deza, condecoradas por las llaves simbólicas y la tiara de los pontífices.

No bien anunciaron al prelado la presencia de Las Casas, cuando acudió solícito a recibirle; dióle la bienvenida afablemente con el ósculo de paz, y le dejó aposentado en su propia casa. Sobre la buena amistad que profesaba al Licenciado, ya se había hecho cargo de las fervorosas recomendaciones del Almirante, en favor del que iba a recibir en su cabeza el óleo santo que debía consagrarle a los altares del Señor.

Los demás amigos que acompañaban a Las Casas fueron hospedados, los unos, en el convento de franciscanos; los otros

en alojamientos particulares; y desde el mismo día se dedicaron los regidores del concejo de la ciudad a preparar decoroso aposentamiento para el Almirante, su esposa, y la comitiva de damas y caballeros que debían llegar a poco en su compañía, según las cartas y anuncios que había llevado Las Casas.

MISA MEMORABLE

Por espacio de diez o doce días más, continuaron llegando incesantemente a la Concepción viajeros de todas partes de la isla. Atraídos los unos por amistad o adhesión a Las Casas, los otros por la novedad del sagrado espectáculo de una **misa nueva**, que ofrecía la particularidad de ser la primera que iba a celebrarse en el Nuevo Mundo, y otros muchos por la necesidad de aprovechar la época de la fundición y marca del oro extraído de sus minas, jamás se había visto en ningún punto de la isla Española, desde su descubrimiento, tanta gente reunida como la que entonces concurrió a la Vega.

Diego Velázquez no fué de los últimos: pidió en nombre de su antigua e íntima amistad con Las Casas licencia, que el Almirante le concedió, para pasar desde las comarcas de su mando a la Vega, y voló allá solícito, con la esperanza de encontrar a su prometida en el séquito de la Virreina; pero tan grata ilusión se disipó, convirtiéndose en tristeza, el día que, entre arcos de triunfo, colgaduras de seda y guirnaldas de flores, al ruido alegre de todas las campanas acentuado por estentórea artillería, coreado por bulliciosos y repetidos vítores, hicieron los Virreyes su entrada solemne y casi regia en la ciudad predilecta de Colón.

Buscó ansiosamente Velázquez a su novia, y, no viéndola inquirió noticias suyas con el primer amigo o conocido que halló a su paso y obtuvo el informe de que María de Cuéllar, presa de enfermedad desconocida, sin ánimo ni fuerzas, tornadas en azucenas las rosas del semblante, no había estado en disposición de emprender el penoso viaje de los Virreyes. Estas tristes nuevas se las confirmó el Almirante, tan pronto como llegó a su alojamiento y entró en sosegada conversación con Velázquez.

—¿Y Grijalva? —preguntó éste, que llegó a temer el regreso de su rival a Santo Domingo.

—Tuve noticias tuyas —contestó Diego Colón—. Me dicen que sólo piensa en hacer la guerra a los indios en las montañas de Jamaica, y en ganarse la voluntad de aquellos salvajes cuando los tiene sometidos. Se ha aficionado a este oficio, y en nada menos piensa que en volver por acá.

—¿Me permitiréis acompañaros a vuestro regreso a Santo Domingo? —añadió Velázquez en tono suplicante.

—Pensad que no es aún transcurrido el término señalado para vuestra boda —replicó el Almirante—; y que la indisposición de vuestra prometida exige, en concepto de los médicos, muchas precauciones para evitar que cualquier emoción violenta agrave su mal; tened pues, paciencia, Don Diego.

Y con estas palabras dió fin el Almirante al espinoso incidente. Velázquez calló resignado, y sus ideas no tardaron en tomar distinto rumbo, engolfándose en la conversación que diestramente reanudó aquél sobre la proyectada empresa de Cuba.

Según el comandante de Jaragua, todos los preparativos necesarios estaban hechos y con quince días de aviso anticipado, las naves podrían ir a San Nicolás a embarcar a la gente, los caballos, útiles y provisiones que habían de constituir la expedición conquistadora y colonizadora de Cuba. Diego Colón multiplicó las preguntas y propuso infinitas cuestiones relativas a los pormenores de la empresa, logrando la satisfacción de que Velázquez resolviera todos los reparos de tal modo, que acreditó más y más su previsor capacidad. Con todo, no quiso que el asunto saliera del estado de deliberación, y nada determinó, aplazando los acuerdos hasta que la consagración de Las Casas estuviera consumada, y pudiera este sabio consejero dedicar sus meditaciones a los negocios mundanos.

Tres días después de la llegada de los Virreyes a la Concepción recibió el Licenciado las sagradas órdenes mayores en la capilla del obispo, sin ostentación ni aparato de ninguna especie. No así la misa nueva, que fué cantada el domingo inmediato con gran solemnidad en el templo principal de la Concepción, con asistencia del mismo prelado y de los Virreyes; siendo padrino del nuevo sacerdote Don Diego Colón. El concurso fué inmenso, las ceremonias pomposas y las fiestas espléndidas, pues, como a porfía, celebraron el fausto suceso de la *primera misa nueva de Indias* todos los moradores de la ciudad y los que de lejos habían asistido a las anunciadas solemnidades. Multitud de valiosos

regalos recibió el nuevo sacerdote aquel día, consistente los más de ellos en ricas piezas de oro de diferentes formas y hechuras, del que se había llevado a la fundición real: todo lo dió generosamente Las Casas a su padrino, guardando solamente algunos objetos de esmerada ejecución, por vía de recuerdo o curiosidad (59). Notan los historiadores la rara circunstancia de que en esta misa faltó el vino para consagrar, pues no se halló en toda la isla, a causa de haberse demorado los arribos de Castilla. Así quiso la Providencia singularizar aquel acto augusto, con que selló su vocación hacia la virtud y el sacrificio uno de los hombres más dignos de la admiración y de las bendiciones de todos los siglos.

¿Quién sabe? No iría tan fuera de camino la piedad sencilla atribuyendo misteriosa significación a aquella imprevista carencia del vino, símbolo de la sangre del Cordero sin mancha, al elevarse hacia el trono del Eterno los votos de aquella alma compasiva y pura, que se estremecía de horror ante las cruentas iniquidades de la conquista. En la primera misa nueva oficiada en el Nuevo Mundo, no se hizo oblación de aquella especie que es como una reminiscencia de la crueldad de los hombres; únicamente se alzó sobre la cabeza consagrada del filántropo ilustre la cándida hostia, testimonio perdurable del amor de Dios a la mísera humanidad. Este interesante episodio, y el honor de haber sido fundada por el gran Cristóbal Colón en persona, son dos timbres de gloria que las más opulentas ciudades de América pueden envidiar a las olvidadas ruinas de la un tiempo célebre Concepción de la Vega.

C R U Z A D A

Enrique, después de cumplir sus deberes y holgarse con Las Casas y sus demás protectores, se volvió para la Maguana muy en breve, llevando señaladas muestras de cariño de parte de los Virreyes, y causando al buen Don Francisco de Valenzuela mucho placer con la animada y exacta relación de su viaje, y con las expresivas cartas del Almirante. El joven Valenzuela permaneció algunos días más en Santo Domingo, retenido por su amor a los placeres, y alegando fútiles pretextos en la carta que dirigió

(59) Histórico. HERRERA. Década II. Véase la nota número 2 del apéndice.

a su padre, para no regresar con Enriquillo. Por aquel mismo tiempo emprendió su viaje a España el Adelantado Don Bartolomé Colón, atravesó con felicidad el Atlántico, llegó a la Corte, y el refuerzo de sus luces y experiencia, con la autoridad que le daban sus respetables antecedentes, sirvió de mucho para enderezar los asuntos de su sobrino Don Diego. El Rey distinguía y consideraba muchísimo al hermano del Descubridor, que por sí mismo había llevado a cabo hazañas de alta ilustración en el Nuevo Mundo, y se mostraba en todo merecedor de cuantas honras se reflejaban en su persona, por razón de su apellido como por sus no comunes prendas de carácter. †

Con su partida amainaron un tanto las hostilidades de los dos bandos, que comprendieron cuánto les interesaba respectivamente moderar los ímpetus de sus pasiones, y aguardar en actitud tranquila los resultados que en definitiva dieran las diligencias de sus parciales y emisarios en la Corte. De esta especie de tregua tácita sacaron la peor parte los pobres indios encomendados, pues cualesquiera que fuesen los abusos que con ellos se ejercían, uno a otro se los disimulaban los dos bandos opuestos, cuidadosos de no encender nuevamente las rencillas por una materia comúnmente tenida por vil y despreciable, como era la esclavitud de aquella desdichada raza.

Solamente en el monasterio de los padres dominicos, donde se aposentaba Las Casas, ardía el fuego de la caridad, despertando vivo interés por la suerte de los indios. Cierta colono de la Vega de nombre Juan Garcés, que años atrás había matado a puñaladas a su mujer, principal señora india de cuya fidelidad llegó a sospechar, después de andar vagando por diversas partes de la isla con nombre supuesto, huyendo de la persecución de la justicia, se allegó un día al convento de los dominicos, les pidió asilo, y manifestó su propósito de profesar tomando el hábito de la orden. Oído en confesión por el Padre Fray Pedro de Córdova, fué absuelto, y después de obtenerle indulto del Virrey Almirante se accedió a su deseo, y fué admitido en la comunidad como fraile; estado cuyos deberes llenó cumplidamente, mereciendo por su vida ejemplar ser enviado años adelante a la misión evangélica de Cumaná, donde pereció como un mártir a manos de los indios bravos.

Este Juan Garcés encendió el celo piadoso de los frailes y del Padre Las Casas, con sus relaciones conmovedoras sobre los ma-

los tratamientos a que estaban sometidos los indios en toda la colonia, y las crueldades increíbles con que eran explotados por sus encomendadores. Resolvieron los buenos religiosos clamar enérgicamente contra aquellas iniquidades, y designaron al Padre Fray Antonio Montesino para que sobre el asunto predicara un sermón, en la misa mayor del domingo inmediato.

Para que el fruto fuera más copioso y la edificación de más provecho moral, invitaron expresamente a todas las personas constituídas en autoridad y a los principales vecinos de Santo Domingo. Llegó el día señalado, y el templo apenas podía contener el granado concurso. Los oficiales reales y los jueces de apelación estaban en sus puestos: el Almirante presidía la función, y miraba a Pasamonte y sus otros émulos con cierta sonrisa extraña y maliciosa: se dejaba comprender que algún golpe de efecto estaba preparado: los enemigos del Almirante estaban recelosos e inquietos sin saber por qué.

Subió con planta firme el Padre Montesino al púlpito, y después de tomar por tema y fundamento de su sermón, que ya llevaba escrito y firmado de los demás frailes: *Ego vox clamantis in deserto*; hecha su introducción y habiendo disertado un poco sobre el evangelio del día, prorrumpió en los siguientes apóstrofes que transcribimos aquí al pie de la letra:

“Decid, ¿con qué derecho, y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y los domingos? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad, de sueño tan letárgico, dormidos? Tened por cierto, que en el estado que estáis, no os podéis más salvar, que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo” (66).

(66) Las Casas, Historia de Indias. Libro III. Cap. IV.



Es indecible el efecto producido por la inesperada peroración en el ánimo de los pecadores a quienes tales y tan enérgicos apóstrofes se dirijían. Confusión, estupor, ira, fueron los movimientos en que fluctuó la voluntad de los más soberbios, mientras duró el sermón del Padre Montesino, y cuando lo vieron bajar del púlpito *con la cabeza no muy baja*, como dice Las Casas. Salieron del templo todos rebosando el pecho de indignación, y protestándose recíprocamente los que se sentían aludidos por el orador sagrado, que las cosas no habían de quedar así. En cuanto al Almirante, a quien acompañaban los dignatarios y oficiales hasta su casa, permanecía impasible y sin participar de los extremos de furor en que estallaba el desagrado de los demás. Al cabo Pasamonte le increpó directamente. —¿No pensáis volver por nuestro respeto y el vuestro, señor Almirante? —le dijo—. ¿No creéis comprometida vuestra dignidad y la dignidad de Su Alteza, que no nos ha constituido en autoridad, para que nos dejemos vejar y ultrajar por un fraile atrevido?

—Obremos con calma, señor Pasamonte —contestó imperturbable Diego Colón—. La cólera es mala consejera, y los estómagos ayunos deliberan mal las resoluciones de casos graves como este. Andad a comer a vuestras casas, y en seguida venid a la mía para que nos pongamos de acuerdo sobre lo que conviene hacer.

Estas razones fueron acatadas por todos.

HOMBRES DE ORDEN

A la hora del medio día, los oficiales reales, los jueces de apelación y muchos de los principales vecinos estaban reunidos en la casa de Diego Colón: tratóse el asunto de la plática del Padre Montesino con la acritud y el calor que se puede suponer en una asamblea de agraviados. Los temperamentos correctivos que cada cual sugería para corregir y castigar la audacia del fraile eran todos violentos, y hasta feroces algunos. El Almirante, siempre dueño de sí, fué templando hábilmente aquella tempestad de cóleras, y modificando por grados los sentimientos y las opiniones de aquellos energúmenos. Después de apurar todos los medios de conciliación se llegó a convenir en que los más ofendidos, y en especial los oficiales del Rey, irían aquella misma

tarde al convento de los domínicos a reprender a los religiosos y a exigir de la comunidad que obligara al fogoso predicador a retractarse públicamente.

Pusiéronlo por obra; se dirijieron al monasterio se hicieron anunciar, y salió a recibirlos al locutorio, con tranquilo continente, el superior Fray Pedro de Córdoba.

—Padre vicario —le dijo bruscamente Pasamonte—, tened a bien hacer llamar a aquel fraile que ha predicado hoy tan grandes desvaríos.

—No hay necesidad —contestó tranquilamente fray Pedro: —si vuestras mercedes mandan algo, yo soy el prelado de este convento, y responderé a todo.

—Hacedle venir —insistió con ímpetu el tesorero—; venga aquí ese hombre escandaloso, sembrador de doctrina nueva, nunca oída; que a todos condena, y que habla contra el Rey atentando a su señorío sobre estas Indias, y atacando los repartimientos de indios... y guardaos vos mismo, padre vicario, si no le castigáis como se merece...

—¿Osáis amenazarme? —exclamó fray Pedro.

—A vos y a todos vuestros frailes atrevidos y sediciosos —replicó Pasamonte.

—Sí; sediciosos y desvergonzados! —clamaron con destemplada voz varios de los circunstantes.

Fray Pedro fijó en aquellos hombres una mirada indefinible; había en su expresión una mezcla de altivez, mansedumbre y lástima. Su fisonomía hermosa y ascética a la vez, imponía el respeto.

—Acertáis sin duda —dijo a los furiosos con dignidad— en darnos todos esos odiosos nombres, a los que queremos curaros de vuestra ceguera, y despertar vuestras almas de su profundo letargo. Sí, atreveos a llamarnos sediciosos, a todos los que aquí estamos sublevados contra vuestras iniquidades; porque habéis de saber que el padre Antonio ha dicho en el púlpito lo que toda la comunidad acordó que dijera, y por esa razón vuestra ira no debe ser para él solo, sino para todos nosotros.

—Pues no hay más remedio —dijo Pasamonte— que obligar a ese fray Antonio a que se desdiga el domingo próximo venidero de lo que hoy ha predicado.

—Eso no podrá ser —contestó fray Pedro.

—Pues si así no lo hacéis, aparejad vuestras pañuelas para irros a embarcar, pues seréis enviados a España (67).

—Por cierto, señores —replicó sonriendo impasible el padre superior— en eso podemos tener hartos de poco trabajo (68).

Esta respuesta sencilla, por el tono casi desdeñoso en que fué dada, acabó de exasperar a aquellos hombres coléricos, que parecían dispuestos a dejarse ir hasta los últimos extremos de la violencia; pero se hizo oír a tiempo la voz vibrante del portero del convento que pronunció estas solas palabras: *El señor Almirante*.

A este anuncio, se contuvieron los más exaltados, y el silencio reinó por algunos instantes.

Fray Pedro se adelantó hacia la puerta del salón para recibir al Almirante, que se presentó al concurso con semblante plácido y risueño, pronunciando estas palabras:

—¿Qué ocurre aquí, señores? He percibido al llegar como voces alteradas y descompuestas...

—Señor Almirante —dijo el impetuoso Pasamonte—, el padre vicario se niega a darnos la justa satisfacción que le pedimos, y redobla nuestro agravio diciendo que del abominable sermón de este día responde la comunidad entera, pues fué predicado por acuerdo de todos los frailes.

—Es la verdad, señor Almirante—dijo sencillamente el prior

—¿Lo oís, señor? —repuso el tesorero real—. La comunidad de los dominicos viene a trastornar el orden de la colonia, negando al Rey su señorío sobre los indios, y a los súbditos que de él los hemos recibido en encomienda el derecho de utilizar el trabajo de esos infieles, dándoles en cambio la salud espiritual con el conocimiento de las verdades eternas.

—Negamos el derecho de oprimir con crueldades a esa raza desdichada —exclamó con energía fray Pedro—, os negamos el derecho de llamaros cristianos abrumando y exterminando a tantos infelices con vuestra cruel y desalmada codicia...

A esta fulminante invectiva, el tumulto volvió a encenderse más destemplado que antes, y a duras penas consiguió Diego Colón hacerse oír y hacer valer su autoridad.

(67) Histórico. — Las Casas.

(68) Idem — idem.

—Escuchadme todos, señores. Soy yo el que representa la majestad de Su Alteza el Rey, y mando que todos se conformen con lo que yo disponga en este caso.

Pasamonte y su bando gruñeron (69) sordamente, ganosos de sublevarse contra aquel exordio del Almirante; pero éste frunció el entrecejo de un modo tan expresivo, había tal dignidad y arrogancia en su actitud, que todos temblaron y tuvieron por bien callarse y someterse.

Por su parte fray Pedro de Córdova, sereno e impasible, dijo a Diego Colón:

—Señor; permitidme recordaros que nosotros, enderezando nuestras palabras y nuestras acciones al servicio del Rey de los reyes, no podemos conformarnos sino a lo que sea justo de toda justicia, y acorde con las leyes divinas; contra las cuales, nadie ha de ser poderoso a doblegar nuestra energía, y a torcer nuestra voluntad.

—Losé, padre Pedro —contestó Diego Colón en tono respetuoso—, y os pido que fiéis a mi decisión el caso, seguro de que nada he de disponer que no ceda a la mayor gloria del Señor.

—Siendo así, contad con mi conformidad —concluyó fray Pedro.

—Pues lo que la paz y el buen orden de la colonia exigen, Padre —dijo el Almirante—, es que el predicador fray Antonio vuelva a subir al púlpito en la misa del próximo venidero domingo, y tranquilice las conciencias explicando de una manera satisfactoria todo lo que ha dicho hoy que parece contrario al servicio de Su Alteza y a los fueros y prerrogativas de los oficiales reales y demás vecinos ofendidos y lesionados en su honra y sus intereses, por la dureza con que los increpó el padre en su sermón.

Fray Pedro recapacitó un instante, y luego dijo con acento firme:

—El predicador volverá a subir al púlpito el domingo que viene, y cumpliremos nuestro deber como humildes siervos de Dios y fieles súbditos de su Alteza.

Oída esta declaración, el Almirante, y a su ejemplo Pasamonte y todos los concurrentes, hicieron a fray Pedro de Córdova

(69) Las Casas usa este expresivo verbo, al referir el episodio del sermón del Padre Montesino. Lo creemos oportunísimo, por más que lastime algún tímpano delicado. La sinrazón poderosa gruñe siempre.

va un reverente saludo, y se retiraron del convento, sumamente complacidos los quejosos, porque contaban con saborear el más completo triunfo.

HIEL SOBRE ACIBAR

Llegó el día señalado para la solemne retractación que todos tenían por convenida y ofrecida de parte de los austeros frailes dominicos. La iglesia mayor no podía contener en sus extensas naves el concurso de gente que, estimulada por los soberbios oficiales reales y sus amigos, acudían a solazarse en la humillación de aquellos humildes religiosos; rebosaba el templo en sedas, bordados de oro, plumas y relucientes armas; porque se quería que aquel acto, que tenía por pretexto y apariencia el desagravio de la autoridad real y pública, se consumara con todo el auge y aparato de una solemnidad oficial.

Apareció, después de cantado el evangelio, el ya célebre Padre Montesino, y se dirigió al púlpito con paso mesurado y modesto semblante. Ya en la sagrada cátedra, examinó con su mirada penetrante el numeroso concurso, y comenzó con voz apacible su oración —exponiendo a grandes rasgos y como en resumen lo que había dicho en la plática del anterior domingo; y entrando en seguida a perorar sobre aquella exposición, cuando los oficiales reales y los más exaltados encomendadores se figuraban que iba a explicar sus punzantes censuras dándoles un sentido diametralmente opuesto a su literal significación, esperando que con auxilio de tropos y recursos de retórica intentaría la demostración de que todos los vituperios del precedente sermón encerraban por virtud mística, hipotética, hiperbólica y metafísica, un elogio completo, una apología brillante de la bondad, caridad, generosidad y abnegación de los colonos para con los indios sus siervos, el intrépido orador parafraseando un versículo el libro de Job (70), vertió al castellano la sentencia que encierra, en los términos siguientes: “Tornaré a referir desde su principio mi ciencia y verdad, y aquellas mis palabras, que así os amargaron, mostraré verdaderas”. Repitió y corroboró con más fuerza y terrible elocuencia todos los anatemas que había fulminado antes contra los tiranos opresores de indios, y

(70) Cap. 36. Todo esto es histórico. V. Las Casas. Hist. de Indias. Libro III Capítulo V.

acabó por declarar que la comunidad de los dominicos había resuelto negarles los sacramentos lo mismo que si fuesen salteadores públicos y asesinos; y que podían escribirlo así a Castilla, a quien quisiesen, pues en obrar de tal manera tenían por cierto los padres dominicos que servían a Dios, y no pequeño servicio hacían al Rey (71).

Concluyó el sermón en medio de los gruñidos (72) y el alboroto de los oyentes, cuyo despecho llegó al último extremo. cuando se vieron de tal manera burlados y defraudada su esperanza de escuchar una retractación.

El padre Montesino bajó tranquilo y sereno de la cátedra, y se fué a su convento sin hacer más caso de aquellos furiosos que si fueran una bandada de loros, sin conciencia de sus discursos; y los encomenderos, persuadidos de que nada podían recabar de los pertinaces religiosos, ni siquiera intentaron abocarse otra vez con ellos, sino que después de juntarse a deliberar, acordaron dirigir al Rey un sañudo informe contra los frailes de la orden de los dominicos, acusándolos de sediciosos, perturbadores y rebeldes a la autoridad del Rey y sus ministros en la colonia (73).

(71) Histórico. Ibid.

(72) Nos parece el término propio, y lo ha autorizado Las Casas.

(73) "El fraile Montesino era hombre de carácter, y reputó indigno de su ministerio y de la cátedra de la verdad contemporizar por ningún respecto humano con la iniquidad y el error". Manuel José Quintana; Vida de fray Bartolomé de Las Casas.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

TERCERA PARTE

LOS LEALES

YA en el año de gracia mil quinientos catorce, los oficiales reales en la isla Española, con el poderoso auxilio del obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca (86), el secretario real Lope de Conchillos y otros personajes de omnímoda influencia en la corte de Castilla, habían conseguido acabar de una vez con el crédito del joven Almirante Don Diego Colón, y causar mortal quebranto a los intereses de su casa. Arrogándose hipócritamente el título de servidores del Rey, los del bando que en Santo Domingo acaudillaba el tesorero Miguel de Pasamonte, a fuerza de llamar **deservidores** al Almirante y sus amigos (89), lograron que en la madre patria fueran tenidos por malvados y enemigos públicos, a quienes se debía imputar la rápida despo- blación de la Isla, que en realidad solo era efecto de la despiada- da política de Ovando (90).

Apoyaban este grave cargo en el hecho de que el Almirante, poco después de su llegada a la Española, quitó los indios a los

(86) El mismo que antes fué obispo de Palencia.

(89) **Servidores y deservidores.** Histórico. Así consta en los docu- mentos y narraciones de la época. La humanidad es la misma en todo tiempo, viéndose que los antagonismos, las envidias y las ruinas pasio- nes de todo género se coloran con apariencias y vislumbres de móviles respetables, y decoran sus inicuas manifestaciones con los santos nombres de justicia, patriotismo, servicio público, integridad, pulcritud, etc falacia y cinismo para llegar a un mal fin.

(90) **Las Casas** asegura que en el año de 1509 cuando llegó Diego Colón, apenas quedaban 60.000 indios en la Española, de trescientos (millones que eran al tiempo del descubrimiento, **Historia de las Indias** Lib. III. Cap. II y XXXVI.

que por el Comendador los tenían, para encomendarlos a los parciales de su casa. Los desposeídos, con esa impudencia que acompaña siempre a los paroxismos de la codicia, alzaban ahora el grito contra el último repartimiento; acusaban a su vez la tiranía de los beneficiados, y desentendiéndose de que ellos habían sido los más eficaces agentes de la espantosa destrucción de la raza indígena, como único remedio posible instaban con ahinco porque los miserables restos de ella volvieran a ser puestos bajo su dura potestad.

Rodrigo de Alburquerque, vecino principal de la Vega, era el hombre más adecuado para servir aquellos desordenados apetitos. Ayudado por Pasamonte y con el favor de su tío el Licenciado Luis Zapata, del Consejo real, compró el codiciado oficio de repartidor de indios (que era una de las prerrogativas del Almirante), y de tal manera lo ejerció, tanto cinismo y avilantez ostentó en los actos de su repartimiento, que la Historia, dejando oportunamente a un lado la majestad y elevación que le son propias, ha dado con justicia al célebre repartidor el dictado de *sinvergüenza* (91).

Bajo semejantes auspicios, el repartimiento que hizo Rodrigo de Alburquerque no podía ser ni fué otra cosa que una suelta de siervos. "El que más dió más tuvo" (92) y por consiguiente, "fueron terribles los clamores que los que sin indios quedaron daban contra él, como contra capital enemigo, diciendo que había destruído la isla" (93).

Así, pues, en la porfiada contienda de los dos bandos de la isla Española, siempre tocaba a los pobres indios el peor lote de las desventuras del vencido. Inútilmente habían desplegado los poderosos recursos de una actividad infatigable y de una piedad digna de eterno elogio el elocuente y fogoso fray Antón de Montesino, el venerable fray Pedro de Córdova, que hizo un viaje a España para sostener personalmente las reclamaciones de su comunidad, y otros filántropos que querían salvar los restos de aquella raza infortunada.

Las ordenanzas de Burgos, las de Valladolid y otras providencias soberanas justas y benévolas, arrancadas a la Corona por el ardiente celo de aquellos varones insignes, de nada sirvie-

(91) Manuel José Quintana.— Vida de Fray Bartolomé de Las Casas.

(92) Quintana. Lugar citado.

(93) Las Casas. *Historia de Indias*. Lib. III Cap. XXXVII.

ron, pues nunca faltaron pretextos para disfrazar de necesidad pública y servicio real la crudelísima servidumbre de los indios.

En Cuba todo pasaba de igual modo: la raza indígena decrecía incesantemente, bajo el yugo de los ímprobos trabajos y de los malos tratamientos. El virtuoso Las Casas viendo que su activa predicación y el ejemplo de su propio desinterés de poco servían para el alivio de los desventurados siervos, notificó solemnemente a su amigo el Gobernador Diego Velázquez la renuncia que hacía de todas las mercedes que disfrutaba en la Isla, que no eran escasas; y concertó con su digno asociado, el caritativo Pedro de Rentería, consagrar todas sus facultades y sus recursos a la santa causa de la libertad y el buen tratamiento de los indios. Al efecto se decidió que Las Casas emprendiera viaje a España pasando por Santo Domingo, donde había de ponerse de acuerdo con fray Pedro de Córdova, que habiendo regresado de su viaje a la metrópoli, acababa de enviar a Cuba algunos de sus religiosos, los cuales, animados del generoso espíritu de su orden, habían alentado más y más a Las Casas en sus trascendentales propósitos.

Comenzaba, pues, el solemne apostolado del padre Bartolomé de Las Casas en favor de los indios. Se dirigió a la Española, y su nave tomó puerto en la Yaguana. Allí supo que el Almirante había partido para España, y que fray Pedro estaba a punto de embarcarse con rumbo a Tierra-firme, con objeto de instalar en las costas de Cumaná otra misión de su orden.

Don Diego Colón había reclamado, con su acostumbrada entereza y energía, contra el cargo conferido a Alburquerque en detrimento de sus legítimos fueros hereditarios; pero sus émulos consiguieron que el ya viejo y cansado Rey, cediendo a las sugerencias de Fonseca y Conchillos, desoyera las quejas del agraviado súbdito, que, bajo un pretexto u otro, fué llamado a la presencia del Monarca. El Almirante se apresuró a obedecer, dejando en Santo Domingo "a su mujer Doña María de Toledo, matrona de gran merecimiento, y las dos hijas que ya tenía" (94) al cuidado de su tío el Adelantado Don Bartolomé. Fué, no obstante, recibido con mucho agasajo por el Rey.

"Entretanto quedaron a su placer los jueces y oficiales, mandando y gozando de la Isla, y no dejaron de hacer algunas molestias y desvergüenzas a la casa del Almirante, no teniendo

(94) Las Casas, textual. Loc. cit. Cap. LXXVIII.

miramiento en muchas cosas a la dignidad, persona y linaje de la dicha señora Doña María de Toledo" (95).

E L H A T O

Por todas partes, en el feraz y accidentado suelo de la isla de Haití o Santo Domingo, se encuentran vestigios de la importancia que tuvo para los conquistadores europeos, y del grado de riqueza y opulencia que alcanzaron sus primitivos colonizadores. Ruinas grandiosas y solemnes sorprenden con frecuencia al viajero, en mitad de los bosques nuevamente seculares, denunciando en sus vastas y sólidas arcadas el antiguo y olvidado acueducto, o en sus destrozados perístilos y altas paredes la suntuosa residencia del noble caballero que quería hacer reflejar en las soledades del Nuevo Mundo el esplendor de su linaje; o bien el regalado albergue del famoso capitán Conquistador que, ya cansado de correr peligrosas aventuras y de pasar trabajos hercúleos en Tierra-firme, se retiraba a la clásica isla Española en busca de reposo, y a gozar pacíficamente de las riquezas a tan dura costa, y a veces a costa de grandes crímenes, acumuladas.

El gusto de los edificios y moradas suntuosas estuvo, pues, muy generalizado en la Española; y el historiador Oviedo pudo decir con verdad a Carlos V. "que Su Majestad imperial solía alojarse muchas veces en palacios no tan holgados y decentes como algunas casas de Santo Domingo". Los grandes propietarios de los campos se conformaban con vivir menos decorosamente que sus iguales de las poblaciones más calificadas, y se hacían construir mansiones hermosas y sólida a la vez; de lo cual da testimonio elocuente, a despecho de los ultrajes del tiempo, y como muestra de otras muchas ruinas, lo que aun está en pie de las que fueron ricas haciendas de Engombe, San Miguel de Puerto Rico y la Isabela; esta última fundada por la Virreina Doña María de Toledo.

La casa que habitaba Don Francisco de Valenzuela era de las mejores en comodidad y buen gusto, entre las de la indicada categoría, que los acaudalados colonos de la Maguana se habían hecho edificar en las cercanías de San Juan. Erguía-se majestuo-

(95) *Las Casas*, id., *Ibid.* Herrera dice (Década II Lib. I). "Y con todos estos favores del Rey al Almirante) no se dejaron de hacer muchas befas a Doña María de Toledo su mujer".



samente sobre una pequeña colina, dominando todo el hermoso y risueño paisaje que la rodeaba. Su aspecto exterior ofrecía la apariencia de casa fuerte y mansión pacífica, a la vez, con su ancho pórtico y fachada compuesta de dos hileras de a cuatro arcos superpuestas, y sus dos alas de torreones cuadrados; éstos con pequeñas ventanas ojivales y chapitel de estilo gótico, y aquella ornada de un encillo friso de orden dórico. El conjunto era agradable, y a pesar de la notoria falta de unidad, el edificio, construido de piedra calcárea de color amarillo claro, se destacaba armónicamente sobre el verde césped de la colina, cuya suave pendiente expiraba en la vasta planicie, sembrada a trechos de matas o grupos de árboles a manera de gigantescos ramilletes, que daban abrigo y sombra a las numerosas manadas de reses, y a los rebaños menores por el valle esparcidos; ya cuando las nubes se deshacían en abundante lluvia, o cuando los rayos del sol estival en el meridiano caldeaban rigurosamente la atmósfera.

De pie en el arco central que formaba el perístilo de la casa, estaban por una hermosa tarde, ya entrado el otoño, Don Francisco de Valenzuela y el joven cacique Enriquillo, mirando atentamente las evoluciones que un hábil jinete hacía recorriendo la llanura en varios sentidos, montado en una ágil yegua, blanca como la espuma del mar, y cuyas crines ondulaban sobre el gracioso y móvil cuello como las flexibles y altas yerbas de la sabana a impulsos de la brisa.

El gallardo caballero acabó sus atrevidos ejercicios arrancando a escapa tendido hasta hallarse ante el pórtico donde estaban los dos espectadores, y echando pie a tierra oyó con aire satisfecho los cumplidos de Enriquillo y del anciano, a quien dijo:

—Esta yegua es efectivamente una gran pieza y yo daría por ella gustoso mi caballo tordo y dos pares de bueyes a Enriquillo.

—Siendo mía, podeis desde luego llamarla vuestra, Don Andrés —respondió el cacique con afable cordialidad—. No habléis de cambio, ni otro género de interés.

El joven Andrés de Valenzuela, al escuchar el franco lenguaje de Enrique pasó cariñosamente la mano por el enarcado cuello de la bestia, como quien toma posesión de ella; pero el buen anciano, observando su ademán, dijo con alguna acritud:

—Uno y otro estáis muy olvidados de vuestro deber, muchachos. ¿Puedes tú disponer de esa yegua, Enriquillo, siendo

regalo que te ha hecho mi noble amigo el padre Las Casas. . . . ?
¿Puedes tú, Andrés de mis pecados, despojar de su alhaja a Enrique, abusando de su liberalidad. . . . ?

—Padre mío —repuso el joven Valenzuela en tono brusco—; yo le propuse que me la vendiera; nunca entendí quitársela.

—Todo es uno, muchacho; y no debes pensar más en eso —concluyó Don Francisco—. Quiero que Enrique conserve esa yegua para sí y su esposa, cuando se case; exclusivamente, como debe ser.

—Yo pensaba, señor —dijo modestamente Enriquillo—, que no hacía mal en ofrecer esa bestia a Don Andrés. ¿No me habéis dicho que lo trate como a un hermano?

—Sí, muchacho —dijo el viejo suavizando la voz—; pero este caso pide excepción. Esta yegua es el regalo de boda que te hace tu protector, ¿cómo vas a ponerla a disposición de nadie? Toma; lee por tí mismo la carta del padre Bartolomé. Y sacando del bolsillo de su tapardo un pliego lo puso en manos de Enrique, el cual leyó en alta voz lo siguiente:

“Muy querido amigo y mi señor Don Francisco: el portador Camacho os entregará con esta carta una yegua que he comprado ayer, después de haberla visto probar por el regidor Reynoso, que vino conmigo desde Azua, y la cual destino a mi hijo en Cristo, Enrique, cacique del Bahoruco, en calidad de regalo de boda. No he querido confiar su conducción a otro que a mi viejo Camacho, quien podrá de este modo ver su pueblo y sus parientes, como lo desea. Si él quiere y vos queréis, podéis quedaros también con él, mientras yo hago mi viaje a España, adonde me lleva el servicio de Dios, de la humanidad y del Rey”.

En este punto Enrique suspendió la lectura, besó respetuosamente la carta, y la alargó a Valenzuela; pero éste rehusándola, le dijo:

—Continúa, hijo, continúa. Todavía hay cosas que te atañen más de lo que piensas.

El cacique prosiguió leyendo la carta que decía así:

“Como supe en la Yaguana que el pío fray Pedro de Córdova debía irse de aquí a predicar y convertir la gente de Tierra-firme, hube por fuerza de dejar allá a los compañeros, por haber adolecido uno de ellos y faltar las cabalgaduras, y me puse en marcha con toda celeridad por el camino de Careybana, como más directo, acompañado únicamente de mi fiel Camacho, y en cuatro días y medio, sin detenernos en Azua ni en ninguna

parte, llegamos a esta ciudad de Santo Domingo, donde todo lo he hallado en trastorno y confusión a causa del último repartimiento de Alburquerque.

“Con toda esta diligencia que puse, ya fray Pedro se había embarcado, y sólo he debido la dicha de verle a que un fuerte huracán hizo volver su nave al puerto, donde logró entrar de milagro, cuando ya lo juzgábamos perdido con todos sus compañeros, y su comunidad expuso el Santísimo sacramento con rogativas públicas porque se salvaran (96). Gracias sean dadas al Señor.

“El egregio fray Pedro, aunque por durarle todavía las impresiones de su reciente viaje a España desconfía que yo obtenga en la corte nada de provecho para los tristes indios, elogia mucho mi celo y ardimento, por los fuertes sermones que aquí he predicado; y su mucho amor a mí ha crecido tanto que no se cree haber amado más a ninguno de sus frailes (97). Ha designado para que me acompañe en mi viaje a España al buen fray Antón de Montesino, el que primero predicó aquí contra estas diabólicas tiranías, como bien sabéis.

“No os puedo encarecer cuánta ha sido mi pena por no haber podido pasar por la Maguana, dejando de veros y estrecharos en mis brazos como era mi deseo. Espero en el Señor que otro día será. Mientras tanto creo que ya urge llevar a cabo el matrimonio de nuestro Enriquillo. Si viérais a la prometida cuan linda está, y cuan modesta y bien educada, os pasmarías. Yo bien quisiera con toda mi alma asistir a sus bodas, pero me he consagrado a una causa que, como todo lo grande y santo, pide larga copia de sacrificios, y no me pesa de este pesar.

“Ya supe desde la Vera-Paz y luego aquí, que os habíais dado buena mañana para que Alburquerque, influído por las sugerencias del perverso Mojica, no os arrebatara a Enriquillo en su repartimiento, ni la suerte de este nuestro querido cacique sufriera alteración. ¿Creeréis que se atrevieron a pretender que el nombre de Mencía figuraba en la relación del repartimiento, como encomendada a la Virreina? Pero esta dignísima señora puso al infame Alburquerque en el lugar que le correspondía; él quiso disculparse, y echó al agua a su vil instigador Mojica, a quien faltó poco para que el Adelantado lo hiciera rodar por

(96) Histórico.—LUNA CASAS.

(97) Id. Id.

las escaleras de la casa, cuando aquel bribón tuvo la desvergüenza de ir a despedirse de él.

“La señora Virreina me contó esto: piensa como yo que es cosa urgente concluir el matrimonio, no sea que surjan nuevos inconvenientes. Vos veréis lo que mejor os parezca, y obraréis por mí en el asunto, durante mi ausencia; que en último caso, a mi regreso de España lo arreglaremos todo, si antes no puede ser. En cinco o seis días me embarcaré.

“Con esto me despido, y os deseo salud. De Santo Domingo a 15 de Septiembre de 1515.

“Vuestro fiel amigo y capellán, **Bartolomé de Las Casas**, clérigo”.

Enrique acabó de leer, y se quedó profundamente pensativo.

—¿Y qué dices ahora, hijo? —le interpeló Don Francisco—. ¿Pensarás otra vez en deshacerte de tu hermosa yegua?

—Dejaré de ser quien soy, señor, antes que ese animal salga de mi poder —contestó Enrique.

Andrés de Valenzuela dejó vagar una sonrisa equívoca al escuchar el voto de Enriquillo.

I M P R O V I S A C I O N

La Virreina y Las Casas habían convenido en que el matrimonio de Enrique y Mencía se efectuara tres días después de la referida visita que los dos viajeros de la Maguana hicieron con el sacerdote a la casa de Colón. Este concierto no había recibido la menor objeción de parte del principal interesado, Enriquillo, ni de Valenzuela: el primero no tenía voluntad propia cuando su protector, a quien veneraba como a un ser sobrenatural, tomaba por su cuenta lo que al cacique concernía; y el joven hidalgo tenía demasiado interés, como se ha podido ver, en no desagradar a su padre, que le había recomendado absoluta sumisión en todo a las disposiciones de Las Casas.

Este se hallaba, pues, al día siguiente de su mencionada visita a la Virreina, muy ajeno a todo propósito de alterar el acuerdo dicho sobre la boda. Sentado ante una mesa de luciente caoba, se ocupaba en hojear y revisar las ordenanzas sobre encomiendas de indios que aún estaban vigentes en la Española, y de las cuales iba anotando en una hoja de papel aquellas disposiciones más vejatorias, y que por lo mismo reclamaban, a su juicio, con mayor urgencia el planteamiento de las

reformas que los frailes jerónimos traían a su cargo, sin darse prisa de llevarlas a ejecución. La lucha estaba por consiguiente empeñada entre el fogoso filántropo y los morosos depositarios de la autoridad; y cada anotación de Las Casas iba acompañada de un monólogo expresivo, que reflejaba al exterior los movimientos de aquel espíritu generoso, cuanto inflexible para con la injusticia y la maldad.

—¡Eso es! ¡siempre en el tema...! Que los indios de esta Española no son aplicados al trabajo... Item, que han acostumbrado siempre a holgar... Que se van huyendo a los montes por no trabajar... Véis aquí la fama que los matadores dan a sus víctimas. ¡Oh! y qué terrible juicio padecerán ante Dios estos verdugos, por forjar tan grandes falsedades y mentiras, para consumir a estos inocentes, tan afligidos, tan corridos, tan abatidos, menospreciados, tan desamparados de todos para su remedio, tan sin consuelo y sin abrigo. No huyen de los trabajos, sino de los tormentos infernales que en las minas y en las otras obras de los nuestros padecen: huyen del hambre, de los palos, de los azotes continuos, de las injurias y denuestos, oyéndose llamar perros a cada hora; del riguroso y aspérrimo tratamiento a que están sujetos de noche y de día (112).

Por este estilo eran los comentarios del pío sacerdote a todos los yerros e injusticias que iba notando en los trabajos oficiales sobre que versaba su examen; cuando se le presentó Camacho, su indio viejo de confianza, que, como acostumbraba, le tomó gravemente la diestra y se la llevó a los labios:

—Beso la mano a vuesa merced, padre —dijo sumiso.

—El Señor te guarde, buen Camacho; —contestó Las Casas desechando el mal humor que se había apoderado de su ánimo al revisar las inícuas ordenanzas—. ¿Y Enriquillo? ¿y el joven Valenzuela?

—Bien están, señor: Enriquillo aguarda en la posada a que Don Andrés regrese de la calle, para venir juntos a veros...

—¿Y por qué has dejado solo, aburriéndose, al pobre muchacho? —repuso Las Casas.

—Le diré a vuesa merced —contestó Camacho—. Como el señor Don Francisco me recomendó que tuviera cuenta con los pasos de su hijo, y lo observara, y diera cuenta a vuesa merced de cualquier cosa que advirtiera en él que no estuviera en el

(112) Conceptos del mismo Las Casas. *Historia de Indias*, Libro III Capítulo LVI.



orden, yo, que ví a Don Andrés salir anoche ya dado el toque de ánimas, le seguí a lo lejos, y le ví hablar con un sujeto que no pude conocer, y que parece que le aguardaba en la primera esquina: luego que lo ví apartarse de tal sujeto y dirigirse a casa, me volví de prisa e hice como que lo esperaba para abrirle la puerta, que él había dejado entornada; hoy, cuando observé que quiso salir solo, me fuí detrás, y lo ví entrar en una casa de las Cuatro-calles, donde permaneció un buen rato. Así que salió, me esquivé de su vista, pregunté a un transeunte quién vivía en la tal casa, y me dijeron que una señora viuda, de Castilla, que se llama Doña Alfonsa: entonces concebí una sospecha, por cierta historia que me contaron Tamayo y Anica en la Maguana. No perdí de vista la casa por buen espacio de tiempo, y al cabo ví salir de ella, caminando muy de prisa, al señor Don Pedro de Mojica.

—¡Mojica está aquí! —exclamó Las Casas con un movimiento de sorpresa.

—Sin ninguna duda —respondió Camacho— ha debido venir pisándonos las huellas; pues quedaba en San Juan cuando nosotros salimos para acá. Por cierto que la última vez que se incomodó el señor Don Francisco con su hijo fué porque supo que Don Andrés andaba a caballo por los campos, en compañía de aquél mal hombre, a quien de muerte aborrece...

Pero ya Las Casas no prestaba atención a su criado, y poniéndose el manteo precipitadamente, decía como hablando consigo mismo:

—¡Aquí ese malvado! Claro está; ha venido a ver si puede estorbar la boda. Pero a fe mía que todos sus ardides no han de valerle conmigo. Aunque fuera el diablo en persona, juro que esta vez no será como la pasada.

Y seguido de Camacho, que con trabajo guardaba la distancia, el activo sacerdote se dirigió velozmente a la posada de Enrique y Valenzuela, a quienes halló en amistosa conversación, esperando la hora de almorzar.

—A ver, muchachos —les dijo Las Casas sin preámbulos—, vestíos vuestros mejores sayos, y vamos en seguida a almorzar con la señora Virreina.

—¿Es posible...? —comenzó a preguntar Valenzuela.

—Todo es posible interrumpió con fuerza Las Casas— ¡vivos, a vestirse, y en marcha!

Nadie osó replicar, y los jóvenes entraron en su aposento a mudarse de traje: Camacho ayudó en esta operación a Valenzuela, que por usar vestidos más ricos y complicados necesitaba ese auxilio. En cuanto a Enrique, a pesar de las exhortaciones de Don Francisco a que se proveyera nuevamente de vestidos de lujo, persistió en el propósito que había formado cuando se frustró su boda el año anterior, de no alterar en ningún caso su traje sencillo de costumbre, que se componía de calzas atacadas y jubón de paño oscuro de Navarra, con cuello vuelto de tela blanca fina llamada cendal, y un capellar de terciopelo, con gorra del mismo género. Medias de seda negra y calzado a la moda italiana completaban el equipo del cacique, cuyo aspecto gentil y distinguido no perdía nada con la modestia y la severidad de aquellos vestidos.

Pronto estuvo terminado el atavío de los dos mancebos, y Las Casas pareció satisfecho al examinar el de Enrique. Salieron sin demora y a buen paso los tres, y en pos de ellos Camacho, que había recibido de su amo la orden de seguirle.

Ya en casa de la Virreina, Las Casas hizo pasar recado anunciando su presencia: la señora estaba en el comedor, a punto de sentarse con su familia a almorzar. A este acto la acompañaba regularmente el otro tío de su marido, llamado como el Don Diego, hombre de carácter simple y apocado, muy devoto, y que vivía sumamente retraído en Santo Domingo, más metido en la iglesia que en su casa. Acompañaba también a la Virreina el capellán de la casa, clérigo anciano que, fuera de sus funciones sagradas, reducidas a decir la misa todas las mañanas y el rosario todas las noches, era una especie de mueble de adorno, que todo lo veía como si no tuviera alma, indiferente y taciturno.

Las Casas pasó al comedor por invitación de María de Toledo, dejando en el salón principal a sus compañeros.

—¿Nos haréis merced de almorzar con nosotros? —le dijo la Virreina con su genial naturalidad.

—Admiraos de mi atrevimiento, señora —respondió riendo el interpelado—. He venido espontáneamente a almorzar con Vueseñoría ;y no es esto lo peor, sino que he traído conmigo, por mi cuenta y riesgo, dos convidados más.

—Mucho me place la feliz ocurrencia, padre Las Casas— repuso Doña María—, pues gracias a ella, sin faltar a mi duelo por la larga ausencia de mi esposo, voy a tener a mi mesa tan grata compañía.

Permitidme, señora —agregó Las Casas—; os pido que déis orden de que no sea admitido mensaje, ni persona extraña a vuestra presencia, mientras no terminemos el importante asunto que nos conduce hoy a esta casa.

—Me asustáis, padre; mas lo haré como pedís.

—Sé que vais a alegraros, señora —volvió a decir Las Casas.

Y mientras la Virreina ordenaba a un mayordomo que fuera a establecer la consigna de no admisión, Las Casas decía al viejo capellán:

—De quien más necesitamos ahora es de vos, padre capellán.

—Estoy pronto a servirlos, —respondió éste.

Entonces Las Casas refirió a la Virreina su descubrimiento de que Mojica se hallaba en Santo Domingo, intrigando sin duda para volver a enredar la boda de Enrique y Mencía.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó la Virreina cuando estuvo enterada de todo.

—Lo más sencillo del mundo, señora —contestó con la mayor frescura Las Casas—. Ahora mismo se casan nuestros protegidos, y laus Deo.

No dejó de sorprenderse la Virreina con esta súbita resolución; pero reconoció su conveniencia en seguida, y se alegró de poder burlar alguna vez la malignidad de sus enemigos: el capellán se mostró más rehacio y moroso, y mirando con ojos turbados a los dos interlocutores, comenzó a rumiar excusas:

—Pero... yo no puedo —decía—, así de repente... ¿Y si hay oposición... como la pasada?

—¡Hum! padre capellán! —exclamó con vehemencia Las Casas—. Mal me huelen esos reparos de vuesamerced. ¿Estáis o no estáis al servicio de esta casa?

—Sí estoy, padre —contestó con humildad el capellán—; pero los oficiales del Rey...

—Esos no mandan aquí ¿lo entendéis? —replicó Las Casas con voz tonante—. Yo me encargo de todo: ¿haréis o no haréis el matrimonio?

—Yo haré lo que me mande mi señora la Virreina —volvió a decir el pobre hombre—; pero el señor Pasamonte...

—¡Dale! —dijo el impaciente Las Casas—. ¡Ea! venid conmigo; voy a arreglar esto a gusto de todos.

Y tomando del brazo al capellán, casi lo arrastró por fuerza hasta el oratorio de la casa.

—Mandad a este infeliz —dijo a la Virreina que les había seguido sin saber qué decir ni qué pensar, entre risueña y cuidadosa—; mandadle que permanezca aquí tranquilo viendo todo lo que pasa.

En seguida abrió un grande armario que servía para guardar los sagrados ornamentos, sacó de él sobrepelliz, estola y bonete y volviéndose a la noble dama, le dijo:

—Ordenad que venga la novia, como quiera que esté; y venga el señor Don Diego, y el mayordomo, y toda vuestra casa... Capellán, ¿qué tenéis que decir?

—Que yo no respondo de nada —balbuceó el atontado viejo.

—Pues venga el breviario, que yo responde de todo —repuso Las Casas.

La Virreina salió del salón, y a poco volvió a entrar con Mencía de la mano, y seguida del anciano Don Diego, Elvira, sus damas y toda la servidumbre.

Enrique y Valenzuela, sorprendidos, siguieron al mayordomo que fué a requerirles de parte de Las Casas que pasaran al oratorio: cuando vieron aquel aparato y al sacerdote revestido con sus ornamentos, ambos jóvenes palidecieron.

—No os asustéis, muchachos —les dijo sonriendo el ministro del altar—, no se trata de excomulgaros.

Y advirtiéndole a cada cual lo que convenía para el mejor orden de la ceremonia, indicándoles la colocación correspondiente, manejándolos, en fin, como un instructor de táctica a sus reclutas, el denodado Las Casas comenzó y acabó las fórmulas del sacramento matrimonial, haciendo de acólito el viejo Camacho: dió la bendición nupcial a los contrayentes, arrodillados, y concluyó con una sentida exhortación a las virtudes conyugales, usando de términos tan afectuosos y elocuentes, que todos los circunstantes se enternecieron, y las damas llevaron más de una vez el bordado pañuelo a los ojos.

Después, volviéndose a la Virreina y a Valenzuela, que hacían de padrinos, y fijando su penetrante mirada en el sombrío y meditabundo semblante del joven hidalgo, pronunció Las Casas estas palabras con acento solemne y voz vibrante:

—Nada tengo que encarecer a la madrina, que ha sido una verdadera madre para la contrayente. Vos, señor padrino, no descuidéis jamás la obligación, que más que nadie tenéis, de velar por el honor y la felicidad de vuestros ahijados. Si así lo cumpliereis, el Señor de los cielos derrame sobre vos sus bendi-

ciones; mas si faltáis a esta obligación, que os falte la gracia divina y seáis castigado con todo el rigor que en el mundo y en la otra vida, merecen los perjuros.

Luego, como para borrar la impresión de sus últimas palabras, agregó, haciendo el signo de la cruz sobre toda la concurrencia: **El Señor os bendiga a todos** —y quitándose la estola y los demás ornamentos sacerdotales dijo con franca sonrisa a la Virreina:

—Dignaos, noble dama, proseguir ahora vuestro interrumpido almuerzo, y os acompañaremos. Será el banquete de bodas.

Así se hizo en efecto; y el improvisado matrimonio fué celebrado por todos —excepto uno— con la más expansiva alegría. Valenzuela, que era la excepción, hizo cuanto pudo por disimular el despecho de su derrota, exagerando sus finezas y galanterías para con la bella Elvira.

Cuando el capellán pronunciaba la oración de gracias, se presentó un criado, y dijo a la Virreina que el padre Manzanedo, uno de los comisarios de gobierno, había estado a visitarla, y que habiéndosele dicho que la Virreina no podía recibirle en aquel momento, se retiró ofreciendo volver por la tarde.

No sin emoción comunicó la señora este incidente a Las Casas, que al punto dió por sentado que el fraile jerónimo iba con intención de poner algún impedimento a la boda.

—Ved si hemos obrado con acierto dando un corte decisivo al asunto —dijo Las Casas—. Por lo demás, no tenéis que inquietaros; de aquí me iré a ver a los padres jerónimos, y les mostraré las provisiones en cuya virtud he procedido en este caso. Todo quedará terminado satisfactoriamente.

EXPLICACIONES

Una hora más tarde, el cacique, Valenzuela y Camacho estaban en su posada, recapacitando sobre los inesperados sucesos de aquella mañana, a tiempo que el infatigable Las Casas celebraba su importante conferencia con el padre Manzanedo, en las casas de contratación, donde estaban hospedados los padres jerónimos.

Estos habían llegado ya en sus relaciones con el filántropo a ese período embarazoso y difícil en que apenas puede disimularse el desabrimiento y malestar que produce la presencia

de un antagonista. Las Casas no contaba ciertamente entre sus virtudes una excesiva humildad; porque pensaba, y creemos que tenía razón, que ser humilde con los soberbios sólo sirve para engreír y empedernir a este género de pecadores, a quienes conviene, al contrario, abrirles la vía del arrepentimiento haciéndoles sentir lo que ellos hacen padecer a otros. Es un caso moral que el gran filántropo (y nosotros con él), no definía acaso con perfecto arreglo a la doctrina cristiana; lo cierto es que tenía especial complacencia en mortificar la vanidad de los presuntuosos, y dar tártagos, como él los llamaba, a sus poderosos y altaneros adversarios.

Toda su humildad, toda su caridad, toda su ternura las tenía reservadas para los pobres y los pequeñuelos; para los míseros, los afligidos y oprimidos. Eran los que en verdad necesitaban el bálsamo consolador de aquellas virtudes.

Llegó, pues, el padre Las Casas a la, según él mismo nos lo ha hecho saber, fea presencia del padre Manzanedo (113) y después de un "Dios os guarde" dado y recibido recíprocamente con la entonación y el cariño de un "el diablo os lleve", entró en materia el sacerdote, diciendo:

—Aquí me ha traído, padre Manzanedo, el deber de daros cuenta de un acto consumado hoy por mí, a fin de que no haya lugar a ningún *quid pro quo*, ni falso informe.

—Hablad, padre Las Casas —dijo lacónicamente el padre feo.

—Hoy he celebrado el santo sacramento del matrimonio y dado la bendición nupcial, en el oratorio de la señora Virreina, a los nombrados Enrique, cacique del Bahoruco, y Doña Mencía de Guevara.

—¡Qué decís! —saltó muy alborotado el fraile jerónimo: ese matrimonio no debía celebrarse. Había un impedimento dirimente.

Las Casas se sonrió de un modo significativo, al oír esa declaración; y replicó moviendo la cabeza de arriba abajo, con gran sorna:

—Ya sabía yo que algo se fraguaba; bien conozco a Mojica.

—¿Mojica? Eso es —repuso el fraile—: ved aquí su escrito haciendo oposición al matrimonio, en su calidad de tío de la

(113) "..... se contentó y alegró, no de la cara, porque la tenía de las feas que hombre tuvo, Las Casas", Historia de Indias, Libro III, Cap. LXXXVII.

doncella. Esta misma mañana me lo han entregado, y se me encargó por mis compañeros entender en este negocio.

Las Casas tomó el papel y lo leyó rápidamente para sí.

—Esto no es sino un tejido de infames calumnias —dijo devolviendo el documento al padre Manzanedo.

—Sí —contestó éste—, será lo que queráis; pero habéis de convenir en que una información minuciosa sobre esos hechos era necesaria, antes de proceder al matrimonio, y vos habéis incurrido en grave responsabilidad con vuestra precipitación.

—No lo creáis, padre— replicó fríamente Las Casas—; antes bien, por presumir que no faltaría algún enredo de esa especie me apresuré a terminar el tal matrimonio.

—¡Sois un hombre terrible, padre Bartolomé! —exclamó colérico el fraile—. ¿Con qué facultad habéis procedido de ese modo?

—Vedla aquí —dijo Las Casas sacando del bolsillo un pliego sellado con las armas del cardenal Cisneros—. Aquí se me confiere facultad privativa y exclusiva para entender en ese matrimonio y arreglar todas las dificultades que a él pudieran suscitarse; efecto de una precaución acertada de mi parte; porque habéis de saber, padre, que ya pasa de rancia la oposición de Mojica, cuyas intrigas han retardado antes de ahora el suceso, con fines nada santos.

—Parece que destinaba otro esposo a su sobrina —dijo el fray Bernardino dulcificando la voz, a vista del formidable diploma, que ya tenía en las manos; y leyendo su contenido.

—Estáis en regla, padre Las Casas —agregó, devolviéndole la credencial—; pero ¿qué os costaba habernos informado de esto desde el principio? Hubiéramos investigado con tiempo la conducta del cacique, vuestro protegido.

—Por eso mismo, padre, lo dispuse de otro modo: haced enhorabuena la investigación, y ya veréis cuánto y cuán gravemente ha mentido el protervo Mojica, al suponer que Enriquillo haya faltado en lo más mínimo a la honestidad. Harto sabe el malvado que quedará mal; pero quería ganar tiempo para seguir enredando: ya todas sus bellaquerías son inútiles, y la última voluntad de la madre de Mencía queda cumplida.

En resumen, fray Bernardino acabó por convenir en que la boda estaba bien hecha; concibió vehementes sospecha de que Mojica era un bribón, y solamente pidió a Las Casas que le hiciera venir de la Maguana, bajo la firma del señor Valenzuela

y de los regidores de aquel Ayuntamiento, una declaración jurada de que la conducta de Enriquillo era irrepreensible, y de todo punto falso que él se hubiera llevado en calidad de manceba a Anica en su viaje anterior a Santo Domingo; que tal fué el cargo denunciado por Mojica para evitar la boda de su amada sobrina. Entre tanto no llegara a poder de los padres jerónimos ese informe justificativo, el cacique debía permanecer en Santo Domingo, sin usar de ninguno de sus derechos como esposo de Mencía.

C O N F E R E N C I A S

El cacique permaneció en el Hato inspeccionándolo todo hasta la tarde del día siguiente. Visitó La Higuera, y antes de anoecer regresó a la villa.

—No hace mucho rato —le dijo Mencía—, que vino para tí un recado del señor Valenzuela; no hallándote el mensajero, declaró a Doña Leonor que si no regresabas hoy del campo, era preciso mandarte decir que Don Andrés necesitaba hablar contigo mañana, y te aguardará hasta medio día.

—Bien está —contestó Enrique—; preferiría verle esta misma noche, para que la incertidumbre no me perturbara el sueño.

—¿Qué puedes temer? —preguntó la joven esposa, acariciando el negro cabello del cacique.

—El no se que, Mencía —respondió éste—; ¿hay nada más temible?

—Doña Leonor dice que ya sabe algo de lo que te preocupa —agregó Mencía—; y ha salido esta tarde expresamente a completar sus noticias.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Enriquillo—. Así podré aguardar tranquilo la conferencia con el señor Valenzuela.

Era ya noche cerrada cuando volvió a su casa la buena Doña Leonor —única amiga de valimiento con quien contaban en la Maguana los jóvenes esposos, aunque el cacique no desconfiaba todavía de Valenzuela. Tan pronto como vió a Enriquillo, la leal matrona le dijo con aire apesadumbrado:

—Lo he sabido todo: no son gratas las nuevas que os traigo.

Y en seguida refirió a la atenta y silenciosa pareja como la esposa de Don Francisco Hernández, a quien había estado a visitar en la tarde del domingo, la había informado de que, alertados los principales encomenderos por una carta del padre

Las Casas a Enriquillo, la cual se hubo sin explicarse cómo, habían comisionado secretamente al regidor Alfonso Daizla, para que fuera a Santo Domingo a contrarrestar los trabajos del padre en daño de los colonos de la Maguana, y a desvanecer las quejas que suponían haber escrito el joven cacique, a quien todos habían cobrado por lo mismo grande aversión. El regidor Daizla regresó de su comisión el sábado por la tarde, muy complacido, pues los jueces y oficiales reales lo despacharon con todo favor, y le dieron cartas para las autoridades de San Juan, mandándoles que no consintieran novedad alguna en la policía y administración de las encomiendas, y que si alguna reforma de las antiguas ordenanzas se había introducido por cualquier persona, la revocaran del todo y se atuvieran a guardar el orden establecido. Las Casas se había ido derrotado para España, según agregó Daizla.

El cacique oyó con gran suspensión de ánimo el relato de Doña Leonor: bien supo comprender a primera vista la intensidad de la borrasca que se le venía encima; pero no dejó traslucir ninguna muestra de debilidad, y replicó sosegadamente:

—Una cosa me agrada y me conforta, en medio de la pena que me causa el injusto enojo que existe contra mí. El padre Las Casas, mi buen protector, no me olvidó, como llegué a temerle: ¡cuánto daría por leer su carta!

—Salí esta tarde con esperanzas de conseguirla —repuso Doña Leonor—; pues Beatriz, la esposa de Hernández, me aseguró que estaba en manos de Sotomayor; pero éste me dijo que la había devuelto, sin expresar a quién. Me reprochó además que yo te tratara con amistad, y como volví por tu defensa diciéndole que quisiera ver esa carta, segura de que ha sido mal interpretada, tuvimos un altercado sobre el asunto, y nos separamos no muy satisfechos el uno del otro.

—¡Cuánta bondad, señora! —exclamó el cacique—; pero a fé que me hacéis justicia. No merezco que se me trate como a enemigo, por haber querido obrar con prudencia y rectitud, cumpliendo mi deber.

Y Enrique narró punto por punto la materia de su carta a Las Casas, explicando su móvil y objeto.

—No creo que esto vaya muy lejos, hijo —concluyó Doña Leonor—; pero de todos modos, y suceda lo que sucediere, nunca llegará a faltarnos mi amistad, por estos asuntos de vil interés.

—¡Que el cielo derrame sobre vos todos sus favores señora! —dijo Enriquillo a la bondadosa dama—. Sin vos aquí, mi pobre

Mencia no tuviera en San Juan una sola amiga que disipara el hastío de su soledad.

—Soy yo la que agradecida —replicó la viuda—, debo bendecir a la Providencia, que me ha deparado esta criatura angelical como amiga y compañera.

Es de suponer que el cacique dormiría mal aquella noche: presentía la proximidad de una gran crisis en su existencia. Como era su costumbre, abandonó el lecho a la primera luz del alba, y aunque el aire estaba frío y la tierra humedecida por la lluvia, salió a caballo a recorrer los campos inmediatos, cediendo a la necesidad de buscar en el movimiento y el ejercicio del cuerpo un paliativo a la violenta agitación de su ánimo. Regresó al lado de su esposa cuando ya el astro rey llenaba con su luz todo el espacio; y después de tomar un ligero desayuno, mudó de traje y se fué a ver a Valenzuela.

Este no había salido todavía de su aposento —ya tuvimos otra ocasión de saber que no era madrugador—; pero el criado que lo asistía estaba advertido del llamamiento hecho a Enriquillo, y habiendo anunciado a su amo la visita del cacique, dijo a este que podía penetrar en el dormitorio del joven hidalgo. Valenzuela, a medio vestir, afectando amistosa familiaridad, recibió a Enriquillo con estas palabras:

—Muy temprano has venido, cacique, y no era del caso tanta prisa. El objeto que he tenido en hacerte llamar, es participarte que estamos emplazados nosotros dos, para comparecer el jueves —pasado mañana— a las diez del día, ante el teniente Gobernador.

—Y podréis decirme cuál es la causa de ese emplazamiento? —preguntó el cacique.

—Según parece —dijo con aire indiferente Valenzuela—, los visitantes nos acusan de haber infringido las ordenanzas vigentes sobre el repartimiento.

—¿Y qué tienen que ver los visitantes con vos, conmigo, ni con los indios de mi cargo? —repuso sin inmutarse Enriquillo.

—Eso es lo que sabremos el jueves en la audiencia del teniente Gobernador —respondió Valenzuela—; lo que ha llegado hasta ahora a mi noticia es que La Higuera da mucho que decir porque suponen que aquella manera de vivir los indios es un mal ejemplo para los demás, y que están fuera del orden regular.

—No lo creeréis vos así —dijo el cacique—, pues sabeis que vuestro buen padre, que Dios haya, fundó La Higuera por cumplir con las últimas ordenanzas; y además, por su muerte, todos aquellos encomendados suyos son y deben permanecer libres.

—Yo no tengo que discutir esa materia contigo, cacique —replicó secamente el hidalgo—; no he estudiado el punto lo suficiente para tener una opinión ya formada sobre él; y por lo mismo he de atenerme a obedecer estrictamente lo que la autoridad ordenare en definitiva.

—Pero ¿y la voluntad expresa de vuestro padre? —objetó Enriquillo con asombro.

—Sobre la voluntad de mi padre están las leyes, cacique, —arguyó con énfasis el hipócrita mancebo—, y seguramente no pretenderás que yo me subleve contra ellas.

Enrique no volvió a decir una palabra. Conoció que Valenzuela no hacía sino recitarle una lección aprendida y ensayada, y que aquel era el principio de las hostilidades activas contra su reposo y contra su libertad. Meditó un momento con tristeza sobre las desventajas y los compromisos de su situación. Ausentes Las Casas y el Almirante; la Virreina sin poder ni crédito, según se lo había declarado en su lacónico billete, y él rodeado de enemigos influyentes, que tenían a su disposición numerosos medios de hacerle daño, la lucha se le presentaba imponente, amenazadora, y con las más siniestras probabilidades en contra suya. Tenía, no obstante, fé robusta en la providencia de Dios y en su justicia, y se consolaba con el pensamiento de que Las Casas vivía, y que se acordaba de él. Ostentó pues, en el semblante valerosa resignación, y puso término al prolongado silencio que había sucedido a la última declaración de Valenzuela diciendo con entereza:

—Muy bien, señor; el jueves al medio día concurriré a la audiencia del señor teniente Gobernador.

Dichas estas palabras en son de despedida, salió con aire tranquilo y paso firme de la estancia. El maligno mozo, que acaso sentía el malestar de la vergüenza desde que hizo saber al cacique su intención de posponer la voluntad paterna a lo que fementidamente llamaba autoridad de las leyes, no bien se vió libre de la presencia de Enriquillo, respiró con fuerza, y recordando su natural desparpajo e impudencia, hizo un gesto de feroz alegría, y dijo a media voz:

—¡Anda, perro indio! Ya domaremos ese orgullo.

DERECHO Y FUERZA

A las preguntas que Mencía y Doña Leonor hicieron a Enriquillo sobre la conferencia con Valenzuela, el cacique respondió sóbriamente, diciendo que debía concurrir a la citación oficial del jueves, y que hasta entonces no sabría el objeto de esa demanda, "aunque —agregó—, no creo que sea para nada bueno".

—La joven esposa, después de escucharle con interés, miró fijamente en sus ojos, y le dió estas palabras, en tono de reproche:

—Cuando Dios te dé alegrías, Enrique, guárdalas, si así fuere tu voluntad, para tí solo; pero de tus penas y cuidados nunca me niegues la parte que me corresponde.

—No, Mencía —replicó Enriquillo con voz conmovida—; aunque quisiera, no podría ocultarte nada mío. Engañarte sería más cruel para mí, que verte compartir mis sufrimientos.

—Prométeme, pues —insistió Mencía—, que me contarás todo lo que suceda en la audiencia del teniente Gobernador.

—Prometido, y no hablemos más de eso hasta entonces —concluyó Enrique.

La autoridad que ejercía Pedro de Badillo, teniente Gobernador de la Maguana, le había sido conferida por el Almirante Don Diego Colón; pero como suele verse con harta frecuencia, en los días de prueba, el desgraciado favorecedor halló ingratos en muchos favorecidos suyos, y Badillo fué de los primeros que acudieron solícitos a consolidar su posición formando en las filas de los que combatían al que se la proporcionó, tan pronto como la fortuna, que nunca se mostró muy amiga de la casa de Colón, volvió de una vez las espaldas al pobre Don Diego. Las demás condiciones morales de Pedro de Badillo armonizaban con esta feísima nota de ingratitud, que solo se halla en los caracteres bajos y protervos. Como no podía menos que suceder, dadas estas premisas, Badillo parecía forjado a propósito para ser íntimo amigo de Mojica y del joven Valenzuela. Los tres no tardaron por consiguiente en concertarse y aunar sus miras, sino lo que tardaron en conocerse y apreciarse recíprocamente.

Enriquillo se encaminó solo a la casa del teniente Gobernador, el día de la cita y a la hora señalada. Hiciéronle aguardar breves instantes, y luego lo introdujeron en la sala donde tenía aquel magistrado su tribunal, que así podía llamarse en razón

de la diversidad de funciones que el tal empleo asumía, una de las cuales era tener a su cargo la vara o autoridad de justicia. El cacique se presentó con su aire habitual, sin altivez y embarazo: halló con Badillo a los regidores y el escribano del Ayuntamiento; a los visitantes Cabeza de Vaca y Joval, y sentados a par de estos a Valenzuela asistido de su ad-látère Mojica. Nadie se tomó el trabajo de ofrecer asiento a Enriquillo, que por lo mismo permaneció de pie —como el reo que va a sufrir un interrogatorio— en mitad del recinto.

Badillo ordenó al escribano que leyera las piezas que encabezaban aquel proceso: hízolo así el oficial de injusticia, leyendo primeramente el edicto de los jueces de apelación, con firma ejecutiva de los oficiales reales, mandando que las ordenanzas del repartimiento del año XV se mantuvieran en toda fuerza y vigor, anulándose toda innovación o reforma indebidamente introducida en el régimen de las encomiendas, y restituyendo éstas a su prístino y antiguo estado, donde quiera que hubiesen recibido cambio o alteración, por convenir así al real y público servicio. Siguió después la lectura de un auto o mandamiento del teniente Gobernador, requiriendo a los visitantes de indios de su jurisdicción que, según era su deber, informaran sumariamente cuál era el estado de las encomiendas, y si había alguna en la Maguana que se hallara fuera de las condiciones exigidas por el edicto superior de referencia. Leyóse en seguida el informe de los visitantes, en que certificaban que todas las encomiendas de su cargo estaban en perfecto orden y según las ordenanzas del año 14, con la única excepción de la que entonces fué hecha en favor de Don Francisco de Valenzuela, cuyos indios estaban fuera de los términos de toda policía legal habiendo observado por sí mismos el desorden y abandono en que vivían, holgando por su cuenta como moros y sin señor (agregaban); haciendo lo que bien les placía; juntos en un caserío donde los habían visto jugando a la pelota en cuadrillas de hombres y muchachos, corriendo y haciendo algazara, sin que nadie se ocupara en cosas de utilidad ni provecho material o espiritual, etc., etc.

Por último, el escribano leyó el auto de convocatoria a los referidos funcionarios, y el de emplazamiento a Andrés de Valenzuela, hidalgo, en calidad de heredero de los indios de su difunto padre, y a Enrique, cacique del Bahoruco, que gobernaba y administraba los dichos indios, encomendados en cabeza suya.

Terminada la prolija lectura, el teniente Gobernador dirigió la palabra a Valenzuela, interrogándole en estos términos:

—Señor Andrés de Valenzuela: habéis oído los cargos que os resultan por el descuido y mal gobierno de los indios que heredasteis, de la encomienda de vuestro difunto padre. ¿Teneis algo que decir para justificaros? Porque os advierto —agregó Badillo afectando gran severidad en su tono y aspecto—, que en cumplimiento de las órdenes rigurosas que habeis oído leer de sus señorías los jueces y oficiales reales, ese escándalo debe cesar en la Maguana, y si vos no acreditais capacidad para tener vuestros indios bajo buena y concertada disciplina, os serán quitados, y repartidos a quien mejor los administre.

—Señor —respondió Valenzuela en tono humilde—; yo he conservado los indios en el mismo orden y estado que los dejó mi difunto padre, que Dios haya; y así continuarían si ahora no fuera notificado que es contra fuero y derecho. Más, en cuanto a quitármelos, no lo creo justo, estando como estoy dispuesto a acatar lo que ordenan las superiores autoridades.

—Ya lo oís cacique —dijo Badillo inmediatamente—: serviréis con vuestros indios a este señor Valenzuela en igual forma y manera que sirven en la Maguana todas las cuadrillas de indios. Soy responsable del orden y la buena conducta de los indios que administráis, y se os ha citado para amonestaros por primera vez; si se repite la menor queja sobre las zambras que suelen armarse en vuestro aduar de **La Higuera**, se os impondrá severo castigo.

Enriquillo, que desde el principio y durante la lectura de documentos había opuesto la más impasible serenidad a la predisposición hostil y al propósito de humillarle, que eran manifiestos en los individuos de aquella asamblea, lo escuchaba todo con tranquila atención. De pie, algo adelantada la rodilla derecha, y reposando el bien formado busto sobre el cuadril izquierdo; en la diestra el sombrero de anchas alas, generalmente usado en San Juan, y los brazos caídos con perfecta naturalidad, su actitud así podía denotar la humilde resignación como un majestuoso desdén. Al oír los cargos que en su informe hacían los visitantes a la pequeña colonia de **La Higuera**, vagó una ligera sonrisa por sus labios, dejando entender que había previsto la extraña acusación. Cuando Badillo interpelló a Valenzuela, miró a éste fijamente, y no apartó más de él los ojos hasta que hubo acabado su breve descargo; y como quien espera que le llegue su turno para hablar. Pero la declaración dura, precisa y con-

cluyente del teniente Gobernador, dió al traste con su admirable paciencia y compostura. Se irguió bruscamente desde que oyó las primeras palabras que con voz áspera le dirigía Badillo, y aguardó hasta el fin, con el oído atento, inclinada la cabeza hacia el hombro derecho, fruncidas las cejas, la vista inmóvil, y mostrando en todo su ademán la vehemente ansiedad y la gran concentración de su espíritu en aquel momento.

Acabó de hablar el tiranuelo, y la sorpresa, la indignación de Enriquillo estallaron en estas palabras, dichas con toda la energía y la solemnidad de una protesta:

—No teneis razón ni derecho para amenazarme así, señor teniente Gobernador. No tienen razón ni derecho los señores visitantes, en hablar mal de **La Higuera**; no le tiene nadie en considerarnos como sujetos a ley de encomienda a mí ya los indios que fueron de mi buen protector Don Francisco de Valenzuela...

Y como si este nombre hubiera evocado repentinamente sus sentimientos afectuosos, se volvió al que indignamente lo heredara, y suavizando el irritado acento le dijo:

—A vos que sois su hijo os tocaba haber explicado a estos señores el error en que se hallan. El os encargó al morir que me considerarais como vuestro hermano, y nunca esperé ver que permitirais a nadie tratarme como siervo, cuando sabéis que soy libre, y que lo son como yo los indios de **La Higuera**.

Valenzuela tartamudeaba algunos monosílabos, sin acertar a formar un concepto cualquiera, cuando una voz agria y chillona intervino diciendo irónicamente:

—¡Libres! Ya veis las pretensiones que tiene el mozo... Hermano de su señor, nada menos. ¡Buen ejemplo para los demás caciques! —El que así hablaba era Mojica.

—Mas, vos, ¿con qué derecho os entrometeis aquí, señor hidalgo? —le dijo Enrique exasperado.

—¡Ya lo sabrás a su tiempo, rey de **La Higuera**! —contestó malignamente Mojica.

—Ese señor hidalgo —dijo Badillo con severidad al cacique—, está aquí con sobrado título y derecho. Habladle, pues con respeto.

—Yo guardo mi respeto para los hombres de bien, señor teniente Gobernador —replicó Enriquillo recobrando su aire tranquilo e impassible.

—¿Queréis ir de aquí a la cárcel? —le preguntó mal enojado Badillo.

—Os pido que seais justo, —respondió con sosiego Enrique—. Yo soy libre: mis indios se repartieron por una sola vida. La Higuera se hizo por obra y gracia a mi patrono el difunto Don Francisco, y después trajeron los padres Gobernadores una ordenanza nueva para que todos los indios vivan como allí se vive...

—¿Holgando y vagando?... —interrumpió el odioso Mojica.

—No; trabajando con buen orden y bien tratados —contestó sin mirarle el cacique—; no como esclavos. Los señores visitadores fueron a La Higuera el domingo por la tarde, y hallaron divertida la gente, como de costumbre, después de santificar el día en la ermita, hasta las diez de la mañana. Hubieran ido allá un día de trabajo, hoy por ejemplo, y hallarían a todos ocupados en sus faenas.

—¿Qué faenas son esas? —preguntó Badillo.

—Labores de campo, y algunos oficios —contestó Enriquillo—. ¿Veis esas jarras de barro que están en aquella ventana para refrescar el agua que bebeis? Son fabricadas en La Higuera. Allí se hacen hamacas de cabuya que no desdeñais para vuestro descanso. No hay casa en San Juan que no tenga además alguna silla de madera y esparto, o alguna butaca de cuero con espaldar de madera cincelada, de las que se fabrican en La Higuera. ¿No visteis sobre la puerta grande de la ermita en San Francisco de bulto? —agregó volviéndose a Hernando de Joval—; pues lo hizo con sus manos uno de aquellos pobres indios.

—Algún mamarracho... —dijo burlándose Mojica.

—Como vos —respondió friamente Enriquillo; y esta agudeza espontánea hizo reír a toda la grave concurrencia a costa del chocarrero hidalgo.

—Todo eso estará muy bueno, cacique —dijo Badillo con menos aspereza—; pero ya lo veis, no puede continuar así. Vos estais equivocado: el repartimiento no se hizo por una sola vida, y después se ha aclarado que fué por dos. Sabéis escribir; lo que teneis que decir podeis decirlo por escrito para proveer despacio; pero entretanto, ha de cumplirse lo que está mandado. Servid con vuestros indios al señor Valenzuela, y no seais soberbio.

—Y este documento ¿nada vale? —volvió a decir Enriquillo, sacando de su jubón la copia que le había dado Las Casas de las instrucciones llevadas a Santo Domingo por los padres jerónimos, y adelantándose a entregar el papel a Badillo.

El mandarín lo recorrió con la vista rápidamente, y luego lo hizo circular de mano en mano, haciendo cada cual una breve inspección de su contenido, y devolviéndolo como asunto cancelado. El teniente Gobernador, a quien fué devuelto al fin el documento, preguntó entonces con frialdad a Enriquillo:

—Y esto ¿qué tiene que hacer aquí?

—Ahí se declara que los indios sean libres —respondió Enrique— formen pueblos hasta de trescientos vecinos, y trabajen para sí, pagando solo tributos al Rey; se manda además que el cacique principal tenga cargo de todo el pueblo, y que con parecer del padre religioso, y un administrador del lugar, nombre el dicho cacique mayor los oficiales para la gobernación del pueblo, así como regidores, o alguacil, u otros semejantes (131).

—¿De dónde sacasteis este documento? —volvió a preguntar Badillo.

—A su final está expreso —satisfizo el cacique.

Badillo miró al pie del escrito, y leyó estas palabras inteligentemente:

“Y para los fines que puedan convenir a Enrique, cacique del Bahoruco, y a los indios que de él dependan, libro esta copia yo, el protector de los indios por sus Altezas, en Santo Domingo a 28 de enero de 1517”.

“Bartolomé de Las Casas, clérigo”.

—Pues este escrito —agregó Badillo alzando la voz—, y el que lo firma, y los que lo escribieron, no valen aquí nada.

Y diciendo estas palabras, rasgó el papel, y lo redujo a menudos fragmentos.

—¡Bien! ¡Muy bien! —exclamaron todos los circunstantes, excepto Enriquillo, que viendo a Alonso de Sotomayor aplaudir como los demás, se volvió a él increpándole:

—¿Es posible, señor Don Alonso, que vos también halléis justo lo que conmigo se hace? No oísteis a vuestro buen amigo el señor Don Francisco decir que yo era de hecho y de derecho libre, en el punto y sazón que él iba a pasar de esta vida?

—Mi amigo no pudo querer desheredar a su hijo —contestó con dureza Sotomayor, en quien las pasiones del colono interesado anulaban la honradez y bondad natural del hombre—; y aun

(131) Histórico. Sacado de la instrucción dada a los p. p. jerónimos por Cisneros y Adriano.

cuando encargó que fueses bien tratado, no pudo querer autorizarte a perjudicar a los demás.

—¿En qué perjudico yo a nadie, señor? —preguntó Enriquillo con tristeza.

—Con pretender novedades, y valerte de papeles como ese que se acaba de destruir, para perturbarnos a todos —respondió el injusto viejo.

Bien comprendió Enriquillo que Sotomayor se refería a su correspondencia con Las Casas; pero no queriendo causar disgusto a Doña Leonor, revelando que sabía el incidente de la carta interceptada, no se dió por entendido, y guardó silencio.

—Es por lo visto inútil, cacique —dijo tras breve pausa el teniente Gobernador, —que me presentéis escrito, ni hagais diligencia alguna. Vuestros fundamentos ya están condenados como nulos. Aveníos a servir con vuestros indios al señor Valenzuela, e id con Dios.

Enrique bajó la cabeza, meditabundo, y salió lentamente de la sala.

—Este cacique es muy ladino; y necesita de que se le sofrene con mano dura; ya lo veis, señores —dijo Mojica sentenciosamente, cuando se hubo ausentado Enriquillo.

—No le dejéis pasar una, Valenzuela —agregó Badillo, y aquellos irritados encomenderos repitieron uno por uno, al despedirse del joven hidalgo, la innecesaria cuanto malévola recomendación.

EL BAHORUCO

Era en los primeros días del otoño; pero el otoño, en los valles afortunados de la Maguana, ni amortigua el verde brillante de las hierbas que esmaltan las llanuras, ni en los sotos despoja a los árboles de su pomposo follaje. Más bien parece que toda aquella vegetación, sintiendo atenuarse el calor canicular de los rayos solares, viste los arreos que en otros climas están reservados a la florida primavera, para tributar en festivo alarde su homenaje de gratitud al fecundo Principio Creador.

Dotado Enriquillo de sensibilidad exquisita, y capaz por su deliado instinto como por la superioridad de su inteligencia, de ese entusiasmo sencillo, cuanto sublime, que genera el sentimiento de lo bello, olvidaba sus penas al recorrer, seguido del fiel Tamayo, y del no menos fiel mastín que solía acompañarle,

por una mañana sin nubes, aquellas dilatadas y hermosas praderas, donde la vista se esparce con embeleso en todas direcciones, y se respira un ambiente embalsamado; y las auras, rozando con sus alas invisibles las leves y ondulantes gramíneas, murmuran al oído misteriosas e inefables melodías.

En el seno de aquellos esplendores de la naturaleza, el cacique experimentaba la necesidad de expandir en la comunicación con otro ser inteligente y sensible sus gratas impresiones; y creyendo que Tamayo era capaz de reflejarlas, que experimentaría como él la sensación halagüeña de respirar con libertad en medio de aquel vasto espacio, embellecido con todos los primores de la fauna y la flora tropicales, trataba de poner su espíritu en íntima comunión con el de su adusto compañero, evocando su admiración cada vez que se ofrecía a sus extasiados sentidos un objeto más peregrino o seductor que los demás del vistoso y variado panorama. Pero sus tentativas en este sentido siempre salían frustradas, y Tamayo, parodiando sin saberlo a un célebre varón ateniense, era el hacha de los discursos entusiastas de Enriquillo. Llamaba éste la atención del rudo mayoral hacia los fantásticos cambiantes del lejano horizonte, y obtenía esta helada respuesta:

—Si llegamos allá no hallaremos nada: eso parece, y no es. ¡Así son las esperanzas del triste indio!

Volvía Enriquillo a la carga al cabo de un cuarto de hora:

—Esta linda sabana, Tamayo, es de las que hacen creer al padre Las Casas que en nuestra hermosa tierra estaba el paraíso de Adán.

—Pero nosotros los indios somos como el padre Adán después del pecado —respondió el inexorable Tamayo.

—Mira allá a lo lejos —insistía Enriquillo— aquellas alturas: repara cómo con la luz del sol que les da de lleno, parecen una ciudad con grandes edificios, como los de Santo Domingo.

—Que buenos trabajos y buenas vidas han costado a los pobres indios —replicaba el empedernido misántropo.

Cansado Enrique de tan persistente manía, dejó de tocar las indóciles fibras de la inerte admiración de Tamayo, y guardó para sí solo en adelante sus originales y poéticas observaciones.

El siguiente día al declinar el sol llegaron a la gran sierra del Batoruco. Cuando iban a penetrar por uno de sus tortuosos y estrechos desfiladeros, el cacique hizo alto, su mirada brilló con insólito fulgor, y estas palabras salieron grave y acompasadamente de sus labios:

—Oye, Tamayo: desde aquí es preciso que te desprendas de tu mal humor. Se acabó la contemplación desinteresada de la risueña naturaleza: quiero estudiar palmo a palmo, de un lado a otro, a lo largo y a lo ancho, esta serranía del Bahoruco, dominio y señorío de mis mayores: quiero ver si reconozco alguno de los sitios en que, niño, vagué contigo, siguiendo a mi cariñoso tío Guaroa, por estas recónditas soledades. A esto es a lo que en realidad he venido, y no a dar caza a los infelices hermanos nuestros que huyen de la servidumbre.

—¡Enriquillo! —exclamó Tamayo con júbilo, al escuchar esta declaración—. Al fin te acuerdas de tu raza, y te resuelves a salir del poder de Valenzuela? ¿Nos quedaremos en estas inaccesibles montañas?

—Poco a poco, Tamayo —respondió Enrique—; vas muy de carrera. Todo es posible; pero hasta ahora no estamos en el caso de pensar en alzarnos; no. ¡Plazca al cielo que ese extremo no llegue! —agregó con angustiado acento.

—Bien sé que no llegará nunca para ti, Enriquillo —dijo Tamayo sarcásticamente.

—Yo mismo no lo sé, loco ¿y pretendes tú saberlo? —repliqué Enrique—. Sí te declaro que jamás daré motivo de arrepentimiento a mis bienhechores, dejándome ir a la violencia, en tanto que haya una esperanza de obtener justicia.

—Pues yo te digo, Enriquillo, que abusarán de ti hasta más no poder; buscarás esa justicia que dices, y no la encontrarás.

—Quedan todavía cuatro o cinco horas de día —contestó Enrique mudando bruscamente de tono—: visitemos toda esta parte de la sierra hasta que venga la noche, y continuaremos mañana nuestra exploración.

Desde que se internaron en la cordillera comenzaron a ver indicios de que en ella se albergaban muchos indios alzados, de lo cual pronto obtuvieron completa certidumbre por informes de algunos viejos, parientes o amigos de Tamayo, que vivían ostensiblemente en los sitios menos agrestes, cuidando cerdos y cabras por encargo de algún colono que los dedicaba a esta atención. Fácilmente consiguieron, por medio de estos mismos habitantes de la montaña, ponerse en comunicación con algunos de los fugitivos de La Higuera, a quienes Enriquillo reprendió con bondad por haberle abandonado y expuesto a la cárcel y a otros sufrimientos. Lloraron amargamente los pobres indios al reconocerse culpables para con su cacique, y se ofrecieron a seguirle todos a la Maguana, o a hacer lo que él quisiera.

—¿Volver allá? no —les dijo Enriquillo—; recios castigos os aguardan, y yo prefiero consideraros rescatados de la servidumbre a costa de mi prisión y de los demás disgustos que he sufrido a causa de vuestra fuga. Permaneced por aquí bien ocultos; cultivad vuestros conucos en lo más intrincado y secreto de estos montes, y cuidado de que yo os encuentre fácilmente, cada vez que tenga necesidad de vosotros.

Los prófugos besaron humildemente las manos al cacique, prometiéndole cumplir sus instrucciones punto por punto; y los dos exploradores pudieron proseguir con mayor holgura, y conducidos por guías perfectamente prácticos, la minuciosa investigación de muchos picos, laderas, barrancos y precipicios de aquel confuso laberinto de montañas; en cuyo trabajo emplearon cinco o seis días, sin que les faltara el necesario sustento, que en abundancia les proporcionaba la rústica hospitalidad de los moradores del Bahoruco. Enriquillo parecía encantado con la variedad de objetos y accidentes de aquella original excursión, cuyo fin verdadero no se atrevía a confesarse a sí mismo: los puros aires de la sierra devolvían la salud y el vigor a sus miembros, y el mismo Tamayo, libre de su mal humor habitual, se hacía locuaz y expansivo, hasta el punto de reír abiertamente de vez en cuando.

MALAS NUEVAS

Era imposible que en el corto espacio de tiempo que Enriquillo había destinado a la exploración de sus montañas nativas, adquiriera un conocimiento cabal de aquella vasta sierra, cuyo desarrollo se dilata por más de veinte y cinco leguas corriendo de levante a poniente, y sus estribaciones alcanzan en muchas partes cinco y seis leguas de norte a sur. Pero la sección que había logrado visitar era de por sí muy extensa, y quizá la más accidentada de la cordillera; bastando al cacique aquel estudio práctico para quedar bien orientado de todo el contorno, y con la seguridad de que con Tamayo y los demás guías que tenía a su disposición, le sería sumamente fácil el acceso a cualquier otra localidad de la agreste serranía.

Ordenó, pues, el regreso a la Maguana, a pesar de las reclamaciones de Tamayo, a quien parecía demasiado pronto para poner término a tan agradable excursión. Enriquillo dió punto a todos sus reparos con esta sencilla pregunta:



—¿Te parece que puedo estar tranquilo y gozoso lejos de mí Mencía?

Y con toda la celeridad de que eran capaces los excelentes caballos que montaban (133) salieron por la tarde de las montañas, volvieron a las llanuras, y durmiendo pocas horas en el camino, al siguiente día llegaron a **La Higuera**.

Enriquillo se desmontó rápidamente a la puerta de su casa, y corrió ansioso al interior llamando a Mencía; pero a sus voces sólo respondió tristemente el anciano Camacho, que salió al encuentro del cacique, y le hizo saber que la joven esposa había ido con Anica a San Juan, a aguardar su vuelta del Bahoruco en casa de Doña Leonor Castilla; que la cuadrilla vacante estaba toda en el Hato, y Galindo preso en la cárcel de la población; por lo que él, Camacho, habiendo quedado solo en **La Higuera**, no había podido enviar recado a Enriquillo, para enterarle de la gran novedad que había ocurrido en su ausencia.

Apenas hubo acabado el viejo su rápido relato, Enriquillo, que le había escuchado con atención y febril impaciencia, volvió a montar en su generoso caballo, e hincándole reciamente las espuelas, partió a escape, siempre seguido de Tamayo, en dirección de la villa, adonde llegó antes que el sol al ocaso. Abrazó a su tierna esposa, en cuyo semblante se veían patentes las huellas de un profundo pesar, y oyó de sus labios la narración extensa del suceso, que Camacho no había hecho sino indicarle sin precisión.

Dos días después de haberse ausentado Enriquillo, Valenzuela y Mojica, acompañados de dos estancieros, se presentaron en **La Higuera**. Uno de los estancieros o calpisques (134), reunió a todos los indios, sin distinción de edad ni sexo, y por orden de Valenzuela se encaminó con ellos a el Hato. Solamente quedaron Camacho y Anica en la casa del cacique, acompañando a Mencía; pero a poco espacio los dos caballeros, con su doble autoridad de señor el lugar el uno, y de tío de la joven dama el otro, intimaron al viejo y a la muchacha que les dejaran a solas con Mencía, para tratar asuntos de que nadie más que los dos hidalgos y la esposa del cacique debían tener conocimiento. Camacho salió de la casa y Anica se retiró a un cuarto inmediato, adonde poco después la siguió Mojica; porque habiendo hecho vanos esfuerzos para conseguir que su sobrina entrara en conversación con él, y

(133) Era ya en aquel tiempo (1518-19) muy abundante y de buena raza el ganado caballar en la Española.

(134) Calpisque, la peor especie de verdugos conocida— Dice Las Casas.

obstinándose Mencia en guardar absoluto silencio, se levantó despechado, y salió de la sala diciendo a la taciturna joven estas palabras: —“Ya tendréis que entenderos con Valenzuela”.

Lo que pasó después, según la narración de Mencia a su esposo, fué que Valenzuela, presentándole un escrito, le rogó que lo firmara por su bien; que ella leyó el papel y vió que contenía una declaración bajo juramento, de que el cacique su marido la trataba muy mal, obligándola a vivir en una pajiza cabaña en **La Higuera**, cuando podían vivir en el Hato, o en la villa, e imponiéndole otras muchas penitencias y privaciones; por lo que pedía a la justicia que la separasen de él, y le nombrasen curador especial. La joven señora se había negado rotundamente a firmar semejante infamia, y entonces Valenzuela, amenazándola y tomándola por un brazo sin miramiento alguno, quiso arrancarle por fuerza la firma; pero ella, resuelta a no ceder, pidió a gritos socorro, y a sus voces acudió Anica, forcejando con Mojica que pugnaba por contenerla; mientras que por la puerta principal aparecieron Camacho y Galindo, armado este último de un nudoso garrote, con el cual cayó furiosamente sobre los dos viles hidalgos, dislocando el hombro derecho a Valenzuela, y descalabrando malamente a su cómplice.

Anica y Camacho no dejaban de tener parte en la hazaña del intrépido Galindo, por cuanto el viejo, con una agilidad increíble en sus años, corrió a prestar ayuda a la muchacha, y ambos se aferraron fuertemente del contrahecho Mojica, que por lo mismo no tuvo libertad para sacar la inútil espada, cuando cargó sobre él Galindo, después de dejar mal parado a Valenzuela. En cuanto a éste, el vivo dolor que le produjo su inesperada contusión tampoco le permitió otra cosa, cuando se repuso de su primera sorpresa, que increpar con voz terrible al atrevido naboria, prometiéndole que lo haría ahorcar. El esforzado muchacho le contestó con gran frescura: “Eso será mañana”. Sobrevino entonces tardíamente el otro mayoral, que por acaso se había apartado un tanto de la casa, y viendo aquel espectáculo y el aire de rebelión de Galindo, a la voz de Valenzuela cerró con él, y le hirió con su espadón en la mano izquierda; pero el intrépido indio se volvió contra su agresor, y de un recio garrotazo en la cabeza lo postró en tierra. Anica, con admirable serenidad, asió entonces del brazo a Mencia, y escoltadas por el fiero Galindo emprendieron ambas el camino de la villa, sin que el molido y medio atónito Valenzuela intentara oponérseles.

Camacho entonces, tranquilo, si no del todo satisfecho, se puso a curar a los heridos, comenzando por el asendereado y yacente caballero Mojica, de quien el viejo curandero dijo con mucha sorna a Valenzuela:

—Este señor hidalgo va a quedar señalado para toda su vida: hay aquí una oreja que nunca recobrará su forma natural... Si el palo de ese loco sube una pulgada más, tendríamos que llorar muerto a este bendito señor Don Pedro de Mojica.

R E C T I F I C A C I O N

El precedente relato es un resumen fiel de lo que el cacique oyó parcial, pero acordemente, de los labios de Camacho, Mencía y Anica, quienes siguiendo el parecer de Doña Leonor, que abrió sus brazos con regocijo a la amiga que volvía a buscar su refugio entre ellos, se pusieron de acuerdo para omitir en su narración a Enriquillo, cuando éste regresara del Batoruco, aquellas circunstancias que pudieran llevar la exasperación al ánimo del joven cacique. Reintegraremos en todo su punto la verdad, rectificando o más bien completando sucintamente aquella relación convencional de los sucesos.

Desde que Camacho vió al estanciero de Valenzuela ordenar que la cuadrilla de indios saliera para el Hato, presumió que se trataba de algún mal propósito contra Doña Mencía, y tuvo industria para dar a Galindo la consigna de evadirse del cumplimiento de aquella orden, y estar sobre aviso. Luego que Mojica hizo salir al mismo Camacho de la casa, éste se ocultó en una choza vecina, de donde pudo oír la voz de Mencía; y reuniéndose al punto con Galindo, que también estaba oculto cerca de allí, obraron en perfecta combinación según se ha escrito.

Por lo que respecta a la escena entre Valenzuela y Mencía, hubo una circunstancia gravísima. El joven hidalgo, tan pronto como se vió a solas con la peregrina beldad, y autorizado a todo por Mojica, creyó haber llegado al logro del objeto que más le preocupaba; y que la codiciada mujer de quien sabía que era aborrecido, estaba en sus manos, enteramente a discreción de sus torpes deseos.

Hízole efectivamente leer el papel en que se contenía la deshonra de Enriquillo y de la misma Mencía; y mientras ésta tenía fijos los hechiceros ojos en aquellas líneas, trazadas con tinta menos negra que el alma del que las dictara, el liviano man-

cebo, éste devorando con la vista los encantos de la hermosísima joven, aguardaba ansioso, jadeante, a que concluyera su lectura.

Cuando Mencía devolvió secamente el escrito, diciendo que no lo firmaría aunque le arrancaran la vida, el inflamado libertino le respondió con vehemencia:

—¿Qué me importa ese papel? Mencía, tened compasión de mi y no me hagais con vuestro odio el más infeliz de los hombres... ¡Vos, reducida a vivir en esta miserable cabaña, por desdenar mi pasión; por negaros a usar de los bienes que pongo a vuestros pies!... ¡Vos, llenando de hiel este corazón que os adora, y siendo la causa de los sufrimientos que pesan sobre vos misma y sobre el que llamáis vuestro esposo!... Sí, Mencía: de vos depende la suerte de Enriquillo y vuestro propio bienestar. Soy capaz de todo lo malo por haceros mía: vuestro amor, la dicha de poseeros, haría de mí el mejor entre los buenos... ¡Sed piadosa, como sois bella...!

Mencía escuchaba tal lenguaje inmóvil, espantada. Comprendía que lo que pasaba en aquel terrible momento era un acto premeditado, y entraba en su ánimo el terror, creyéndose a la merced de aquel hombre, que con cínica expresión le declaraba que era capaz de todo. Vaciló sobre el partido que debía tomar, y al cabo hizo un movimiento para huir; pero Valenzuela se abalanzó a ella como el tigre a su presa; la tomó por un brazo, y atrayéndola violentamente a sí, estrechó la bellísima cabeza contra su aleve pecho, e imprimió un ósculo de fuego en los inertes labios de Mencía.

Entonces fué cuando la joven prorrumpió en un grito agudo, penetrante, lleno de angustia; y haciendo un esfuerzo desesperado, logró desasirse de los brazos del vil corruptor.

Lo demás fué como queda anteriormente referido. Mencía repitió con todas sus fuerzas, dos y tres veces seguidas, la voz de ¡socorro! con acento desgarrador; al mismo tiempo que esquivaba el contacto del audaz Valenzuela, que insistía en su persecución, hasta que le contuvo la inesperada presencia de Galindo y Camacho, recibiendo el violento golpe que le asestó el robusto naboria, antes de que se diera cuenta de aquella súbita agresión.

Nuestras investigaciones no han alcanzado a saber de un modo cierto lo que pasó entre Mojica y Anica antes de llegar al ruidoso desenlace de la tentativa de Valenzuela. Ella contaba que el repugnante hidalgo había pretendido reanudar la pasada

amistad, haciéndole mil reflexiones y deslumbradoras promesas, a las que ella estuvo aparentando que prestaba atento oído, hasta que Mencía alzó el clamor pidiendo auxilio. Es un hecho averiguado que la joven india detestaba al grotesco galán; en lo que no hacía cosa de mérito, porque el hombre era más feo que el padre Manzanedo; y por lo mismo debemos creer a Anica todo lo que le plugo referir, sobre su honrada palabra.

Enterado Badillo del percance de sus amigos, aquella misma tarde hizo buscar a Galindo, y ponerlo en la cárcel aherrojado con el mayor rigor.

DESAGRAVIO

Cuando Enriquillo escuchó de boca de su consorte la relación, discretamente modificada, del atentado cometido contra su persona, sintió agolparse toda su sangre al corazón; un temblor nervioso se apoderó de sus miembros, y quedó por buen espacio como atónito y fuera de sí. Poco a poco dominó su emoción, recobró la aparente serenidad, y al cabo interrogó a Anica; apuntó varias notas en una hoja de papel, y negándose a tomar alimento alguno, se encaminó a la calle al toque de oraciones.

—Mira lo que vas a hacer, Enrique —le dijo cuidadosa Mencía.

—Queda tranquila, cielo mío —contestó él—; voy a ver si hay justicia en la Maguana.

Al salir de casa de Doña Leonor halló en la puerta a Tamayo, que habiendo oído atentamente la narración que del suceso hizo Camacho, estaba envidioso de la suerte de Galindo, y tenía esperanzas de que se presentara alguna otra oportunidad de repartir palos.

Tan pronto como vió al cacique le dirigió la palabra con voz bronca, preguntándole:

—¿Dónde vas, Enriquillo?

—A ver si hay justicia en San Juan —respondió el cacique, repitiendo lo que dijera a su esposa.

—¿Y si no la hallas? —insistió Tamayo.

—La iré a buscar a Santo Domingo —volvió a responder Enriquillo con gran tranquilidad.

El impaciente mayoral dió una violenta patada en el suelo, mas reponiéndose en seguida preguntó de nuevo:

—¿Y si no la hallas?

—Entonces, Tamayo, será lo que Dios quiera —concluyó Enrique, siguiendo su camino.

Se dirigió a la casa del teniente Gobernador, que estaba a la mesa con varios amigos. Uno de éstos era Mojica, que con la cabeza llena de vendajes hacía gala de valor, negándose a guardar cama. Enriquillo tuvo que esperar más de media hora a que acabara la cena, y mientras tanto pasó por el suplicio de escuchar confusamente la voz agria y chillona de aquel monstruo, refiriendo a su manera la rebelión de La Higuera; y las frecuentes carcajadas con que los comensales acogían los chistes y agudezas del hidalgo-histrión. Levantóse al fin Badillo, y fué a la sala donde estaba el cacique, preguntándole con muestras de afabilidad qué se le ofrecía. Enriquillo le denunció lo ocurrido entre Valenzuela y su esposa, según obraba en su noticia, y acabó por formular tres peticiones; la una, que Galindo fuera puesto inmediatamente en libertad; las otras, que se quitara a Valenzuela todo cargo o intervención en los bienes de Mencía, y se diera por terminada la dependencia o sujeción del mismo Enrique y sus indios a un señor que se conducía tan indignamente.

Badillo acogió con sarcástica sonrisa la exposición de Enriquillo, y le preguntó si tenía pruebas de lo que se atrevía a decir contra su patrono.

Al oír la helada cuestión, el cacique respondió con sosegado, pero firme acento, estas palabras:

—Vos sabéis tanto como el que más, señor teniente Gobernador, que he renunciado a mis derechos personales no una, sino muchas veces; que en parte por gratitud a la memoria veneranda de Don Francisco de Valenzuela, y en parte por sentir que pesaba sobre mí una mala voluntad general, he soportado cuantas injusticias se ha querido hacerme; prisión, malos tratamientos e injurias de quien ni por ley ni por fuero tenía facultad para exigir mis servicios. Sabéis que soy incapaz de urdir mentiras, y acabáis de oír a ese infame señor Mojica hacer motivo de risa en vuestra mesa, lo que es causa de dolor y desesperación para mí. Lo que no sabéis, señor teniente Gobernador, es que yo había puesto por límite a mi paciencia el respeto a mi esposa, y que estoy resuelto a que se nos haga reparación cumplida en justicia, para lo cual está constituida vuestra autoridad en San Juan de la Maguana.

El tono reposado, digno, solemne, con que Enriquillo enunció su corto y expresivo discurso, hizo impresión en el ánimo de Badillo, que escuchaba sorprendido aquel lenguaje lleno de elevación, en un sujeto a quien se había acostumbrado a mirar como a un ente vulgar y falto de carácter. Pero como Badillo era un malvado, en la más lata acepción de la palabra, en vez de sentirse inclinado a retroceder en el sendero de la iniquidad, su orgullo satánico se sublevó a la sola idea de que un vil cacique, según calificaba a Enriquillo, tuviera razón contra él, y pretendiera sustentarla con la entereza que denotaban las palabras del ofendido esposo. Contestóle, pues, con afectado desprecio y grosería, que son el recurso habitual de las almas cobardes y corrompidas, cuando se sienten humilladas ante la ajena virtud:

—¿De dónde os viene esa arrogancia y desvergüenza, cacique? ¿Pretendéis que saque de la cárcel a ese criminal muchacho, que ha tenido la osadía de poner las manos sobre su mismo amo, y apalea al respetable Don Pedro? Antes cuidado vos de no ir a hacerle compañía, como bien lo merecéis.

—Esa es en verdad, señor Badillo —dijo con voz vibrante el cacique—, la justicia que siempre esperé de vos. Pronto estoy a sufrirla, si os place cumplir vuestra amenaza; mientras los verdaderos criminales son vuestros íntimos amigos, y comen a vuestra mesa.

—¡Hola! —exclamó irritado Badillo—; alguaciles de servicio, llevad a ese deslenguado a la cárcel!

Aparecieron instantáneamente dos esbirros, y cada cual asió de un brazo a Enriquillo, que se dejó conducir por ellos sin oponerles la menor resistencia.

Tamayo, que le había seguido y aguardado en la calle con inquietud el resultado de la visita al teniente Gobernador, cuando vió que el cacique iba preso se acercó a pedirle sus órdenes.

—Avisa a Mencía, y que no se intranquilice —fué el único encargo que Enriquillo hizo al fiel mayoral.

Pero éste, una vez cumplida la recomendación, volvió a llevar al desgraciado cacique cena y cama. Enriquillo dejó una y otra intactas, y además rehusó obstinadamente el ofrecimiento que el leal Tamayo le hizo, de quedarse con él en la cárcel.

RECURSO LEGAL

Duró tres días la prisión de Enriquillo, al cabo de los cuales, sin ceremonia ni cumplimientos, le fué restituída su libertad; si libertad podía llamarse aquella tristísima condición a que el infeliz cacique estaba sometido. Al volver a abrazar a su desconsolada esposa, tanto ésta como Doña Leonor vieron con secreta inquietud que ni en su rostro, ni en sus maneras, había la más leve señal de ira o remordimiento. Una impasibilidad severa, una concentración de espíritu imponente era lo que caracterizaba las facciones y el porte del agraviado cacique. Tranquilamente reunió en torno suyo a los seres que por deber o por cariño compartían sus penas y podían comprenderlas. Mencía, Doña Leonor, Camacho, en primer término, y con voz deliberativa; Tamayo y Anica en actitud pasiva y subalterna, compusieron aquella especie de consejo de familia.

Enriquillo anunció su propósito de ir a la ciudad de Santo Domingo a pedir justicia ante los jueces de apelación contra Badillo y Valenzuela; y como la discreta Doña Leonor contestara reprobando el propósito, que en su concepto solo habría de dar por resultado una agravación de las persecuciones que sufría el cacique, éste replicó diciendo que de no intentar aquel recurso de reparación legal, estaba en el caso de quitar la vida a uno de los susodichos tiranos, o más bien a su intigador y cómplice, Mojica; y esto lo dijo Enriquillo con tan terrible acento de inquebrantable resolución, que a nadie pudo quedar duda de que lo había de poner por obra. Tamayo dejó asomar una sonrisa de feroz satisfacción en su angulosa faz, al oír la formidable amenaza del cacique; y el viaje de éste quedó decidido con unánime aprobación; aunque el suceso acreditó más adelante el prudente reparo de Doña Leonor.

Dió Enriquillo orden a Tamayo para que le aprestara cualquier cabalgadura, a fin de salir de San Juan al despuntar la aurora el día siguiente; y el leal servidor le hizo saber que esto era algo difícil, porque Valenzuela había hecho que sus estancieros recogieran todos los caballos útiles que había en *La Higuera*, sin excepción de propiedad ni destino, pasándolos a el Hato, con prohibición de que nadie se sirviera de ellos sin su previo permiso. Precaución aconsejada por Mojica, para quitar a Enriquillo todo medio de acudir a quejarse a la capital, como

no dudaba que lo intentaría, al saber en qué términos había hecho su demanda ante Badillo.

Entonces resolvió Enrique hacer su viaje a pie; y como Doña Leonor le dijera con mucho calor que eso no había de suceder, teniendo ella a su disposición varias bestias de excelentes condiciones, Enriquillo la tranquilizó explicándole que el irse a pie era de todo punto necesario, para frustrar cualquier plan que sus enemigos tuvieran trazado con el fin de impedirle su viaje, como permitía suponerlo aquel estudio en privarle de cabalgadura.

La observación no admitía réplica; y el infeliz cacique Enrique, solo, cubierto de andrajosos vestidos y llevando una alforja al hombro, se despidió con enteraza de la llorosa y acongojada Mencía y de aquel limitado círculo de amigos, y salió de San Juan furtivamente, como un criminal que huye del merecido castigo; él, que no abrigando en el generoso pecho sino bondad y virtudes, maltratado y escarnecido por los que sobre él ejercían la autoridad en nombre de las leyes y de la justicia, se obstinaba en conservar su fe sencilla en la eficacia de la justicia y de las leyes; y arrostrando trabajos y privaciones iba a buscar su amparo a muchas leguas de distancia.

Llegó a la capital en menos de cuatro días de marcha, y fué bien recibido y hospedado en el convento de los dominicos, por los píos y virtuosos padres fray Pedro de Córdoba y Antón de Montesinos, que conocían al joven cacique y le apreciaban por amor a Las Casas. Ellos acogieron sus quejas, se hicieron partícipes de su justa indignación, y lo consolaron con paternal solicitud. Después fué a visitar a su madrina y protectora Doña María de Toledo, que le dió larga audiencia con su acostumbrada cariñosa benignidad, informándose minuciosamente de cuanto podía afectar la suerte del cacique y de Mencía, a quienes de todo corazón amaba la noble Virreina. Al saber de boca de Enriquillo la situación a que los tiranos de la Maguana lo tenían reducido, y viéndole en tan infeliz estado, la sensible esposa de Diego Colón vertió amargo llanto, y sintió más que nunca la impotencia en que ella misma yacía, experimentando los efectos de la iniquidad que se había entronizado en la Española.

Sus recomendaciones, no obstante, y las de los dos eminentes frailes domínicos, proporcionaron a Enriquillo un punto de apoyo en el juez de residencia Alfonso Zuazo, contra el desprecio

y la indolencia de los jueces superiores ordinarios, que, o no se dignaban escucharle, o cuando alguna vez conseguía hacerse oír de ellos lo despedían desdeñosamente, objetándole falta de pruebas, o que no iba en forma; frase forense que equivalía a decirles que pusiera su asunto en manos de procuradores y abogados, y se volviera a su lugar a dormir hasta el día del juicio. Zuazo, único hombre recto y justiciero entre aquella turba de prevaricadores, pronto hubo de reconocer que sus fuerzas no eran suficientes para luchar contra el desbordado torrente de vicios y pasiones que afligía a la colonia; y mermado su crédito en la corte por las intrigas de los oficiales reales, se limitaba a hacer el bien que buenamente podía. Compadeciéndose de las desgracias de Enriquillo, y no le ocultó la dificultad de encontrar el remedio que buscaba; por lo cual le aconsejó mucho que perseverara en su templanza al entregarle una carta oficial, llamada *de favor*, para el teniente Gobernador Badillo, la cual consiguió del nuevo juez de gobernación (135) licenciado Figueroa; remitiendo otra vez a aquella autoridad el asunto del quejoso cacique, con encargo de que le administrara cumplida justicia.

Pobres eran por consiguiente las esperanzas del infortunado Enriquillo al emprender su regreso a San Juan, con solo aquella provisión irrisoria por todo despacho. En su despedida de la Virreina obtuvo nuevas demostraciones de amistad de la ilustre señora, que le entregó un pequeño crucifijo de oro como recuerdo de su parte para Mencía. Elvira no le escaseó tampoco las muestras de buen afecto; aunque no las dió de juicio, recomendando al joven que se reconciliara con Valenzuela, de quien no creía que tuviera mal corazón.

Fué después el cacique a besar las manos a los frailes sus amigos, en ambos monasterios, dominico y franciscano; y cuando estos santos varones, movidos a honda lástima por la injusticia de que le veían siendo víctima, le encarecían contra todo evento la paciencia y esperanza en Dios, Enriquillo les contestaba invariablemente, alzando los ojos al cielo.

—Tomo a Dios por testigo de mi desgracia. Sedlo vosotros, padres, de que me sobra razón para dejar de tenerla.

Y se volvió tristemente para la Maguana.

135) Así lo llaman los oficiales reales en carta al Emperador, fecha 28 de enero de 1520.



ULTIMA PRUEBA

Un mes duró en todo la ausencia de Enriquillo de San Juan. Más triste fué, si cabe, el regreso que la partida: se arrojó en los brazos de su amante esposa, que lo aguardaba contando las horas; y las primeras palabras que profirió revelaron su profundo desaliento:

—¡No hay esperanzas para nosotros, Mencía de mi alma! ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido en este viaje! ¡Qué amargas reflexiones he venido haciendo por ese camino, que jamás me ha parecido tan largo!

—¿Nada pudiste conseguir? —le preguntó tímidamente Mencía.

—Esto es todo —respondió él triste, sacando de su alforja el pliego de Justicia mayor Figueroa (136)—. Una carta de favor para el mismo Badillo, remitiendo otra vez a este tirano mi queja. Nuestros protectores nada pueden; ellos mismos padecen injurias... Si no fuera por ti, Mencía amor mío —continuó con exaltación el cacique— ya todas las tiranías y las infamias hubieran acabado para mí: yo alzaría la frente de libre con justa altivez, y nadie pudiera jactarse, como se jactan ahora, de que tu esposo el cacique Enriquillo no es sino un miserable siervo.

A estas palabras, Mencía se estremeció como la gentil palmera al primer soplo de la tempestad.

—¿Qué dices? ¿Soy yo la causa de tus humillaciones? —preguntó a su marido con vehemencia.

—Sin ti, Mencía, una vez que esta carta de favor fuera despreciada por Badillo, yo no sufriría más baldones. Me iría a las montañas.

—¿Y por qué no lo haces, y me llevas contigo? —repuso la joven con exaltado acento—. Jamás hubiera sido yo quien se lanzara en esa vía; pero siendo ese tu sentir, yo te declaro con toda la sinceridad de mi corazón, que prefiero vagar contigo de monte a monte, prefiero los trabajos más duros y hasta la muerte, a que vivamos aquí escarnecidos y ultrajados por el villano Valenzuela y los que se le parecen.

(136) Justicia Mayor se llama a sí mismo Figueroa en una información y sentencia dada por él en 1520. Pág. 379. Doc. Inéd.

Enrique oyó sorprendido esta enérgica declaración, que nunca osó esperar de su tímida consorte; y luego, tomándola en sus robustos brazos como toma la nodriza afectuosa al tierno infante, la besó con efusión. Pasado este movimiento de entusiasmo y recobrando la calma reflexiva que presidía a todas sus resoluciones, notificó al reducido conciliábulo, compuesto de Doña Leonor, Mencía y Camacho, su propósito de hacer la última prueba de paciencia, entregando la carta de favor a Badillo, y ateniéndose al resultado.

—¿La última prueba? —replicó la generosa Doña Leonor—. Dices bien, Enriquillo; y dice bien este ángel. Por no ver tanta iniquidad, yo misma sería capaz de irme con vosotros a las montañas.

A pesar de la exaltación que denotaban estas explícitas declaraciones, se acordó no decir nada a Tamayo, que estaba a la sazón en *La Higuera*, por temor de que se alborotara más de lo conveniente.

Ansiosos los ánimos quedaron en expectativa del éxito que tuviera la carta de favor; y al día siguiente Enriquillo, con el traje modesto y severo que usaba en las grandes ocasiones, fué a casa del teniente Gobernador, que tan pronto como alcanzó a verlo, le dijo en alta voz y en son de reproche.

—¡Hola, buena pieza! ¿Ya estás por aquí? Pensábamos que os habíais alzado.

—Ya veréis por este documento que os equivocáis, señor —contestó Enrique; y le entregó la provisión que le diera Zuazo.

Badillo la leyó con atención, y volvió a mirar detenidamente a Enriquillo, midiéndole con vista airada de pies a cabeza. Meditó breve rato, y por último dijo al cacique:

—Cada vez extraño más vuestro atrevimiento, Enriquillo. ¿Habéis visto a *vuestro señor*?

—No conozco la ley que dé ese título para conmigo a nadie. ¿Habláis acaso del señor Andrés de Valenzuela? —contestó Enrique.

—Altanerillo me andáis, cacique. De Valenzuela hablo, repuso Badillo—, que os ha reclamado ante mi autoridad como prófugo.

—Ya veis que se engañaba —volvió a decir Enriquillo.

—Sea; mas no por eso dejaréis de ir desde aquí a su presencia. ¡Con Dios! —acabó desabridamente Badillo.

Y al punto ordenó a dos de sus alguaciles que fueran custodiando a Enriquillo, hasta ponerlo a la disposición de su amo el señor Valenzuela.

Así lo hicieron los esbirros, o hablando con más propiedad, el mismo cacique fué muy de su agrado a cumplir el mandato de la autoridad. Valenzuela lo recibió con sañudo talante, y dando a su voz todo el volumen y el énfasis de que era susceptible, dijo a Enriquillo:

—Deseo saber, señor bergante, dónde habéis estado en todo este tiempo.

—Fuí a Santo Domingo a quejarme de vos y del señor Badillo —contestó Enrique sin vacilación ni jactancia, como quien presenta la excusa más natural del mundo.

—¿Y qué obtuvisteis, señor letrado? —preguntó Valenzuela burlándose.

—Una simple carta de favor —dijo el cacique—, de la cual no ha hecho caso el señor Badillo, quien manda ponerme a vuestra disposición.

—¿Es por soberbia, o por humildad, que así me respondéis? —volvió a preguntar Valenzuela, no acertando a definir la naturaleza de las contestaciones de Enriquillo.

—Haced de mí lo que os plazca, señor. Sólo sé decir la verdad.

—Iréis a la cárcel, Enriquillo, para corregir vuestro atrevimiento.

—Si no es más que eso, vamos de aquí —dijo el cacique a sus guardianes.

—Es algo más que eso— agregó Valenzuela despidiéndole, ponédle en el cepo, y que pase en él la noche.

Con esto, alguaciles y prisionero se retiraron a cumplir la orden del insolente hidalgo. Enriquillo manifestó, no ya mera tranquilidad, sino una satisfacción extraordinaria; y en tanto que caminaba con paso igual y seguro en medio de los ministriles, repetía, como hablando consigo mismo:

—¡Ya lo veis, Don Francisco, basta! ¡He cumplido con vos más allá de lo que hubiérais exigido, y basta Don Francisco, basta!

Los esbirros escuchaban con extrañeza este monólogo, y el uno dijo a su colega, llevándose un dedo a la sien con aire de lástima:

—¡Está loco!

A L Z A M I E N T O

Acaso logra el águila prisionera romper las ligaduras con que una mano artificiosa la prendiera en traidora red; y entonces, nada más grato y grandioso que ver la que fué ave cautiva, ya en libertad, extender las pujantes alas, enseñorearse del espacio etéreo, describir majestuosamente amplios círculos, y elevar más y más el ráudo vuelo, como si aspirara a confundirse entre los refulgentes rayos del sol.

Aun no hacía ocho días que Enriquillo, el abatido, el humillado, el vilipendiado cacique, había salido de la inmunda cárcel, donde lo sumieran el capricho y la arbitrariedad de sus fieros cuanto gratuitos enemigos. Cada minuto, de los de esa tregua de libertad ficticia, fué activa y acertadamente aprovechado para los grandes fines que revolvía en su mente el infortunado siervo de Valenzuela.

Tamayo se multiplicaba, iba, venía, volvía, corría de un lado a otro con el fervor de la pasión exaltada, que ve llegar la hora de alcanzar su objeto. Enriquillo ordenaba, mandaba, dirigía, preveía: Tamayo ejecutaba sin réplica, sin examen, con ciega obediencia, todas las disposiciones del cacique. Este era el pensamiento y la voluntad, aquél, el instrumento y la acción. Lo que en una semana prepararon e hicieron aquellos dos hombres, se hubiera juzgado tarea imposible para veinte en un mes.

La fuga a las montañas estaba decidida; pero se trataba de un alzamiento en forma, una redención, mejor dicho. Enriquillo no quería matanza, ni crímenes; quería tan sólo, pero firme y ardorosamente, su libertad y la de todos los de su raza. Quería llevar consigo el mayor número de indios armados, dispuestos a combatir en defensa de sus derechos; de derechos ¡ay! que los más de ellos no habían conocido jamás, de los cuales no tenían la más remota idea, y que era preciso ante todo hacerles concebir, y enseñárselos a definir, para que entre en sus ánimos la resolución de reivindicarlos a costa de su vida si fuere necesario. Y ese trabajo docente, y ese trabajo reflexivo y activo, lo hicieron en tan breve tiempo la prudencia y la energía de Enriquillo y de Tamayo combinadas.

Un día más, y la hora de la libertad habría sonado; y mientras Enrique, seguido de dos docenas de indios de a pie y de a caballo, transportaría a Mencía a las montañas del Bahoruco, otros muchos siervos de la Maguana, en grupos más o menos

numerosos, se dirigirían por diversos caminos al punto señalado, y el valeroso Tamayo, con diez compañeros escogidos por él, aguardaría a que la noche tendiera su negro manto en el espacio, para caer por sorpresa sobre la cárcel, y arrebatarse a Galindo del oscuro calabozo en que el desdichado purgaba su fidelidad y abnegación, hasta tanto que el juzgado superior confirmara el fallo de Badillo condenándole a pena de horca.

La Higuera era el sitio donde se reunían los principales iniciados en la conjuración, para dar los últimos toques al plan trazado por Enriquillo. Allá habían vuelto pocos de los indios que Valenzuela hizo conducir a el Hato; lo que atenuando la vigilancia de los feroces calpisques, facilitaba la adopción de medidas preparatorias que en otro caso no hubieran dejado de llamar su atención. Allí estaban congregados los caciques subalternos Maybona, Vasa, Gascón, Villagran, Incaqueca, Matayco y Antrabagures (137), todos resueltos a seguir a Enriquillo con sus tribus respectivas. Allí también los caciques de igual clase, Baltasar de Higuamuco, Velázquez, Antón y Hernando del Bahoruco, que con algunos otros debían quedarse tranquilos por algún tiempo, con el fin de proveer de armas, avisos y socorros de todo género a los alzados, a reserva de seguirlos abiertamente en sazón oportuna. Otros caciques, llamados Pedro Torres, Luis de la Laguna y Navarro (138), tomarían a su cargo llevarse consigo al Bahoruco los magníficos perros de presa de Luis Cabeza de Vaca y de los hermanos Antonio y Jerónimo de Herrera, ricos vecinos y ganaderos de la Maguana, a quienes estaban encomendados los referidos caciques.

Estas disposiciones comenzaron a recibir puntual ejecución desde la noche siguiente.

Enriquillo fué por la tarde a la Villa a tomar consigo a Mencía, quien se despidió amorosamente de su buena amiga Doña Leonor. Esta hizo que el cacique le prometiera enviarle muy pronto, con las necesarias precauciones, un emisario discreto, para enterarla del éxito de su alzamiento; y ofreció a su vez hacer en toda la Maguana y escribir a Santo Domingo la defensa de aquella resolución extrema, para que todos supieran

(137) Todos estos nombres son de caciques que figuran en el repartimiento de San Juan de Maguana, por Alburquerque.

(138) Id. Id.

con cuánta razón la había adoptado su infeliz amigo. Enrique, penetrado de honda gratitud, besó la mano a aquella generosa mujer, y partió con su esposa para *La Higuera*.

Hicieron sin pérdida de tiempo sus preparativos para la fuga: las santas imágenes domésticas, las ropas y los efectos de mayor aprecio y utilidad de ambos esposos, en bultos de diversos tamaños, fueron confiados a unos cuantos mozos indios, ágiles y fuertes. Mencía también fué conducida en una cómoda litera, llevada por un par de robustos naborias que no sentían incomodidad ni fatiga con aquel leve y precioso fardo; otros llevaban del diestro dos o tres caballos destinados a relevos, y entre los cuales lucía el dócil y gallardo potro, regalo de Doña Leonor a Mencía, cubierto de ricos jaeces, para el uso de la joven señora. Anica montaba con desembarazo una excelente cabalgadura, y Enriquillo cerraba la marcha con cuatro jinetes más y el resto de la escolta a pie, todos perfectamente armados.

En el orden referido salieron de *La Higuera*, donde quedaba casi solo el buen Camacho, que incapaz de abandonar el sitio que le dejara su amo, después de hacer cristianas advertencias a Enriquillo, permanecía orando fervorosamente en la ermita, por el éxito feliz de su formidable empresa. Era noche cerrada cuando los peregrinos se pusieron en marcha, sin que los confiados opresores llegaran a sospechar siquiera el propósito de las víctimas, conjuradas para recuperar su libertad.

La parte del proyecto encomendada a Tamayo fué la que presentó mayores dificultades. Cierto que la cárcel estaba flojamente custodiada por media docena de guardias que tenían casi olvidado el uso de sus enmohecidos lanzones; pero aquella noche quiso la casualidad, o diablo, que nunca duerme, que el teniente Gobernador y los regidores de la villa dieran un sarao en la casa del Ayuntamiento, situada a corta distancia de la cárcel, festejando oficialmente la investidura imperial del Rey Don Carlos de Austria (139).

Tamayo no encontró, pues, a la media noche, cuando fué con sus hombres a libertar a Galindo, la soledad y las tinieblas que debían ser sus mejores auxiliares; y comenzaba a desesperarse por el contratiempo, cuando le ocurrió un ardid que llevó a cabo inmediatamente.

(139) La investidura oficial y solemne fué el 28 de junio de 1519. Desde la muerte de su predecesor Maximiliano, en 1517, se consideró electo a Carlos, y se le dió el título de Majestad Imperial, según atrás se dijo.

Dispuso que dos de sus compañeros fueran a poner fuego a la casa de uno de los pobladores que él más aborrecía por sus crueldades, y en tanto que se ejecutaba la despiadada orden, él, con su gavilla, se quedó oculto detrás de la iglesia, esperando el momento de obrar por sí.

No pasó media hora sin percibirse el rojo reflejo de las llamas coloreando con siniestro fulgor las tinieblas de la noche. Entonces Tamayo corrió al campanario de la iglesia, que no era de mucha elevación, y tocó a rebato las campanas, dando la señal de incendio.

Los encargados de la autoridad salieron todos precipitadamente a llenar, o hacer que llenaban, el deber de acudir al lugar del incendio. Siguiéronles en tropel todos los caballeros y músicos de la fiesta, y en pocos de éstos los guardianes de la cárcel abandonaron su puesto para ir también a hacer méritos a los ojos de sus superiores. Esto era precisamente lo que previó y esperaba Tamayo. Corrió como una exhalación adonde estaban los suyos, y cargando todos a un tiempo con las férreas barras de que estaban provistos, hicieron saltar a vuelta de pocos esfuerzos las puertas de la cárcel, penetraron en su interior, y Tamayo voló a la mazmorra en que yacía el pobre Galindo, aherrojados los pies con pesados grillos. Sin detenerse ni vacilar, el fuerte indio tomó en brazos a su compañero, subió en dos saltos las gradas de la mazmorra, y salió con su carga de la cárcel, seguidos de toda la partida expedicionaria, antes de que nadie pudiera darse cuenta del audaz golpe, y cuando el incendio estaban aun en su apogeo. Los demás presos se quedaron por un instante suspensos, y pasado un buen rato fué cuando los más listos y deseosos de salir de aquel triste lugar, siguieron las huellas de sus inopinados libertadores.

Otros presos más tímidos permanecieron allí temblando y dieron cuenta de lo ocurrido, después que sofocado el incendio volvieron a sus puestos con aire de triunfo el alcaide y los guardias, quienes se llenaron de estupor al encontrarse con las prisiones forzadas y todo el establecimiento en desorden. El teniente Gobernador y los regidores recibieron aviso inmediatamente; y una estruendosa alarma, cundiendo al punto de casa en casa, mantuvo en vela por todo el resto de la noche a los asombrados habitantes de San Juan de la Maguana.



LIBERTAD

Las majestuosas montañas del Bahoruco se presentaron a las ávidas miradas de los infelices que iban a buscar en ellas su refugio, al caer la tarde que siguió a su nocturna emigración de la Maguana. Viendo en lontananza aquella ondulante aglomeración de líneas curvas que en diversas gradaciones limitaban el horizonte al oeste, destacándose sobre el puro azul del éter, Vasa, uno de los caciques indios de la escolta, detuvo su caballo, señaló con la diestra extendida la alta sierra, y pronunció con recojimiento estas solemnes palabras: *¡Allí está la libertad!* Los demás indios oyeron esta expresiva exclamación conmovidos, algunos la repitieron maquinalmente, contemplando las alturas con lágrimas de alegría. Entonces Enriquillo les habló en estos términos:

—¡Sí, amigos míos; allí está la libertad, allí la existencia del hombre, tan distinta de la del siervo! Allí el deber de defender esforzadamente esa existencia y esa libertad; dones que hemos de agradecer siempre al Señor Dios Omnipotente, como buenos cristianos.

Esa corta alocución del cacique fué escuchada con religioso respeto por todos. El instinto natural y social obraba en los ánimos, haciéndoles comprender que su más perentoria necesidad era obedecer a un caudillo; que ese caudillo debía ser Enrique Guarocuya, por derecho de nacimiento y por los títulos de una superioridad moral e intelectual que no podían desconocerse. Vasa y los demás caciques de la escolta eran precisamente los más idóneos, por su valor e inteligencia, para apropiarse la jefatura y la representación de los demás indios. Enriquillo fué aclamado allí mismo por ellos como caudillo soberano, sin otra formalidad o ceremonia previa que el juramento de obedecerle en todo, según lo propuso el viejo Antrabagures.

Casi al anochecer comenzaron a subir por un escabroso desfiladero, que se abría paso por entre derriscos perpendiculares y oscuros abismos. En aquella hora el sitio era lúgubre y horroroso. Mencía sintió crispase sus cabellos por efecto del pánico que helaba su sangre, al oír resbalar por la pendiente sombría las piedras que se desprendían al paso de los conductores de su litera; pero Enriquillo, que se había desmontado del caballo confiándolo a un joven servidor, seguía a pie a corta distancia de su esposa, que al verle llegarse a ella ágil y con

planta segura en los pasos más difíciles, recobraba la serenidad, y acabó por familiarizarse con el peligro.

Pararon al fin en una angosta sabaneta, donde había dos o tres chozas de monteros; y allí se dispuso lo necesario para pasar la noche. Hízose lumbre, se aderezaron camas para Mencía y Anica, con las mantas de lana y algodón de que llevaban buena copia, y los demás se instalaron como mejor pudieron después de cenar de lo que llevaban a prevención. Hicieron todos devotamente sus oraciones, y se entregaron al descanso.

Al amanecer, la caravana siguió viaje al interior de las montañas. Antes del medio día llegó a las orillas de un riachuelo, que serpenteaba entre enormes piedras: lo vadearon, subieron todavía una empinada cuesta, y se hallaron en un lindo y feraz vallecito, circundado de palmeras y otros grandes árboles. Desde allí se descubría un vasto y gracioso panorama de montes y laderas, matizadas a espacios con verdes y lozanos cultivos. Aquel fué el sitio de la elección de Enriquillo para hacer su primer caserío o campamento estable, y así lo declaró a sus subordinados; comunicándoles al mismo tiempo que su plan consistía en multiplicar sus sementeras y habitaciones en todos los sitios inaccesibles y de favorables circunstancias, que fueran encontrando en la extensa sierra; a fin de tener asegurado el sustento, y cuando no pudieran sostenerse en un punto, pasar a otro donde nada les hiciese falta.

Todos aplaudieron la prudente disposición, y se pusieron a trabajar con ardor para cumplirla. Una cabaña espaciosa y bastante cómoda quedó construída aquel mismo día, para el cacique soberano y su esposa; otras varias de muy buen parecer la rodearon en seguida, y las cuadrillas de labradores, bien repartidas, comenzaron desde luego a trabajar en los conucos, desmontando y cerrando terrenos los unos; limpiándolos y sembrando diversos cereales los otros. El tiempo era magnífico, y favorecía admirablemente a estas faenas.

Por la noche, el cacique congregó ante la puerta de su habitación a todos los circunstantes, y rezó el rosario de la Virgen; costumbre que desde entonces quedó rigurosamente establecida, y a que jamás permitió Enriquillo que nadie faltara nunca (140). Los dos días siguientes se emplearon de igual manera en orga-

(140) Histórico. No queremos alterar el tipo de nuestro héroe, suprimiendo este detalle, que acaso no armonice con la estética; pero que nos parece de gran valor característico.

nizar el género de vida, las ocupaciones y policía de aquella colonia dócil y activa. Después comenzaron a afluir indios fugitivos de diferentes procedencias: primero los que de antemano estaban errantes por las montañas; más tarde los que seguían desde la Maguana a sus caciques, según la consigna que oportunamente recibieran. Por último, iban acudiendo los que en distintas localidades del sur y el oeste de la isla recibían de Enriquillo mismo o de sus compañeros aviso o requerimiento especial de irse al Bahoruco a vivir en libertad.

Al tercer día ya pudo contar Enrique hasta un centenar de indios de todas edades y de ambos sexos en su colonia; de ellos once que llevaban título de caciques, y veinte y siete hombres aptos para los trabajos de la guerra, armados de lanzas y espadas los primeros; de puñales, hachas y otras armas menos ofensivas los demás. Algunos tenían ballestas que aun no sabían manejar; otros un simple chuzo, y no faltaban gruesas espinas de pescado en la punta de un palo, a guisa de lanza.

Este era el número y equipo bélico de la primera gente de armas de Enriquillo, cuando llegó Tamayo al campamento seguido de Galindo y los demás expedicionarios que habían forzado la cárcel de San Juan, recogiendo y trayéndose de paso media docena de mosquetes y otras armas. Enrique reprobó mucho el incendio que sirvió para preparar la fechoría, medio que no había entrado en sus miras. Tamayo se disculpó como pudo, y, abonado por el éxito incruento y por la presencia de Galindo, a quien Enrique abrazó con efusión, quedó por bueno, válido y digno de aplauso todo lo que el bravo teniente había hecho.

Pero era de presumirse que el escándalo producido por aquellos actos precipitaría la persecución de parte de las autoridades de la Maguana, facilitando el pronto descubrimiento de las huellas de los fugitivos. Así lo pensó Enriquillo, y se preparó al efecto.

Sus exploradores recibieron orden de estar muy apercebidos y dar oportuno aviso de cuanto observaran en las poblaciones inmediatas a la sierra; precaución que resultó supérflua, pues en la tarde del cuarto día llegaron Luis de la Laguna y los dos caciques sus compañeros, con la trahilla de perros de presa, dando la noticia de que Andrés de Valenzuela y Mojica habían debido salir de San Juan aquel mismo día, al frente de una banda de caballeros y peones, con ánimo de perseguir a Enriquillo y a los demás indios alzados que lo acompañaban.



No perdió tiempo Enriquillo al saber que se movían contra él sus enemigos, y fué al punto a establecer una línea de observación al pie de los montes, con los exploradores y centinelas convenientemente distribuídos, y una para estar a cubierto de cualquier sorpresa. Vasa fué el jefe escogido por Enrique para mandar esa fuerza avanzada.

Tomada esta precaución, Enriquillo volvió al campamento, y todo lo dispuso con gran sosiego y serenidad de ánimo para hacer frente al peligro. Distribuyó su gente en dos grupos y conservó a sus inmediatas órdenes quince hombres, los más de ellos caciques, a los cuales exhortó uno por uno a cumplir bien su deber.

Los viejos caciques Incaqueca y Antrabagures, prácticos en el arte de curar, provistos de bálsamos y yerbas, permanecieron en un sitio determinado, guardando las mujeres y los individuos inermes; sitio donde habían de ser llevados los heridos a fin de que sean auxiliados debidamente. Los demás indios aptos para combatir, formaron una hueste bajo el mando de Tamayo y Matayco, a quienes Enriquillo dió instrucciones claras y sencillas para obrar juntos o separados, según se presenten las circunstancias. Galindo, no sano aun de su herida, fué obligado a quedarse con los caciques curanderos.

Ya terminados los preparativos de todo género, y atendidas las exigencias más minuciosas de aquella situación, Enriquillo, después de probar en una breve esgrima con Tamayo si sus manos conservaban la antigua destreza, y satisfecho de la prueba, hizo que los caciques primero, y por turno los demás guerreros improvisados, se ejercitaran igualmente ensayando su fuerza y agilidad en el uso de sus respectivas armas. La noche puso fin a estos ejercicios, y el inteligente y previsor caudillo no quedó descontento de la marcial disposición que había manifestado su gente.

G U E R R A

Careybana era el primer caserío de importancia que se hallaba en el camino del Bahoruco a la Maguana. Allí acudieron a guarecerse y descansar brevemente los restos de la desbandada tropa. Valenzuela llegó al anochecer, y después de apaciguar su hambre con lo poco que encontró, y curar más formalmente su rota cabeza, rendido de fatiga, durmió hasta la mañana, bien entrado el día.



Trató de conseguir a cualquier precio una cabalgadura para seguir su viaje, y no la encontró. Doliente y débil, no sabía qué partido tomar, sintiéndose incapaz de andar una legua siquiera. Su perplejidad duraba aún, cuando un estanciero de la Maguana, que era también de los derrotados de la víspera, se le presentó montado en Azucena, y le entregó un papel en nombre de Enriquillo.

—Fuí hecho prisionero: me encontraron extraviado ayer tarde, y esta mañana me devolvió el cacique la libertad con este cargo. —Tal fué la explicación verbal que dió el inesperado mensajero.

Valenzuela leyó el papel, que contenía estas líneas:

“Pesóme mucho, señor Andrés, del desafuero cometido por Tamayo; pero los consejos que me dice os dió, téngolos por buenos; y ojalá Dios os tocara el corazón y los siguiérais. Guardad la yegua en memoria mía, y de vuestro buen padre: ya puedo ofrecérosla, pues que dejé de ser quien era, y recobré mi natural libertad (143). Si cumplís vuestra palabra a Doña Elvira, sea ese mi presente de bodas, y os traiga dicha. Entregad, los negros bienes de Mencía a Don Diego Velázquez en nombre nuestro. Es el pago de mi deuda por sus cuidados. Os envía salud, Enrique”.

Permaneció silencioso y triste Valenzuela después de la lectura de esa singular misiva. La guardó después cuidadosamente en su seno, hizo descansar media hora la yegua, y partió en ella para la Maguana.

La noticia del descalabro sufrido en el Bahoruco por la tropa de San Juan cundió rápidamente por todas partes, y fué el pasmo de cuantos la oyeron. —“Enriquillo es alzado”. —“Los indios han derrotado a los castellanos en el Bahoruco”; éstas fueron las nuevas que circularon de boca en boca, comentadas, aumentadas y desfiguradas por cada cual; que las imaginaciones ociosas aprovechaban aquel pasto con avidez. Badillo se figuró que le llegaba una magnífica ocasión de cubrirse de gloria a poca costa: apellidó a las armas toda la gente capaz de llevarlas en la Maguana; pidió auxilio a Azúa, y reunió en poco más de una semana doscientos cincuenta hombres bien armados y equipados. ¿Cómo suponer que los rebeldes del Bahoruco pudieran resistir a aquella formidable cohorte? El teniente Gobernador, lleno de bélicas ilusiones, marchó con sus fuerzas en buena ordenanza militar, sin embarazarle otra cosa que la elección del

(143) Alude a la promesa que hizo una vez, de no enajenar la yegua. Antes dejaré de ser quien soy —dijo.

castigo que habia de aplicar a Enriquillo y sus alzados indios de la sierra.

Pero éstos veían engrosar sus filas prodigiosamente. Al ruido de la primera victoria, los tímidos cobraron valor, y día por día llegaban al Bahoruco bandadas de indios que iban, en busca de su libertad, a compartir los trabajos y peligros de Enriquillo y sus súbditos. Uno de los primeros que acudieron fué un pariente del cacique, conocido con el nombre de Romero. Era más joven aun que Enriquillo; pero no le cedía ni en valor, ni en prudencia para el mando. Pronto dió pruebas de ello, como de su modestia y subordinación a las órdenes del superior caudillo.

Como si éste no hubiera hecho en todo su vida sino ejercitarse en aquella guerra, a medida que le llegaban refuerzos los iba organizando con acierto y previsión admirable. A primera vista parecía adivinar la aptitud especial de cada uno, y le daba el adecuado destino. Creó desde entonces un cuerpo de espías y vigilantes de los que jamás funcionaba uno solo, sino por lo regular iban a sus comisiones de dos en dos y a veces más, cuidándose el sueño y la fidelidad respectivamente. Con los más ágiles y fuertes formó una tropa ligera, que diariamente y por muchas horas seguidas se ejercitaba en trepar a los picos y alturas que se juzgaban inaccesibles a plantas humanas; en saltar de breña en breña con la agilidad del gamo (144); en subir y bajar como serpientes por los delgados bejucos que pendían de las eminencias verticales, y en todas aquellas operaciones que podían asegurar a los rebeldes del Bahoruco el dominio de aquella fragosa comarca.

El manejo de la lanza, la espada, la honda y la ballesta ocupaba también gran parte del tiempo a los libres del Bahoruco. Algunos arcabuces quedaron en poder de Enriquillo cuando venció por primera vez a sus enemigos; pero por suma escasez de pólvora sólo se usaba en alguna rara ocasión, como señal, su estampido en las montañas. En cabio, más formidable que la artillería de aquel tiempo, era la habilidad de destrozar y poner en equilibrio las puntiagudas cimas de los montes, y mantenerlos por medio de cordeles a punto de despeñarlas sobre el agresor en los pasos estrechos y los barrancos, que por donde quiera cruzaban aquel titánico laberinto.

Para completar la organización de su pequeña república, Enriquillo creó un concejo de capitanes y caciques, que hacía de

(144) Como picazas, se lee en los documentos oficiales de la época, que tratan de la rebelión del Bahoruco.

senado y ayuntamiento a la vez, atendiendo a las minuciosas necesidades de la errante tribu. Pero el cauteloso caudillo se reservó siempre el dominio y la autoridad suprema para todos los casos. Comprendía que la unidad en el mando era la condición primera y más precisa, de la seguridad, del buen orden y la defensa común, en aquella vida llena de peligrosos azares.

Por último, adoptó para cierto número de hombres escogidos un equipo marcial que le sirvió de grande auxilio en los combates, e hizo más temible su milicia. Entre las armas y arreos militares que algunos de los alzados caciques habían conseguido sustraer a sus amos, había dos magníficas cotas de malla, de las que el feliz raptor regaló una a Enriquillo. De aquí vino a éste la idea de hacer fabricar ciertos petos o corazas con cuerdas bien torcidas, de pita, cabuya y majagua, exteriormente barnizadas con bálsamo resinoso; a favor de cuya industria logró hacer impenetrable el golpe de las espadas los cuerpos de los indios, que así protegidos cobraban más arrojo; y algún tiempo después perfeccionó la invención, revistiendo también los brazos y piernas de igual cordaje; con lo cual, después de adquirir la práctica y desenvoltura necesarias, los indios cubiertos de aquel tosco arnés tenían toda la apostura de verdaderos soldados de profesión (145).

Ya estaban terminados casi todos los reseñados aprestos, cuando Enriquillo tuvo aviso de que Badillo al frente de su hueste iba contra él. Dirigió entonces una breve y expresiva arenga a los soldados; ofreció honrar y recompensar a los valientes, y juró que los cobardes recibirían ejemplar castigo.

Distribuyó después la gente cubriendo las principales entradas de la sierra con tres fuertes guardias avanzadas, cuyos jefes eran el valeroso Tamayo y otros dos cabos de la confianza del cacique, cada cual provisto de un gran caracol nacarado que se conoce con el nombre de indio de **lambio**, y que resuena como una enorme bocina. De este instrumento debían servirse mediante ciertos toques de llamamiento y aviso previamente concertados. Romero con setenta hombres debía acudir a donde cargara la mayor fuerza del enemigo, y Enriquillo con el resto de la gente se mantendría en observación, para caer en el momento oportuno sobre retaguardia de Badillo.

Tal era la disposición de los combatientes del Bahoruco, cuando llegó la tropa invasora a los primeros estribos de la sierra, y penetró en su desfiladero principal, que era el confiado

(145) Son históricos estos rasgos del ingenio militar de Enriquillo.

al advertido y brioso Tamayo. Este, que ocupaba con su tropa una eminencia que parecía cortada a pico, y cuyos aguzados cornijales no podía presumirse sino viéndolo que sirvieran de atalaya, arsenal y fortaleza a aquellos seres humanos, aguardó tranquilamente a que la milicia de San Juan llegara a pasar por la hondonada que servía de camino al pie de su escondido adarve, para descargar sobre ella una lluvia de enormes piedras, que no solamente maltrataron a muchos de los soldados de Badillo, sino que también, obstruyeron la salida del barranco, y pusieron en grande aprieto y confusión a los sorprendidos expedicionarios: resonó al mismo tiempo el caracol de Tamayo, y respondieron a distancia varios otros, que se trasmitían el aviso de que la función estaba empeñada, y del punto a donde era preciso acudir. Badillo, viendo que en aquel angosto sitio su tropa era diezmada rápidamente por la espesa pedrisca que le caía de las nubes, dió primero la orden de forzar el paso para salir del apuro; mas comprendió al punto que el conflicto se agravaba, porque la obstrucción causada en el desfiladero por las primeras rocas desprendidas de lo alto, sólo permitía pasar de frente a dos hombres, y la lluvia de piedras continuaba entretanto con igual intensidad, aplastando y descalabrando a su gente. El novel capitán perdió entonces el tino, y atortolado, sin saber que hacer ni que decir, ordenó la contramarcha, y corrió como un loco a dirigir la retirada.

Aquí llegó a su colmo la confusión y el desorden: los que se hallaban más expuestos a la pedrea de Tamayo, impacientes por salir del aprieto, atropellaban violentamente a muchos de sus compañeros. Romero apareció en aquel crítico momento por un cerro que flanqueaba el estrecho paso, y cayó denodadamente, lanza y espada en mano, sobre el confuso remolino que formaban los aturdidos milicianos de San Juan. Algunos de éstos se defendían valerosamente; el combate se empeñó cuerpo a cuerpo, y Badillo se reanimó al observar que habían cesado de caer piedras y el corto número de montañeses que se habían atrevido a acometerle al arma blanca; pero esta satisfacción le duró poco: Tamayo y los suyos se habían descolgado de la altura en pos de sus últimos proyectiles y con atronadores gritos cargaron también espada en mano a la gente de Badillo, secundando oportunamente al intrépido Romero. A esta sazón los ecos del monte resonaron con los metálicos acentos del cuerpo de caza, que acabó de llenar de asombro a Badillo; el pánico invadió a sus más esforzados hombres de armas. Era Enriquillo que anunciaba su llegada con una tocata marcial, de ritmo grave y solem-

ne. Sus indios lo aclamaron con entusiasmo, y el nombre del caudillo era cual grito de guerra que infundía nuevo aliento a los ya enardecidos montañeses, y determinó la completa derrota de los invasores.

Tamayo, el ardiente e infatigable Tamayo, acosaba y perseguía a los desbandados fugitivos. El imprudente Badillo, culpable por su jactanciosa negligencia de aquel desastre, huyó desalado por una vereda, en pos del montero que le servía de guía. Cada cual se salvaba como podía, y muchos hallaron su fin en los precipicios que circundan el desfiladero.

Los caracoles dieron su ronco aviso nuevamente, intimando a los vencedores la orden de retraerse y suspender la persecución. Había corrido ya mucha sangre, y el magnánimo caudillo quería ahorrar la que quedaba; pero Tamayo estaba lejos, y no oyó, o no quiso oír, la piadosa señal. Transcurrió más de un cuarto de hora en ociosa espera. Entonces Enriquillo, seguido de buen número de combatientes, resolvió bajar la empinada ladera por donde vió partir como desatada fiera a su teniente, en pos del grueso de los derrotados. Llegó a la falda del monte, y a pocos pasos del sendero, entre unos árboles, percibió al fin a Tamayo con su gente, ocupados todos en una extraña faena.

Formando semicírculo en torno de un gran montón de leña, que obstruía la boca de una cueva en casi toda su altura, Tamayo acababa de aplicar una tea resinosa a las hojas secas acumuladas debajo de los maderos, y la llama comenzaba a levantarse con voracidad, extendiéndose en todos sentidos. Una espesa nube de humo ascendía en vagoroso torbellino y se esparcía por encima de la hoguera, penetrando la mayor parte en el antro sombrío. Tamayo contemplaba su obra con feroz satisfacción.

—¿Qué haces—le preguntó con vivacidad Enriquillo.

—Ya lo ves, cacique —respondió el teniente, sahumar a los que están ahí metidos.

No bien oyó Enrique esta brutal contestación, cuando saltó ágilmente sobre Tamayo, lo arrojó con fuerza hacia un lado, y desbarató en un instante la hoguera, lanzando a gran distancia los maderos que ardían en ella. Sus soldados se apresuraron a ayudarlo.

—¡Bárbaro! —exclamó el héroe con indignación—. ¿Es así como cumples mis recomendaciones?

Y volviéndose hacia la humeante boca de la gruta, dijo en alta voz:

—¡Salid de ahí vosotros, los que estáis dentro de esa caverna! No temáis; Enriquillo os asegura la vida.

A estas palabras, los infelices que ya creían ver su sepultura en el lugar que habían escogido como refugio, salieron uno a uno, a tientas, medio ciegos y casi asfixiados por el humo.

Enriquillo los contó: eran setenta y dos (146) de los guerreros de Badillo.

—Idos en paz a la Maguana —les dijo—; o a donde mejor os pareciere; y decid a los tiranos que yo y mis indios sabemos defender nuestra libertad; mas no somos verdugos ni malvados. Y tú, Martín Alfaro —dijo volviéndose a un indio de gentil aspecto que estaba a su lado—; toma esa escolta y acompaña estos hombres al llano, hasta dejarlos en seguridad. Me respondes de ellos con tu vida.

Los vencidos, y tan a punto salvados de la muerte, juntaron las manos en acción de gracias, y bendijeron a porfía el nombre de su salvador. Uno de ellos se llegó al magnánimo caudillo, le tocó la diestra, y se la besó con muestras de viva emoción: después le dijo estas palabras:

—Escuchadme, señor Enriquillo: en mi tribulación ofrecí a Dios consagrarle el resto de mi vida, si me salvaba de este trance. Cumpliré mi promesa, y me ogligo a orar todos los días por vuestro bien (147).

DECLINACIONES

La guerra mansa se prolongó en el Bahoruco, no sólo mientras Iñigo Ortiz, escarmentado y pesaroso, pedía y obtenía su relevo, sino mucho tiempo después, durante el mando sucesivo de los capitanes Pedro Ortiz de Matienzo y Pedro de Soria, que fueron a guerrear con igual sistema de observación en las avenidas de la sierra. El primero pretendió sorprender a Enriquillo después de enviarle un mensajero indio que se decía pariente del cacique, con promesas y proposiciones pacíficas; pero habiendo sospechado Enrique la verdadera intención con que se le convidaba a una conferencia, prometió asistir al llamamiento, y asistió en efecto, pero al frente de sus más intrépidos guerreros, que dieron sobre los soldados de Pedro Ortiz emboscados, los desbarataron y pusieron en vergonzosa fuga. Enri-

(146) Histórico.

(147) Lo refiere así Las Casas, que conoció y trató al individuo, ya fraile dominico en el convento de la ciudad de Santo Domingo.

quillo hizo ahorcar al traidor, su pretendido pariente, y desde entonces quedó seguro de nuevas tentativas insidiosas.

Pero las irrupciones que Tamayo, al frente de su cuadrilla de gente determinada, solía hacer en las cercanías de la Maguana, desde la sierra de Martín García, situada al Este entre los colonos, por el carácter de fiereza y salvajismo de la del Bahoruco, difundían de vez en cuando la alarma que distinguía estos saltos atrevidos, de la moderación y humanidad que ya eran notorias en las prácticas de Enriquillo. Durante la última permanencia de Diego Colón en Santo Domingo, que fué hasta 1523, las dificultades que le suscitaron sus émulos no le permitieron hacer otra cosa memorable que la represión de un levantamiento de esclavos africanos que dieron muerte al mayoral en una hacienda del mismo Almirante, cerca del río Nisao. Trasladóse en persona Diego Colón al lugar de la ocurrencia; los alzados fueron fácilmente vencidos, y de ellos los que pudieron escapar con vida se incorporaron en la horda de Tamayo, que con este contingente extendió sus correrías devastadoras hasta los términos de Azua.

Las autoridades, a pesar del clamor continuo de los pueblos más directamente perjudicados con aquel azote, excusaban cuanto podían la movilización de tropas, por resentirse ya demasiado el tesoro real con los crecidos gastos de las armadas precedentes. Un golpe de fortuna de los alzados indios, aunque exento de crueldad y ostentando el sello de la moderación que caracterizaba todos los actos de Enriquillo, tuvo al fin más eficacia para hacer que los encargados de la pública seguridad despertaran de su letargo, que todas las violencias de Tamayo y su horda sanguinaria. Arribó a Santo Domingo cierto día un barco que navegando desde Costa-firme había recalado por causa del mal tiempo en un puerto de los más cercanos a la sierra del Bahoruco, donde los vigilantes indios de la costa consiguieron capturar la nave, con toda la gente que iba a su bordo (157). Informado el cacique del suceso bajó a la ribera del mar, y por sus órdenes recobraron la libertad los navegantes con su barco; pero el valioso cargamento de oro, aljójar y perlas que aquél llevaba, quedó en poder de Enriquillo.

Al tener noticias de este fracaso los oficiales reales y jueces de la Audiencia, sintieron tanto dolor y angustia como si les arrancaran las entretelas del corazón. Que Tamayo y su gavilla

(157) Histórico.

incendiaran caseríos enteros; que mataran sin piedad hombres y mujeres, y cometieran otros hechos atroces, podía pasar como cosa natural y corriente, en el estado de rebelión en que se mantenía una gran parte de la isla; pero ¡atreverse a despojar a un barco de las riquezas que conducía! Ya eso pasaba todos los límites de lo honesto y tolerable, y el dios-oro exigía que las celosas autoridades hicieran los mayores esfuerzos para recobrar aquella presa, en primer lugar; y después de pacificar la isla si era posible. Procedimiento característico de todo un sistema.

Resolvieron por lo tanto hacer leva de gente, y reforzar las guarniciones de la sierra; pero al mismo tiempo no desdeñaron los medios de persuasión y acomodamiento amigable; en lo que bien se deja ver que ya había pasado de esta vida Miguel de Pasamonte, el inflexible tesorero, que tardó poco en seguir a la tumba a Diego Colón, de quien había sido el más implacable antagonista.

Los oficiales reales, sabiendo que estaba en Santo Domingo el buen fray Remigio, aquel preceptor del cacique Enrique cuando éste se educaba en el convento de Vera-Paz, echaron mano de él, y so-color de servir a Dios y a la paz pública lo persuadieron a ir al Bahoruco en el mismo barco desvalijado, cuyos tripulantes iban consolándose con la esperanza de que el religioso conseguiría reducir su antiguo discípulo a que soltara la rica presa. Llegados allá, los alzados vigilaban como antes; el pobre fray Remigio saltó a tierra confiado, y fué al punto hecho prisionero, escarnecido y despojado de sus vestidos por los indios, que a pesar de sus protestas se obstinaron en creer que era un espía. Consiguió al fin a fuerzas de súplicas ser conducido a la presencia de Enriquillo que no estaba lejos.

Tan pronto como el cacique reconoció a su antiguo preceptor, y le vió en tan triste extremidad, corrió a él y lo abrazó tiernamente con las muestras del más vivo pesar, le pidió perdón por la conducta de su gente, y la excusó con las noticias que ya tenían de la nueva armada que contra él se hacía en Santo Domingo y otros lugares. Después hizo vestir al padre Remigio y sus compañeros del mejor modo que le fué posible, les dió alimentos y refrescos, y entró a tratar con el emisario acerca del objeto de su viaje al Bahoruco.

El digno religioso empleó todos los recursos de su ciencia y erudición, que eran grandes, y los de su ascendiente sobre el corazón de su antiguo pupilo, que no era escaso, para convencer-

le de que debía abandonar la mala vida que estaba haciendo, y someterse a los castellanos, que le ofrecían amplio perdón y grandes provechos. Toda la elocuencia de fray Remigio fué infructuosa: Enriquillo expuso con noble sencillez sus agravios, la justa desconfianza que le inspiraban las promesas de los tiranos, y su resolución de continuar la lucha mientras no viera que la corona decretaba la libertad de los indios, y que ésta se llevara a efecto en toda la colonia. El cacique recordó a su preceptor con gran oportunidad sus lecciones de historia en la Vera-Paz, y aquel Viriato, cuyo alzamiento contra los romanos era aplaudido por el sabio religioso como acto de heroica virtud.

A este argumento bajó fray Remigio la cabeza, y apeló a la generosidad del cacique para que devolviera el tesoro de Costafirme.

—Por vos, padre mío —le contestó Enriquillo—, lo haría gustosísimo; como por el padre Las Casas, a quien amo de todo corazón; pero ese tesoro lo quieren mis enemigos para armar nueva gente contra mí: ¿podéis darme la seguridad de que tal no ha de ser su destino?

—A tanto no me atrevo, hijo mío —respondió a su vez el padre Remigio—. No traje más encargo que el de exhortarte a la paz, y me alegraría de que dieras una prueba más de tu moderación y desinterés, restituyendo esas riquezas.

—Que me den la seguridad de no hostilizarme en mis montañas —repuso Enrique— y devolveré al punto esas riquezas que para nada me sirven.

—¿Esa es tu resolución definitiva? —volvió a preguntar el fraile.

—Sí, padre mío: os ruego que la hagáis valer, y sobre todo, que expliquéis mis razones al padre Las Casas, al señor Almirante, a mi padrino Don Diego Velázquez. Aseguradles que no soy ingrato...

—El padre Las Casas lo sabe muy bien, hijo —repuso fray Remigio—. En cuanto a Don Diego Colón y Don Diego Velázquez, ya salieron de este mundo, y pasaron a mejor vida.

—¡Dios los tenga en el cielo! —dijo Enrique, con su acento grave y reposado.

Pocas horas después, fray Remigio se despidió afectuosamente de su antiguo discípulo, embarcándose con los compañeros que habían tenido el valor de compartir sus riesgos. La nave desplegó al viento su blanco lino, y en breve llegó a Santo Domingo sin novedad.

Efectivamente, como lo dijo a Enrique fray Remigio, había muerto en 1525 el gobernador Diego Velázquez, Adelantado de Cuba. No fué feliz durante los últimos años de su vida: su estrella se eclipsó desde que, pagando con ingratitud a Diego Colón y a Juan de Grijalva —los personajes que más habían hecho por su fortuna y su fama—, se prestó a secundar las intrigas de Fonseca contra el primero, y despojó al segundo de su legítima gloria y sus derechos sobre el descubrimiento y la conquista de Méjico. Hernán Cortés fué el instrumento escogido por la divina justicia para vengar aquellas dos almas generosas, hiriendo por los mismos filos de la ingratitud la soberbia ambición del conquistador de Cuba.

El Almirante Diego Colón, víctima de las intrigas de sus émulos de la Española, murió un año después que Velázquez, siguiendo sus perpetuos litigios en España y lejos de su amada familia.

Gonzalo de Guzmán, que bajo la protección de éste había logrado acreditar sus talentos y sobresaliente mérito en árduos negocios que repetidas veces le condujeron a la corte de España, fué el designado por Doña María de Toledo, ya viuda, a su augusto sobrino el Emperador, para suceder al difunto Adelantado Velázquez. De este modo la noble matrona pagó a fuer de agradecida la adhesión y los servicios de Guzmán a su casa.

El segundo gobernador de Cuba era bueno, y por consiguiente no le faltaron pesadumbres en su mando: la humanidad con que procuraba el bien de los indios cubanos le suscitó ruidosas luchas y grandes disgustos con los engreídos colonos de aquella isla, no menos aferrados a la opresión y a sus inicuos medros que los *leales servidores* del Rey en la Española.

No nos alejemos de ésta en pos de muertos y ausentes; y dejando al Gobernador o semidiós de Cuba, Gonzalo de Guzmán entre las flores y espinas de su encumbrado puesto, como a su amigo García de Aguilar siguiendo fielmente la variada fortuna de la casa de Colón, volvamos a la tierra predilecta del gran Descubridor, donde reclaman nuestra atención otros sucesos que tuvieron decisiva influencia en la rebelión del Bahoruco, acaudillada por el humano, valeroso y hábil Enríquillo.

Mientras que fray Remigio desempeñaba su poco afortunada comisión con el rebelde cacique, Hernando de San Miguel,

capitán experimentado en el arte de la guerra, y que había servido en todas las campañas de la isla desde el tiempo de la conquista, aceptaba de la Audiencia el difícil encargo de pacificar por fuerza de armas al Bahoruco. A punto de partir de Santo Domingo a tomar el mando de las milicias ya reunidas en la proximidad de las sierras, llegó de España el ilustre obispo Don Sebastián Ramírez, que a su alta dignidad eclesiástica unía los elevados cargos de Gobernador de la Española y presidente de su Audiencia. Era varón de gran virtud y sabiduría. Como sacerdote de un Dios benéfico y de paz, supo imprimir a su potestad de mandatario público el carácter pacífico y piadoso de su ministerio sagrado.

Al informarse de las últimas ocurrencias de la isla, no permitió que el capitán San Miguel saliera a su empresa antes de que fray Remigio regresara del Bahoruco; y cuando el buen religioso llegó y dió cuenta de las disposiciones, actos y palabras de Enriquillo, el prelado sujetó a prudentes y acertadas instrucciones la ardua comisión del veterano (158). Escribió al mismo tiempo al emperador Carlos V, haciéndole amplia relación del estado en que había encontrado la isla, sin paz ni seguridad, despoblándose continuamente, paralizado su comercio, nulas sus industrias, y casi al borde de una completa ruina; todo por efecto de la rebelión de Enriquillo, y del tiránico gobierno que había dado ocasión a este triste suceso, como al aniquilamiento rápido de la raza indígena.

Extendíase además el prelado presidente sobre los hechos, valor y humanidad de dicho caudillo, a quién creía conveniente y justo atraer a términos pacíficos, por medio de grandes concesiones que repararan en lo posible los agravios que él y los suyos habían recibido en sus personas, libertad y bienes.

Partió San Miguel para el Bahoruco después de comprometerse a secundar fervorosamente estas nobles y cristianas miras del prelado; y son dignas de admiración la energía y eficacia con que el viejo militar penetró en las temibles gargantas de la ya célebre sierra, desplegando en su empeño pacífico mayor decisión y esfuerzo que los demás capitanes, sus predecesores en forzar con las armas los pasos y las defensas del Bahoruco.

Hízose conducir por mar con la mayor parte de su gente hasta el puerto de Jáquimo, y desde allí entró rápidamente en las montañas, logrando sorprender descuidada aquella sección

(158) Histórico.

del territorio sublevado, que era familiar a sus recuerdos, por haber acompañado a Diego Velázquez, hacía veinticinco años, en la campaña contra Guaroa. Fácil le fué por lo mismo penetrar hasta el punto más céntrico de la vasta serranía, causando grande alarma en los descuidados súbditos de Enrique; sin embargo pronto se tranquilizaron, al cerciorarse de que San Miguel hacía respetar esmeradamente cuantos indios caían en su poder, devolviéndoles inmediatamente la libertad, después de informarse con ellos del paradero del cacique soberano; y sin permitir que se tocara tampoco a ninguno de los abundantes y lozanos cultivos que hallaba a su paso, a menos que sus dueños consintieran de grado en vender sus frutos; con lo cual durante dos o tres días prosiguió su marcha sin contratiempo, hasta acercarse bastante a la residencia habitual de Enriquillo y Mencía en El Burén.

Encontró al cabo una tropa de guerreros indios en actitud de disputarle el paso resueltamente. Mandábala Alfaro, uno de los mejores capitanes de Enriquillo, el cual se negó a admitir el parlamento a que le convidaba San Miguel, y empezó a hostilizarlo con sus ballestas y hondas, provocándole a combate.

Entonces el viejo adalid castellano cargó con brío irresistible sobre la gente de Alfaro, y la desalojó de la altura que ocupaba. Por un momento llegaron a creer los defensores del paso que estaba comprometida la seguridad de Enriquillo, y situándose en otro cerro inmediato, mandaron aviso al cacique de aquella gran novedad. Jamás había sucedido caso igual desde el principio de la rebelión del Batoruco. Enriquillo al recibir la noticia, no perdió su extraordinaria presencia de ánimo: envió a Vasa a requerir las tropas que custodiaban los desfiladeros principales; y poniéndose él mismo a la cabeza de los pocos hombres de armas que tenía consigo, ceñida la espada y seguido de dos jóvenes pajes que le llevaban las dos lanzas con que acostumbraba entrar en combate (159), fué el intrépido caudillo al encuentro de San Miguel, que ya distribuía su gente para dar otro asalto a la nueva posición de Alfaro.

Era de ver aquel anciano y esforzado capitán, con su barba venerable y sus bélicos arreos; el cual, dando ejemplos de agilidad y arrojo a sus soldados, franqueaba los obstáculos como si se hallara en los mejores días de su juventud. Enrique lo divisó de lejos, y justo admirador como era de todo lo que salía

de la esfera común, resolvió no empeñar combate con aquel valeroso anciano, sino cuando el caso se hiciera del todo inevitable.

Ocupó, pues, con su gente una cresta culminante, a corta distancia de otra escarpadura fronterera, por la cual comenzaba a subir el veterano español: entre ambas eminencias había un profundo barranco (160), y por su oscura sima se oía correr despeñado un caudaloso torrente.

Hernando de San Miguel reparó en el cacique, desde la cumbre a que trabajosamente acababa de ascender, y permaneció un rato suspenso ante la marcial apostura de aquella inmóvil estatua, que tal parecía Enriquillo, medio envuelto en su lacerna (161), empuñando en la diestra una lanza de refulgente acero, cuyo cuento reposaba en tierra; la mano izquierda impuesta sin afectación sobre el pomo de su espada. Tranquilo y sereno contemplaba los esfuerzos que hacía la tropa castellana por llegar al escarpado risco donde estaba su infatigable jefe. El sol, un sol esplendoroso del medio día, bañaba con ardiente luz aquella escena, y prestaba un brillo deslumbrador a los hierros de las lanzas de los guerreros indios y a las bruñidas armas de los soldados españoles.

San Miguel habló con voz sonora, dirigiéndose a la inmóvil figura humana que descollaba a su frente.

—¿Es Enriquillo?

—Enrique soy —contestó con sencillez el cacique.

—Buscándoos he venido hasta aquí, ¡vive Dios! —dijo el viejo capitán con brusco acento.

—¡Vive Dios, que el que me busca me encuentra! —respondió Enriquillo sin alterarse—. ¿Quién sois vos? —agregó.

—Soy Hernando San Miguel, capitán del Rey, que vengo mandado por su Gobernador el señor obispo Ramírez, a convidaros con la paz; o a haceros cruda guerra si os obstináis en vuestra rebelión.

—Señor capitán San Miguel replicó Enriquillo— si venís de paz ¿por qué habláis de guerra?

—De paz vengo, señor Enriquillo —dijo San Miguel suavizando el tono— y Dios no permita que vos me obliguéis a haceros guerra.

(160) Según dice Las Casas parecía tener 500 estados de profundidad.

(161) Manto de viaje, de campaña, de aquel tiempo.

—¿Bajo qué condiciones pretendéis que me someta? —preguntó el cacique.

—¡Hombre, hombre! —contestó con militar rudeza el castellano— eso es para dicho despacio, y ya el sol nos está derripiendo los sesos.

—¿Queréis que nos veamos más de cerca? —volvió a preguntar Enrique.

—¡Toma si quiero! A eso he venido —contestó San Miguel.

—Pues haced que se aleje vuestra gente; quede tan solo uno de atalaya por cada parte, y a la sombra de aquella mata podremos hablar con descanso.

—Convenido, cacique —dijo San Miguel; y pocos minutos después Enrique, al pie del alto risco, apoyándose en su lanza, saltaba audazmente a través del profundo barranco, yendo a parar a corta distancia del caudillo español.

—Buen salto, cacique, ¡vive Dios! —exclamó San Miguel sorprendido.

—A mi edad vos lo haríais mejor que yo sin duda, capitán —respondió cortesmente Enriquillo— pues os he visto subir y bajar laderas como si fuérais un muchacho.

—No recuerdo, sin embargo, haber dado nunca un salto como ese —insistió el veterano—. Tratemos de nuestro asunto.

Y entrando en materia expuso a Enriquillo en franco lenguaje la comisión que había recibido del obispo Gobernador; el cual exhortaba al cacique a deponer las armas, seguro de hallar en el mismo prelado favor y protección ilimitada, en gracia de las bellas cualidades que había dado a conocer en todo el decurso de su rebelión, y prometiéndole bienestar, consideraciones y absoluta libertad a él y a todos los indios que militaban y vivían bajo sus órdenes.

Era entendido que el cacique debía devolver el oro que había apresado en el barco procedente de Costa-firme, y poner término a las depredaciones de Tamayo.

Enriquillo habló poco y bien, como acostumbraba. Dijo que él no aborrecía a los Españoles; que amaba a muchos de ellos a quienes debía beneficios; pero que como los malos eran en mayor número y los más fuertes, él había debido fiar su libertad y su justicia a la suerte de las armas y a la fragosidad de aquella hospitalaria sierra, donde no había hecho cosa de que tuviera que arrepentirse. Agregó que él no estaba distante de avenirse a las proposiciones del señor obispo, que le parecían dictadas

por un espíritu de concordia y rectitud, y sólo pedía tiempo para allanar las dificultades que se oponían a la sumisión, que nunca haría sin contar con la seguridad de que las ventajas con que a él se le convidaba habían de alcanzar igualmente a todos sus compatriotas.

En cuanto a la reducción de Tamayo, ofreció el cacique intentarla en cuanto de él dependiera; y respecto del oro y el aljófár de Costa-firme, expresó que estaba pronto a devolverlos, si se le ofrecía no inquietar el Bahoruco con nuevas invasiones armadas. San Miguel lo prometió, salvando la autoridad de sus superiores; y quedó convenido que al día siguiente, en tal punto de la costa que se designó, Enriquillo haría la entrega de aquel tesoro que tanto echaban de menos las autoridades de la Española, y que para nada había de servir a los alzados del Bahoruco.

Terminado este convenio verbal, Enriquillo y San Miguel se despidieron con muestras de cordial amistad, y se volvieron cada cual a los suyos, a tiempo que el caracol hacía oír sus lejanos ecos avisando la llegada de Vasa al frente de la aguerrida tropa que había ido a buscar, y que el caudillo dejó a sus inmediatas órdenes por precaución.

El día siguiente, en el punto y hora convenidos, se hallaban el oro y el aljófár mencionados expuestos en grosera barbacoa y bajo una enramada o dosel de verdura todo confiado a la custodia de Martín Alfaro con una compañía de indios bien armados. Ofrecían maravilloso contraste las barras de oro amontonadas y los rimeros y blanco y luciente aljófár, sobre aquellos toscos y rústicos maderos que le servían de sustentáculos. Había otras barbacoas o cadalechos, a guisa de mesas, cubiertos de abundantes víveres y manjares destinados a obsequiar los huéspedes castellanos.

Contento San Miguel con el feliz éxito de su expedición, llegó a la cabeza de su lucida milicia, con banderas desplegadas, marchando al compás de la marcial música de sus trompetas y tambores. Se dió por cierto generalmente que Enriquillo lo aguardaba en la referida enramada, y que despertando sus recelos la vista de aquel aparato militar y de la nave que a toda vela se acercaba a la costa para embarcar los expedicionarios y el valioso rescate, el desconfiando cacique se había retraído al monte, pretextando súbita indisposición; pero es más conforme con el carácter de Enriquillo y con las circunstancias del caso, pensar que para librarse de concluir ningún compromiso respec-

to a la propuesta de sumisión, el prudente caudillo prefirió no comparecer, y excusarse con el referido pretexto. El resultado fué que Hernando de San Miguel, aunque sintiendo muy de veras la ausencia del cacique, hizo honor al festín con sus compañeros de armas, y se volvió para Santo Domingo, más satisfecho que Paulo Emilio cuando llevaba entre sus trofeos para Roma todas las riquezas del vencido reino macedónico. El anciano capitán no halló sin embargo el recibimiento que merecía. La liberalidad de Enriquillo fué altamente elogiada en toda la isla; su nombre resonó por el orbe español acompañado de aplausos y bendiciones —¡tanto puede el oro!— mientras que el desgraciado San Miguel no recogió sino agrias censuras, teniéndose generalmente por indiscreto y torpe el regocijado alarde con que quiso el sencillo veterano celebrar la naciente concordia; y nadie puso en duda que aquel acto inocente impidió por entonces la completa sumisión del cacique. ¡Tanto puede la ingratitud! (162).

P A Z

Poco esfuerzo costó a Enriquillo hacer que el rudo e indómito capitán Tamayo volviera al gremio de su obediencia. Le envió un mensaje con su sobrino Romero, y como que ya el rencoroso indio estaba harto de sangre y de venganzas; como que Badillo (163) y todos los antiguos tiranos habían desaparecido de la Maguana, temerosos de aquellos terribles saltos de tigre, que devastaban sus ricas haciendas, y amenazaban de continuo sus vidas, Tamayo, que de todo corazón amaba a Enriquillo y no podía conformarse con vivir lejos de él, vió el cielo abierto al recibir el mensaje, que lo llamaba al Bahoruco, y en el acto se fué para allá con toda su gente, bien provista de ropa, armas y otros preciados productos de sus correrías. En lo sucesivo no volvió a dar motivo de queja, a Enriquillo y vivió sujeto a disciplina, como un modelo de docilidad y mansedumbre.

Y era natural que se adormecieran en Tamayo, como en todos los indios alzados, las ideas y los sentimientos belicosos: la misión del padre Remigio, como la breve y conciliadora campaña de San Miguel, habían dejado muy favorable impresión

(162) Tal fué el juicio unánime que se encuentra en los historiadores y los documentos de aquel tiempo sobre el alarde de San Miguel.

(163) Sobre el fin del malvado Badillo, véase el apéndice número 3.



en todos los ánimos; los rebeldes bajaban con frecuencia al llano, y traficaban casi libremente con los habitantes de los pueblos circunvecinos. En vista de todo, llegó Enriquillo a admitir la posibilidad de una transacción final, que asegurara la completa libertad de su raza en la Española; objeto que su generoso instinto había entrevisto más de una vez, cual vago ensueño de una imaginación enfermiza. El podía caer un día u otro; la muerte le había de cobrar tarde o temprano el natural tributo; y entonces ¿qué suerte sería la de su adorada consorte; qué fin provechoso podría tener la rebelión del Bahoruco para los pobres indios? Si en vez de su precaria existencia, él, Enrique, lograba que, gracias a sus heroicos y cristianos hechos, la metrópoli castellana reconociera solemnemente los derechos de hombres libres a todos los naturales de la Española, ¿qué galardón más digno pudiera él desear, que ver coronada su gigantesca obra con la libertad de todos los restos de su infeliz raza?...

Y este fué el desenlace venturoso de la perdurable rebelión del Bahoruco (164). Un día llegó a la capital de la Española el esforzado capitán Francisco de Barrio-Nuevo, a quien el egregio Emperador y Rey enviaba con doscientos veteranos de sus tercios de Italia, a bordo de la misma nave *La Imperial*, en que el soberano acababa de regresar a España desde sus estados de Alemania.

Barrio-Nuevo había recibido el encargo, hecho con el mayor encarecimiento por el Monarca, de pacificar la isla Española, reduciendo a buenos términos al cacique Don Enrique (165), a quien el magnánimo Carlos V se dignó dirigir una bondadosa carta, mostrándose enterado de sus altas cualidades personales, y de la razón con que se había alzado en las montañas; ofreciéndole absoluta gracia y libertad perfecta a él y a todos los que le estaban subordinados, si deponían las armas; brindándole tierras y ganados del patrimonio real, en cualquier punto de la isla que quisiera elegir como residencia para sí, y para todos los suyos, sobre los cuales ejercería el mismo Don Enrique el inmediato señorío y mixto imperio, por todos los días de su vida.

Esta lisonjera y, para Enriquillo, honrosísima carta, había sido inspirada a Su Majestad Imperial por los informes del

(164) Duró la rebelión de Enriquillo trece años.

(165) Así lo denominaba en su carta el Emperador, y todos los habitantes de la Española le continuaron el tratamiento hasta su muerte.

obispo presidente, de Alonso Zuazo, y todas las autoridades de la Española.

Barrio-Nuevo manifestó sus poderes a los magistrados y oficiales reales de Santo Domingo, en asamblea presidida por el joven almirante Don Luis Colón, hijo del finado Don Diego y de Doña María de Toledo. Ya el ilustre obispo Ramírez había sido promovido al gobierno de Méjico, donde confirmó la alta opinión que se tenía de sus virtudes y dotes políticas.

Después de largas y maduras deliberaciones se determinaron en la dicha asamblea los medios de dar eficaz cumplimiento a las Órdenes soberanas, no queriendo Barrio-Nuevo ceder a nadie el arriesgado honor de ir en persona a las montañas, a requerir de paz a Enriquillo. Así lo efectuó el digno capitán, arrojando numerosos trabajos y no escasos peligros; porque el caudillo del Bahoruco, siempre desconfiado, esquivó largo tiempo el recibirle, y solamente consintió en ello vencido al fin por la paciente intrepidez de Barrio-Nuevo, que llegó a su presencia casi solo, con desprecio de su vida; prefiriendo *morir en la demanda*, según dijo a sus acobardados compañeros, *a dejar de cumplir la palabra empeñada al Soberano, de intentar la pacificación de aquella tierra* (166).

La entrevista fué en extremo cordial, como no podía menos de serlo, dados todos esos antecedentes. Enriquillo puso sobre su cabeza en señal de acatamiento la carta del Emperador, y abrazó al noble y valeroso emisario, a quien todos los capitanes subalternos del cacique hicieron igual demostración de franca amistad (167).

Tres días disfrutó Francisco de Barrio-Nuevo la hospitalidad de Enriquillo y su esposa, separándose de ellos después de concluído un convenio solemne con el primero, basado en las concesiones y ofertas de Su Majestad Imperial y Real. Regresó el afortunado pacificador a Santo Domingo por mar, y las nuevas que llevaba de la sumisión de Enriquillo se recibieron con extraordinario júbilo en toda la colonia. Numerosos y ricos presentes de joyas, sedas e imágenes fueron enviados a Enriquillo y a Mencía por el mismo Barrio-Nuevo, y por los demás encargados de la autoridad, desde la capital de la colonia.

El padre fray Bartolomé de Las Casas no se limitó a compartir la general satisfacción por el próspero acontecimiento,

(166) Histórico: sustancia textual del discurso de Barrio-Nuevo.

(167) Histórico: lo es todo el capítulo.

sino que saliendo del claustro con licencia de sus superiores, emprendió el viaje al Bahoruco (168), donde fué recibido por Enrique, su esposa y todos los habitantes de la sierra con palmas y cánticos, como el angel tutelar de los indios. Pasó entre ellos quince días, celebrando los oficios del divino culto, predicándoles y administrando los santos sacramentos, de que, por la misma religiosidad y moralidad de costumbres que les inculcara el cacique, les pesaba mucho carecer. Exhortó además Las Casas a Enriquillo a que completara la obra comenzada, bajando de las montañas, y poniéndose en contacto definitivo y regular con las autoridades del bondadoso Monarca que se le mostraba tan clemente y munífico. La ciega confianza que el cacique tenía en el santo varón acabó de disipar sus últimos recelos. Determinóse a ir en compañía de su ilustre protector hasta Azua, donde fué celebrada su presencia con grandes obsequios por los regidores y todo el pueblo, no escaseando nadie los elogios al valor y a las virtudes del héroe del Bahoruco.

En la iglesia de Azua recibió Tamayo el bautismo de manos del padre Las Casas (169). El esforzado teniente de Enriquillo se había convertido de una vez, cuando vió por los actos de Hernando de San Miguel y Francisco de Barrio-Nuevo, que los mejores soldados españoles eran humanos y benévolos; y, por la carta de gracia de Carlos V. a Enriquillo, que los potentados cristianos verdaderamente grandes, eran verdaderamente buenos.

Hechas sus pruebas y satisfecho de ellas, el cacique Don Enrique volvió al Bahoruco, y no retardó más la ejecución de lo pactado con el capitán Barrio-Nuevo. Fué un día a orar ante la tumba del inmortal Guaroa. ¡Dios solo sabe lo que la grande alma del vivo comunicó entonces a la grande alma del muerto! Después reunió su gente; emprendió con ella la salida del seno de aquellas hospitalarias y queridas montañas, y a punto de perderlas de vista volvió a mirarlas por última vez; se le oyó susurrar la palabra adiós, y algo como una lágrima rodó sigilosamente por su faz varonil.

Este fué el fin de la célebre rebelión de Enriquillo, que resistió victorioso por más de trece años a la fuerza de las armas, a los ardides, a las tentadoras promesas (170). La magnanimi-

(168) Item. Apéndice N° 9.

(169) Histórico.

(170) Quintana. Vida de Las Casas.



dad justiciera de un gran Monarca, la abnegación paciente de un honrado militar fueron los únicos agentes eficaces para resolver aquella viril protesta del sufrido quisqueyano contra la arbitrariedad y la violencia; enseñanza mal aprovechada, ejemplo que de poco sirvió en lo sucesivo; pero cuya moral saludable ha sido sancionada con el sello de la experiencia, y se cumple rigurosamente a nuestra vista, al cabo de tres siglos y medio.

El tránsito del cacique Don Enrique y su esposa hasta Santo Domingo fué una serie no interrumpida de obsequios, que como a porfía les tributaban todas las poblaciones. En la capital le hicieron fastuoso recibimiento y entusiasta ovación las autoridades, el clero y los vecinos, todos manifestando el anhelo de conocer y felicitar al venturoso caudillo.

Reanudaron Enrique y Mencía sus relaciones afectuosas con muchos de sus favorecedores de otro tiempo, y entre ellos encontraron el inalterable cariño de Doña Leonor Castilla y Elvira Pimentel, ya viuda del, por más de un concepto, arrepentido Andrés de Valenzuela.

Las capitulaciones suscritas en el Bahoruco fueron fielmente guardadas por las autoridades españolas, y Don Enrique pudo elegir, cuando le plugo, asiento y residencia en un punto ameno y feraz, situado al pie de las montañas del Cibao, a una corta jornada de Santo Domingo. Allí fundó el pueblo que aún subsiste con el nombre de Santa María de Boyá, asilo sagrado en que al fin disfrutaron paz y libertad los restos de la infortunada raza indígena de Haití. Prevaleció entonces verdaderamente en la colonia la sana política del gobierno de España, y las voluntades del gran Carlos V. tuvieron cumplido efecto.

Hasta el término de sus días ejerció Don Enrique señorío y mixto imperio sobre aquella población de cuatro mil habitantes (que a ese guarismo quedaron reducidos los indios de toda la Española). Sobrevivió poco tiempo a su bello triunfo, y fué arrebatado muy temprano por la muerte al amor y la veneración de los suyos; a la sincera estimación y el respeto de los españoles.

Hiciérole magníficas exéquias en Santo Domingo. Su bella y buena consorte llegó a la ancianidad, siempre digna y decorosa, dejando cifrada su fidelidad conyugal de un modo duradero en la linda iglesia de Boyá, construída a costa de Mencía para servir de honroso sepulcro a las cenizas de Enriquillo.

Este nombre vive y vivirá eternamente: un gran lago lo perpetúa con su denominación geográfica; las erguidas montañas del Bahoruco parece como que lo levantan hasta la región de las nubes, y a cualquier distancia que se alcance a divisarlas en su vasto desarrollo, la sinuosa cordillera, destacando sus altas cimas sobre el azul de los cielos, contorneando los lejanos horizontes, evoca con muda elocuencia el recuerdo glorioso de ENRIQUILLO.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
 SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

I N D I C E

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA DOMINICANA
 (SELECCION ENRIQUILLO)

PRIMERA PARTE

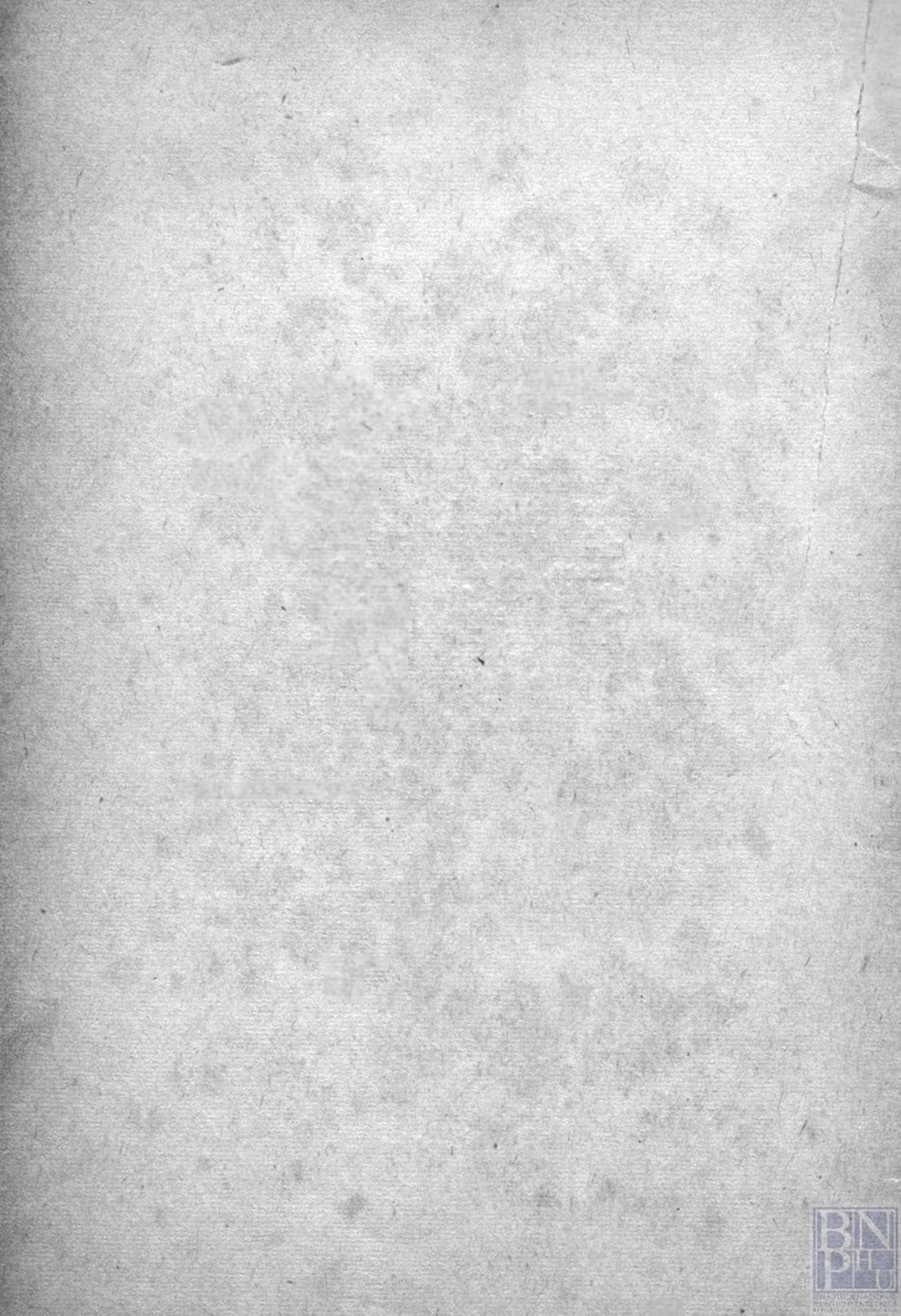
TERCERA PARTE

| | <u>Págs.</u> | | <u>Págs.</u> |
|----------------------|--------------|---------------------|--------------|
| INCERTIDUMBRE | 7 | LOS LEALES | 69 |
| SEPARACION | 13 | EL HATO | 72 |
| EL VIAJE | 16 | IMPROVISACION | 76 |
| LA PERSECUCION | 19 | EXPLICACIONES | 82 |
| PERSUACION | 26 | CONFERENCIAS | 85 |
| DESENCANTO | 31 | DERECHO Y FUERZA.. | 89 |
| UN HEROE | 34 | EL BAHORUCO | 95 |
| CAUSA DE ODIO | 38 | MALAS NUEVAS | 98 |
| EFECTO INESPERADO | 41 | RECTIFICACION | 101 |
| IMPRESIONES DIVER- | | DESAGRAVIO | 103 |
| SAS | 43 | RECURSO LEGAL | 106 |
| | | ULTIMA PRUEBA | 109 |
| SEGUNDA PARTE | | ALZAMIENTO | 112 |
| PRESENTACION | 48 | LIBERTAD | 116 |
| EL ORDENADO | 53 | GUERRA | 119 |
| MISA MEMORABLE ... | 57 | DECLINACIONES | 125 |
| CRUZADA | 59 | CELAJES | 129 |
| HOMBRES DE ORDEN. | 62 | PAZ | 135 |
| HIEL SOBRE ACIBAR.. | 66 | | |



COLOFON

Se acabó de imprimir esta obra en los talleres tipográficos de la "Editora del Caribe", C. por A., Ciudad Trujillo, República Dominicana, el día 10 de Diciembre del año 1951, bajo la dirección de Manuel E. Suncar Chevalier, Jefe de la Sección de Canje, Difusión Cultural y Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.



Editora del Caribe, C por A
Ciudad Trujillo, Rep. Dominicana



SECRETARIA DE ESTADO DE EDUCACION Y BELLAS ARTES

BIBLIOTECA DOMINICANA

SERIE PRIMERA:

- I.—A. Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla Española*. Prólogo y notas de Fray Cipriano de Utrera, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1947.
- II.—M. de J. Troncoso de la Concha, *Narraciones Dominicanas*. Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1946.
- III.—Gastón F. Deligne, *Galaripsos*. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1946.
- IV.—Salomé Ureña de Henríquez, *Poesías Completas*. Prólogo de Joaquín Balaguer, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1950.
- V.—César Nicolás Penson, *Cosas Añejas*. Segunda edición. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1951.

SERIE SEGUNDA:

- I.—Ramón Lugo Lovatón, *Sánchez*. Tomo Primero. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1947.
- II.—Ramón Lugo Lovatón, *Sánchez*. Tomo Segundo. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1948.
- III.—Rafael Damirón, *De Soslayo*. Casa Editora Luis Sánchez Andújar, Ciudad Trujillo, 1948.

OTRAS PUBLICACIONES:

Boletín Bibliográfico Dominicano, 1944. Imprenta La Opinión, Ciudad Trujillo, 1945.

Boletín Bibliográfico Dominicano, 1945. Imprenta La Opinión, Ciudad Trujillo, 1945.

Anuario Bibliográfico Dominicano, 1946. Casa Editora Luis Sánchez Andújar, Ciudad Trujillo, 1947.

Canciones Dominicanas Antiguas. Compiladas, transcritas y arregladas para voz y piano por José D. Cerón. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1947.

Anuario Bibliográfico Dominicano, 1947. Casa Editora Luis Sánchez Andújar, Ciudad Trujillo, 1948.

SECCION DE CANJE, DIFUSION CULTURAL Y PUBLICACIONES
de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.
Jefe de la Sección: Manuel E. Suncar Chevalier.

Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER, 1939

